

ANTONIO LÓPEZ ONTIVEROS

Departamento de Geografía y Ciencias del Territorio. Universidad de Córdoba

Caracterización geográfica de Andalucía según la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX

RESUMEN

La visión de Andalucía que ofrecen los viajeros del siglo XVIII se acerca al razonamiento geográfico, resaltando el análisis de la realidad agraria y la forma en que las ciudades estructuran el territorio. Los viajeros del siglo XIX hacen intervenir una concepción «oriental» de Andalucía; no obstante existen algunos relatos naturalistas de gran objetividad. Se detecta continuidad entre el relato ilustrado y el romántico, siendo uno de sus elementos más significativos el estudio del paisaje.

RÉSUMÉ

Caractérisation géographique de l'Andalousie selon la littérature des voyageurs des XVIII^e et XIX^e siècles.- La vision de l'Andalousie que donnent les voyageurs du XVIII^e se rapproche au raisonnement géographique, étant remarquable l'analyse de la réalité agraire et la façon dont les villes structurent le territoire. Les voyageurs du XIX^e siècle font intervenir une conception orientale de l'Andalousie; cependant, il existe quelques récits naturalistes d'une grande objectivité. L'on peut détecter continuité entre le récit illustré et le récit romanti-

que, l'un de leurs éléments les plus significatifs à l'un comme à l'autre étant l'étude du paysage.

ABSTRACT

Geographical characterization of Andalusia in the XVIII and XIX centuries travel literature.- The view of Andalusia that travellers hold in the XVIIIth are very close to geographical reasoning being remarkable the analysis of agrarian reality and the way cities organize the territory. Travellers in the XIXth century use in their stories an «oriental» conception of Andalusia; however, there can also be found naturalistic stories of great objectivity. It can be noticed continuity between enlightened and romantic stories, with the study of the landscape as one of their most significant elements.

Palabras clave / Mots clé / Key words

Viajes, Ilustración, Romanticismo, Andalucía, paisaje.
Voyages, Illustration, Romantisme, Andalousie, paysage.
Travels, Enlightenment, Romanticism, Andalusia, landscape.

I

LA GEOGRAFÍA DE ANDALUCÍA SEGÚN LOS VIAJEROS ILUSTRADOS

1. LIBROS DE VIAJES QUE SON GEOGRAFÍA A TODOS LOS EFECTOS

EL LIBRO de viajes fue uno de los géneros preferidos del público inglés del siglo XVIII porque satisfacía las ansias sentidas de desplazarse, instruía a la vez que

entretenía, ayudaba a reinterpretar un «nuevo» mundo a la luz de los recientes descubrimientos (FREIXA, 1991). Finalidades, por otra parte, que no es atrevido extrapolar a los libros de viajes franceses, a juzgar por la calidad y difusión de muchos de ellos y, por supuesto, en parte, al viaje ilustrado español que

«es una de las más significativas muestras literarias del ingente esfuerzo hecho por nuestro siglo XVIII para reconstruir, reordenar y airear con viento renovado la vida española» (GÓMEZ DE LA SERNA, 1974).

Conviene, por otra parte, hacer notar que el viaje ilustrado es geografía a todos los efectos; su realismo descriptivo y directo, su observación atenta de la realidad, su interés por todos los aspectos de ella, su esfuerzo por desprenderse del mundo originario del viajero y la correlativa pretensión por comprender el paisaje con objetividad, el deseo de utilidad y eficacia transformadora, convienen sin ningún pie forzado a la geografía de todos los tiempos (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991, 16).

En conclusión, pues, se comprende perfectamente que el viaje ilustrado inglés se designe casi siempre con el nombre de «travel» —a veces de «journey»— que implica esfuerzo, trabajo y estudio, frente a las denominaciones sustitutivas de «ramble», «wandering» o «excursion» de época romántica que implican una actividad más placentera. Por ello, también formalmente los viajes de los ilustrados pueden ser auténticos «tratados» —como el de Townsend— o «cartas», cual informes sesudos, como el *Viaje de España* de Ponz, mientras que con el romanticismo se generalizan los «sketches» con aspectos más narrativos, pintorescos y costumbristas (KRAUEL, 1986).

No obstante, estos relatos de viaje del siglo XVIII no son homogéneos, distinguiendo Guerrero (1990) entre «los relatos de falsos viajes», «viajes imaginarios», «clásicos» —de fuerte impregnación arqueológica y cuyo destino final es Italia—, «filosófico» o «ilustrado» —el viaje por antonomasia de este siglo— y el «prerromántico», en el que se percibe cierta inflexión en las finalidades de «educar» e «instruir» a favor de los elementos «personales», la consecución de «placer» y las «emociones». También Gómez de la Serna (1974) distingue por sus contenidos viajes «económicos», «científico-naturalistas», «artísticos», «histórico-artísticos» y «literario-sociológicos», a los que Morales Moya (1968) añade el «viaje político».

Pero, en mi opinión, no dejan de ser artificiosas estas clasificaciones, porque en los «buenos» libros de viajes, como el de Ponz y Cavanilles (Vid. sobre este autor el número monográfico de *Cuadernos de Geografía*, 62, 1997), hay un triunfo total del enciclopedismo, con un absoluto predominio de la observación del terreno y una finalidad claramente utilitaria y reformista. Así se constata además en el cuestionario que acompañaba a los viajeros ingleses y que tanto ayudó a definir el viaje «ilustrado» o «filosófico»: *Instructions for travellers* del obispo Tucker (GUERRERO, 1990). Y así también para el viaje ilustrado español, Gómez de la Serna (1974), con precisión, ha incluido entre las características de

aquél (además del «reformismo pedagógico», el «criticismo» y la finalidad político-reformista del viaje) lo que llama «conciencia de la realidad», que no es sino una preocupación geográfica extrema que lleva a describir caminos y posadas, montes y todo tipo de accidentes, realidad económica y sobre todo la agraria, población y poblamiento, referencias históricas, tipos humanos o paisanaje. La explicitación, pues, de estos contenidos son los que nos confirman en la idea de que los relatos viajeros son geografía a todos los efectos. Y es más, me atrevo a afirmar que, dentro del relativo esplendor geográfico —o mejor corográfico— del siglo XVIII español (LÓPEZ ONTIVEROS, 1986), muchos libros de viaje no desmerecen en sus esenciales aportaciones geográficas, como tendremos ocasión de comprobar para Andalucía y como Freixa (1991) ha mostrado para Gran Bretaña, donde sus geografías sobre la Península Ibérica, poco a poco, se van nutriendo de los relatos de viajeros que constituyen su mejor fuente.

¿Y qué papel desempeña España en el conjunto de viajeros del siglo XVIII? Todos son unánimes en afirmar que no hay país menos conocido en el resto de Europa que éste, como consecuencia de lo cual los viajeros que vienen a España no son muchos, en general mediocres y desconocidos si se comparan con la masiva y selecta atracción que prolifera en la etapa romántica, y accediendo a nuestro país especialmente en la segunda mitad de la centuria. La confirmación significativa de esta indigencia viajera la constituye la exclusión de nuestro país del Grand Tour, ese viaje para los jóvenes aristócratas y, después también, burgueses, en el que se visitaba Francia e Italia para volver por Alemania, Suiza y los Países Bajos.

Freixa (1991) en un acertado capítulo de su tesis —«España, la gran desconocida»— analiza muy documentadamente las razones históricas, culturales, geográficas, económicas, bélicas, etc que explican el desconocimiento de España por los británicos e, incluso, su imagen denigratoria, evidente en textos muy significativos de autores conocidos como Fielding, Defoe y Howell. Es importante, no obstante, resaltar que aparece a finales de la centuria «El nuevo interés por España», al que tanto contribuyó la condesa d'Aulnoy, cuya obra se traduce reiteradamente en Gran Bretaña (según la cual es España «tierra de romance», «país misterioso y exótico», «de caballeros amorosos y galantes y las mejores damas seductoras y vivaces») y que tiene su fundamento más profundo en el descubrimiento de lo «exótico», «pintoresco» y «diferencial» de España. Por otra parte, existe un prerromanticismo dieciochesco,

que también impregna los viajes ilustrados e, incluso, como dijimos, crea relatos en que predomina este ingrediente. Muñoz Rojas (1981), con perspicacia, afirma que

«cabría decir que España aparecía con un rostro romántico a los ojos de nuestros visitantes extranjeros aún antes del advenimiento del Romanticismo. Lo que éste efectivamente hizo fue acuñar esa imagen y darle circulación universal».

Y respecto a Andalucía, en este contexto, cabe decir que gana importancia en el siglo XVIII porque la ocupación de Gibraltar facilita su conocimiento, porque desde pronto se va recorriendo el «camino inglés de Gibraltar a la Alhambra» por Ronda, Antequera y Loja y porque despiertan mucho interés Málaga, Cádiz y Sevilla. Pero aún no se ha consumado que la representación más señera de España y lo español recaiga en ella; esta identificación, que convierte a Andalucía en epítome de nuestro país e, igualmente, su universalización son también obra del Romanticismo.

2. CARACTERES GENERALES DE LA GEOGRAFÍA ILUSTRADA DE ANDALUCÍA

En buena medida los caracteres generales que convienen al viaje ilustrado son los que se encuentran también en los relatos sobre Andalucía, pero destacamos a continuación de entre aquéllos los que nos parecen más evidentes respecto a nuestra región.

Hay en primer lugar una preocupación y gran fidelidad en la *geografía itineraria* —vías de comunicación, transporte y posadas— que se debe, no sólo a la concepción totalizadora de estas narraciones dieciochescas, sino también a la preocupación por un control del territorio, no siempre conocido y domeñado, y a una política de obras públicas en curso —sobre todo con Carlos III, coetáneo con buena parte de los viajeros— que pretendía hacer accesible aquél, al menos parcialmente, con los arrecifes reales (DÍAZ DEL VILLAR y otros, 1997). A causa de su gran importancia este ítem es abordado con detalle por todos los estudiosos de estos viajeros y nosotros lo explicitaremos después para Andalucía.

Los viajeros por la Bética, igualmente, como hijos de la época, manifiestan una *mentalidad poblacionista* (la población como expresión y condición previa para todo progreso), de la que se deduce no sólo su preocupación por conocer los habitantes de territorios, pueblos y ciudades, sino también por la existencia de *despoblados*, que en Andalucía eran abundantes y muy extensos, y que a los extranjeros chocaban por el contraste con su

naciones de origen, de mayor población y más profuso poblamiento, y que a los españoles indignaban porque eran como la materialización de la desidia, el atraso y la decadencia, supuesto que se recurre casi siempre a antecedentes históricos que ofrecen mayores efectivos demográficos y de poblamiento. Ponz, por ejemplo, está obsesionado por nuestros despoblados, mal de toda España (PUENTE, 1968) y azote profundo de Andalucía. Por todo ello, también detallaremos los principales conjuntos despoblados de la región.

Por otra parte, interesa sobremanera a nuestros viajeros el *campo y la agricultura*, y de aquí que encontremos casi siempre el detalle

«de las tierras de labor, los baldíos, los eriales, las venas de agua que proveen el riego o pueden proporcionarlo, las áreas cultivables y la específica clase de cultivos que les serían de aplicación o se hallan ya en curso de explotación. A esta toma de conciencia de la realidad se acompaña toda suerte de observaciones encaminadas a la posible mejora de las tierras, de los pastos o los bosques» (GÓMEZ DE LA SERNA, 1974),

la propuesta de medidas de política económica, el análisis de productividades, las realizaciones reformistas —como nuevas poblaciones—, etc. Puede que muchos viajeros ingleses, imbuidos del liberalismo industrial vigente en su país, no participen ya de la mentalidad fisiocrática, pero la potencia y generalización de la agricultura española les fuerza al análisis. Los viajeros franceses, desde luego —como Peyron y Bourgoing—, consideran el asunto como fundamental y en España Ponz está imbuido de una ideología fisiocrática extrema. Por ello en nuestro análisis será crucial el estudio del agro andaluz.

Ligado a lo anterior —despoblados y agricultura— destacan en todos los autores el *amor por el árbol y la repoblación forestal*, por lo que nada más tedioso para estos viajeros que las inmensas campiñas —como las del Guadalquivir, los llanos de Antequera, la Vega de Granada, la Loma de Úbeda, etc—, despobladas y desnudas o con vegetación rala y raquíta; y de aquí también se deduce la pasión que pone Ponz en la *repoblación forestal*, detallando la increíble aversión por el árbol de los españoles y la antigüedad de su desprecio y ataque, la relación entre árbol y belleza, los beneficios del árbol —sin duda exagerados, con la óptica actual—, medidas efectivas para su recuperación; en suma, la repoblación forestal como remedio ante un mal tan antiguo y crónico. Porque concluye Ponz:

«yo quisiera que me dijese alguno si ha concebido jamás en su imaginación que el Paraíso fuese alguna dilatada llanura de trigo, cebada o algún garbanzal...»;

sin duda, el Paraíso, «territorio particular y deleitable destinado por Dios para morada del hombre», sería más bien

«un terreno donde produjo toda suerte de árboles deleitables a la vista y suavísimos frutos al paladar; recinto de extrema frondosidad, variedad, belleza y abundancias»

(PUENTE, 1968, recapitula los textos de Ponz sobre el tema). Por supuesto, que todas estas reflexiones los intercala Ponz en sus descripciones de los campos andaluces.

Pero pese a esta gran importancia de la descripción agraria, los viajeros dieciochescos constatan de hecho en Andalucía que es «un país de ciudades», según afirmara Domínguez Ortiz, y por tanto, cuantitativa y cualitativamente, una parte de sus relatos la dedican a ellas, tanto a las mayores —capitales de los cuatro reinos y Málaga y Cádiz— como a las de segundo rango —agrocidades o ciudades de carácter más comercial e industrial—. Por ello dedicaremos después atención preferente al tema de geografía urbana.

También en la geografía viajera ilustrada sobre Andalucía se advierte un incipiente *descubrimiento del paisaje* y otros ingredientes indubitables de prerromanticismo. Gómez de la Serna (1974) afirma que

«la preocupación del *viajero ilustrado* por la geografía va solamente guiada por el signo de lo *útil* (...), no, por supuesto, por la naturaleza como espectáculo, sino por la naturaleza como materia de cultivo; por eso es muy raro hallar en sus libros de viaje ninguna descripción paisajista que encierre cierta categoría o pretensión estética».

Por contra, Freixa (1991) detecta en esta literatura del XVIII una «apreciación estética del paisaje» que le «hizo encontrar belleza en la Naturaleza donde antes sólo había visto provecho o peligro», ligando sucesivamente lo «romántico» con lo «pintoresco», «extraordinario», y «terrible», y calificando a España de tal —o sea, romántica— «por su exotismo y por el desconocimiento en que se halla envuelta». Pero, en opinión de esta autora, la nueva sensibilidad sólo despierta «un placer estético mesurado, todavía lejos de las experiencias de comunión casi mística de los verdaderos románticos», por lo que sólo pueden ser calificados como prerrománticos los viajeros Beckford y Southey, que precisamente no viajaron por Andalucía. Además la tónica es que sólo agradan a los viajeros y encuentran bellos los paisajes fértiles, verdes y regados por ríos, repugnándole las tierras abandonadas, yermas y solitarias. En resumen,

«el viajero recorre España dividido por una doble óptica: la estética y la pragmática, que se unen aún a riesgo de contradecirse. La primera les permite deleitarse, la segunda les induce a la crítica y el análisis».

Mi opinión al respecto no sólo confirma esta última tesis y rebate la de Gómez de la Serna, sino que la refuerza y generaliza en dos aspectos: la percepción del paisaje andaluz por los viajeros ilustrados está mucho más generalizada que lo que se deduce de lo dicho, y va acompañada de otros signos inequívocos de prerromanticismo, a saber, maurofilia y evasión en el tiempo, con prolijo historicismo e interpretación decadente de las ciudades andaluzas. Las pruebas de ello en autores importantes que visitaron Andalucía en el último cuarto del siglo las desarrollaremos después en epígrafe aparte.

Por último, en el siglo XVIII se asiste a un profundo debate teórico-filosófico sobre la existencia y fundamentos físicos, como el clima, o morales e históricos del carácter de los distintos pueblos. Hume, Montesquieu en el *Espíritu de las Leyes*, Feijoo y tantos otros escriben y reflexionan sobre este tema. Y por ello, un viajero como Baretta advierte que «la búsqueda de las peculiaridades nacionales es uno de los objetivos principales que el viajero debe perseguir». Para el caso de Andalucía, como veremos, el desarrollo del asunto se centra en que empieza a definirse un peculiar *carácter andaluz* dentro del general de España y que éste tema constituía entonces un tópico importante de su geografía.

3. ALGUNOS ASPECTOS DE GEOGRAFÍA FÍSICA E HISTORIA NATURAL DE ANDALUCÍA

En general las monografías de que disponemos sobre viajeros del siglo XVIII no se ocupan de estos aspectos físico-naturales, aunque contamos con un viajero —G. Bowles— que dedica una obra a la *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España*, siendo él, según sus palabras, «el primero que ha intentado una descripción física de este País». Para Andalucía su aportación es significativa y por ello nos servirá de guía, aunque completada por otros autores —Townsend, Peyron, Ponz especialmente, etc— a los que también interesan los aspectos físicos.

Aunque dice Bowles que, en la distribución de su obra, él «no se somete a ningún orden y método», la presente exposición se ocupará sucesivamente de los tres grandes conjuntos morfoestructurales de Andalucía: Sierra Morena, Depresión Bética y Cordilleras Béticas.

El relieve de *Sierra Morena* lo caracteriza Bowles «con cimas de las montañas todas redondas como bolas, juntas unas con otras y casi de la misma altura», a diferencia de otras montañas como los Pirineos que «son puntiagudas». Hay montañas compuestas de «guijo y

granito», viéndose «grandes pedazos de éste puestos unos sobre otros, enteramente fuera de tierra...», constituyendo en suma un paisaje de piedras caballeras. En el piedemonte de Sierra Morena se encuentra «gran cantidad de escorias», dando paso a las llanuras del Guadalquivir.

En vegetación predomina el monte de encina, alcornoque y mucha maleza (en lo que Bowles coincide con Ponz —que incluso se extravía antes de llegar a Santiponce, dando en una granja de Pp. Gerónimos—), alternando con cortos espacios de cultivo. Y sintetiza Bowles con mucha justeza este paisaje natural:

«Luego que se pasa el Guadalquivir por Cantillana, muda el país enteramente de semblante; porque ya no se ven terebintos, lentiscos, xaras ni demás arbustos mencionados hasta aquí; y como éstas son plantas de montaña o de terreno muy elevado, y desde Almadén hasta aquí no se halla otra cosa, es claro que toda aquella parte de España es de la misma especie de terreno».

En cuanto a las minas, la de Riotinto se beneficiaba en tiempo de Bowles por unos suecos de cuenta de la Compañía de Comercio de aquel Reino (es la escueta y única noticia sobre ella), y este autor y Ponz son coincidentes en la importancia y posterior decadencia de las de plata de Guadalcanal, de las de Cazalla y, sobre todo, de las de Linares, en las que hay hasta 5.000 pozos de plomo, cobre y plata, extendiéndose estos autores en el detalle de la descripción de las principales minas, procedimiento de beneficio y especialmente del desplate, propiedad, explotación y comercialización de metales, enfermedades de los mineros, etc.

A causa de la apertura de la carretera de Despeñaperros en el siglo XVIII e instalación de las nuevas poblaciones de Sierra Morena, tenemos información viajera sobre este tramo mariánico, destacando a efectos físicos, como hemos estudiado en detalle (LÓPEZ ONTIVEROS, 1996), los suelos de las poblaciones creadas y su relación con las tierras colonizadas y los cultivos, la vegetación natural subsistente, formas de la angostura de Despeñaperros, contraste físico entre Sierra Morena y Castilla, unidades paisajísticas físicas y humanas del tramo.

En monografía que Ponz incorpora sobre Montoro (Córdoba), cuyo término —enorme— abarcaba desde el Guadalquivir a los mismos Pedroches, se pueden ver aspectos físicos de las sierras mariánicas, oposición en el término entre Campiña y Sierra y, en ésta, entre saliega y pizarra, etc (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991, 67).

Respecto a la *Depresión del Guadalquivir*, el tratamiento de los viajeros es disperso e incoherente, pudiéndose, no obstante, ordenar en los apartados que siguen.

– *El río Guadalquivir* es descrito en una pequeña monografía que incorpora Ponz al tratar de Andújar, comprendiendo todo «el viaje del río» desde su nacimiento hasta el mar, con expresión de todos sus afluentes. Ello se puede completar con informaciones similares a propósito de Sevilla, introduciéndose también unas «laudes» del río y una discusión sobre su navegabilidad. En Sanlúcar de Barrameda se trata el problema de la «Barra» de la desembocadura.

– *Litológica y morfológicamente* Bowles caracteriza la Depresión —especialmente los alrededores de Sevilla y de esta ciudad a Cádiz— como «tierra pobre sin piedras, donde crece inmensidad de palmitos con que se hacen escobas para toda España». Por ello la ciudad de Sevilla «está empedrada de guijarros trahidos de lejos» y las murallas son de tierra o argamasa. Machaconamente también Ponz caracteriza este mismo tramo de Sevilla a Cádiz como «continuada llanura y campiñas peladas de árboles», a veces arenosas. Ya cerca de Cádiz, por ejemplo en Lebrija, aparecen marismas.

En la zona de Jerez-Medinasidonia-Arcos-Algodonales «todo este país está lleno de piedra y tierra blanca de cal». Sin mucho detalle, de Sevilla a Antequera se dice que la litología y morfología son idénticas.

En la Depresión media, de Ecija a Andújar, contamos con más precisiones de Bowles. De Ecija a Córdoba se suceden piedras areniscas rodadas, tierras «roxas» y blancas, y después —hasta Córdoba— un «país ondeado suavemente con colinas cultivadas», correspondiendo a cada litología cultivos diferentes y tratándose, creo, sucesivamente de las terrazas, glacia villafranquiense y campiña miocena. En los alrededores de Córdoba se alude a sus canteras mariánicas, a sus terrazas —«grandes pedregales»— y al glacia mariánico como «colinas terrosas con muchos olivos».

En Andújar detecta también con precisión «llanos (aluviales) o compuestos de colinas chatas de tierra muy profunda y dura» que «no pueden las lluvias hacerles más mella que la de arrastrar a lo baxo igual y ligeramente algo de la superficie», por lo que no se ven grandes barrancos como en Granada, Murcia y Valencia. Existe también aquí la arcilla blanca y roja de que se fabrican las célebres jarras o alcarrazas.

– Con respecto a *Cádiz y sus alrededores*, en tres problemas físicos inciden preferentemente los viajeros ilustrados: la variada litología que se utiliza en la construcción; la falta de agua en toda la península gaditana; y el avance del mar que amenaza a parte de la ciudad. En el primer aspecto aquella litología es

«mezcla de diferentes materias como mármoles, quarzos, espátos, guijarros y conchas argamasadas con la arena y el gluten o betún del mar (...), tan unidas y pegadas entre sí que el todo parece un pedazo de tierra» (BOWLES, 1982, 73).

Pero para empedrar las calles de la Isla, Cádiz, Chiclana, etc se emplean piedras rodadas que como lastre vienen de América, si bien también las hay muy buenas aquí: la martelilla, cerca de la Cartuja de Jerez, areniscas del Puerto de Santa María, otra de Rota más fina y la de Puerto Real y otros sitios inmediatos que «es esponjosa y compacta de mariscos, fácil de trabajar» (PONZ, XVIII, 52).

Por otra parte, las ruinas del Templo de Hércules y casas del antiguo Cádiz, hoy debajo de las aguas, prueban que el mar se adelanta hacia la tierra «al modo que en la costa de Cartagena notamos se retira, por el terreno que va dejando descubierto» (BOWLES, 1982, 73). Labat (1962, 126, 134 y 144) incluso nos dice que «el mar descubre nuevas canteras a medida que come el terreno y ha avanzado ya tanto que casi ha llegado a los muros de la iglesia catedral», por lo que para oponerse a sus destrozos se había empezado a construir un muro de gran espesor (PONZ, XVIII, 47-48).

Por último, muchos autores, incluso por extenso (PEYRON, 1962, 799; LABAT, 1962, 140; BOURGOING, 1962, 1.038 y PONZ, XVII, 298-303), constatan la inexistencia de agua en Cádiz para abastecimiento urbano, que ha de traerse del Puerto de Santa María y que plantea problemas importantes, obligando a sistemas urbanos de captación de aguas por aljibes.

— Por el tipo de litología e implantación importante del cultivo se deducirá que la *vegetación natural* no era abundante, aludiéndose no obstante con frecuencia al palmito, sobre todo en la Depresión baja, a rodales y restos de encinares y monte en las desoladas llanuras, y en las cercanías del Puerto de Santa María y Cádiz a pinos ruines y desmedrados porque sus propietarios les cortaban las guías para que no los marcasen y requisasen los oficiales de la Marina (PONZ, XVII, 293-97).

No obstante, algunos sectores de la Depresión Bética, en sus bordes y zonas húmedas, presentaban flora y fauna abundantes y constituían auténticas reservas naturales: la laguna de Medina Sidonia con abundante avifauna; la de la Janda con gran significado para las aves migratorias; el «verdadero desierto» del tramo Medina Sidonia-Chiclana-Tarifa, con bosques compactos de encinas y alcornoques, caza mayor y menor e incluso lobos; y sobre todo el Coto de Oñana o de Doña Ana, del Duque de Medina Sidonia, y el Lomo del Grullo o Real Bosque, de los que Ponz sintetiza su topografía, agua,

suelos, manantiales, toda suerte de árboles y de aves de entrada que enumera —incluyendo la «Paxarera»— y el aprovechamiento ganadero. Y al margen, cerca de Antequera, también se alude la laguna de la Sal y Fuente de Piedra (PONZ, XVIII, 67 y sigs., LABAT, 1962, 146 y BOURGOING, 1962, 1.042).

— Respecto al *clima*, aparte de referencias más o menos precisas sobre el calor y la sequía veraniega (véanse en KRAUEL, 1986, 242-44), casi todos los autores tienen auténtica obsesión por el solano o siroco, «viento que procede de las abrasadoras llanuras de África», que afecta especialmente a Cádiz y Sevilla, y que con él «todas las pasiones se inflaman y los ciudadanos se vuelven muy irritables, cometiendo toda clase de excesos», y que a la mujer incluso puede causarle el furor uterino (TOWNSEND, 1988, 308, PEYRON, 1962, 811, BOWLES, 72-73).

No permiten los textos presentar un esbozo del conjunto de las *Cordilleras Béticas*, entre otras razones, porque no se reconocía entonces esta gran unidad estructural, por lo que recurrimos al análisis por sectores que es lo que aquéllos ofrecen.

Del *Reino de Jaén* la información nos llega sobre todo de Bowles (1982, 415 y sigs. y 438-39) y Ponz (XVI, 99 y sigs.). El primero ofrece una breve caracterización general y descriptiva del Reino, con análisis especial de la llanura de Linares, cuya minería ya vimos, pero de la que analiza también sus principales rasgos morfológicos, la alusión a su buen monte de encinas, un pino «muy hermoso y robusto», así como la constatación de su abundancia en manzanilla, perdices, chochas y becasinas. De otras partes del reino no pasa de someras observaciones petrológicas.

Salvo en lo que se refiere a las minas, en el aspecto físico no completa mucho más Ponz, aunque destacamos dos escritos de los que el uno, detallado y excelente, recoge información sobre las exquisitas y abundantes aguas de Jaén capital y su Reino (fuentes, molinos, abrevaderos, huertas, erosión del río Jaén o Guadalbullón y la necesidad de su defensa), en tanto que el otro es una especie de corografía o incluso topografía médica de Andújar, en el que estudia la litología de los empedrados urbanos, el calor de la ciudad, enfermedades sus causas y remedios, las plantas tintóreas y el río Guadalquivir, como dijimos.

Respecto al *Reino de Granada* existe una presentación general física —relieve y ríos (PEYRON, 1962, 768)—, aunque es la capital y sus alrededores de los que tenemos más información tanto física como minera: li-

tología; célebres canteras de serpentina, mármoles y alabastros y producción de salitre; estudio minucioso de las especies forestales del Soto de Roma que luego visitarían muchos viajeros (TOWNSEND, 1988, 339-41 y BOWLES, 1982, 423-25).

De *Sierra Nevada* aún no se avizora el interés que despertará en el siglo XIX (TITOS MARTÍNEZ, 1990, 23 y sigs.), pero contamos con una breve, didáctica y original descripción de Bowles (1982, 424) y con otra de Ponz de 1754, al margen del *Viaje de España*, sugerente y bella, aunque sobre todo fisiográfica.

Disponemos de dos buenas descripciones, con muchos aspectos físico-naturales del *itinerario Granada-Lorca*, en el que son tópicos presentes, ahora y después, el trogloditismo de Purullena, Guadix y Cúllar; innumerables colinas y agujas del relieve de Guadix y su interpretación genética; ídem de la morfología yesífera de Baza y alrededores; la divisoria de aguas —las Vertientes— entre Granada y Almería y el cambio de paisaje; algunos encinares, pero en general eriales y espartizales; y todo bajo el signo de la aridez (PEYRON, 1962, 764-68 y TOWNSEND, 1988, 342-48).

Con personalidad propia se presenta la *Serranía de Ronda*, de la que Bowles (1982, 74-76) casi sólo informa de la Sierra Bermeja, con mineral de hierro, fábrica de Hoja de Lata, célebre mina de Molibdena o «plomo de dibuxar» y sobre la que Ponz (XVIII, 103 y sigs.) hace un enorme esfuerzo para ordenar su poblamiento y toponimia, amén de ofrecer datos parciales sobre la Sierra de las Nieves, ubicación de Ronda, Sierra de Grazalema, etc. Pero es Carter (1985, 115-20 y 144-50) el que, con mimo y precisión, no sólo aborda los aspectos físicos del emplazamiento de la ciudad, sino que en capítulo entero titulado «Historia Natural de la Serranía de Ronda», espléndido y delicioso, aborda los siguientes aspectos: descripción geográfica y pueblos que comprende; canteras, minas y minerales; aguas; el clima o «el aire de la Serranía»; huertas, flores, miel y cera, grana, plantas medicinales; animales silvestres; bosques y sus frutos.

La comarca de Antequera, que alberga la laguna de la Sal y Fuente de Piedra y que recorre el Guadalhorce, está presente en muchos viajeros, pero como territorio de transición entre una campiña pelada, con «camino perverso» por el barrizal en época de lluvias, y una sucesión de tierras cultivadas de viñedo hasta Málaga, constituyendo el punto de enlace Antequera, el Puerto de la Escaleruela y el Torcal. La descripción de éste es algo ingenua, impregnada de la imagen pintoresca que

le concede el pueblo. No obstante, Bowles, más científico, enumera de esta comarca fuentes y arroyos, rocas y litología, y plantas con cierto detalle con especial referencia a la Orchilla o Lichen y sus usos (PONZ, XVIII, 146 y sigs., BOWLES, 1982, 121).

Por otra parte, la *costa mediterránea*, de Gibraltar a Almería, es muy desigualmente descrita desde un punto de vista físico y natural, pudiendo distinguirse en ella, para su mejor comprensión, los tramos siguientes:

1°.- *Gibraltar*. Siempre se destaca en él su forma y aspecto como relieve, sus formaciones kársticas, su flora natural y flores de jardín, su fauna con la singularidad de los monos, y las particularidades climáticas que le vienen conferidas por su exposición al Estrecho, al Atlántico y al Mediterráneo. En este siglo nadie como Carter describió Gibraltar (CARTER, 1985, 84-95 y otras referencias en KRAUEL, 1986, 408-411).

2°.- *El Estrecho y la Bahía de Algeciras*, en el tema que aquí nos ocupa, apenas son objeto de análisis, pudiéndose sólo destacar la amplitud que se resalta de la segunda, el origen, más o menos mítico, del primero, siempre ligado a la leyenda de las columnas de Hércules y la mención de los principales accidentes geográficos (PONZ, XVIII, 79-84 y BOURGOING, 1962, 1.045).

3°.- *El litoral de Gibraltar a Málaga* lo recorren nuestros viajeros por «un camino que más parece sendero, más dificultoso aún porque los ríos —que se citan puntualmente— carecen de puentes y porque hay también muchos torrentes intransitables en invierno». La soledad se paliaba por la existencia de «torres a trechos con centinelas para su custodia y avisos». Los ruedos de los pueblos están cultivados, pero en los intermedios aparece una cantidad increíble de palmitos (CARTER, 1985, 99-112 y 153-54).

4°.- *Málaga y sus alrededores* concentran mucha información viajera dieciochesca, también en su aspecto físico-natural, en el que destacan los siguientes asuntos reiteradamente expuestos.

– *El emplazamiento y el paisaje* atractivo de la capital, con descripciones de su panorámica y los detalles concretos de su topografía.

– *El clima* con invierno benigno y excesivo calor veraniego, pero en conjunto caracterizado por la templanza, propicia a la longevidad y curación de enfermedades, así como condicionante de una próspera agricultura. Carter estudia con precisión la sequía y sus efectos, aires, brisas, vientos y el terral.

– Clave también es el análisis de *la erosión y avenidas*, especialmente del Guadalmedina y Guadalhorce,

que han originado un ingente depósito de aluviones, por lo que el mar se ha retirado más de cien varas de la muralla y el muelle se anega con aquéllos. Esta erosión es debida especialmente a la remoción de los tenues suelos de los Montes por el cultivo de la vid. En la hacienda de San Isidro, en el Guadalhorce, según Ponz, se habían realizado obras de contención de márgenes, que habría que generalizar. Extraña la precisión en el diagnóstico de este tema de la erosión tan tempranamente.

– Los diversos autores tienen muchas alusiones a la *vegetación*, mezclando la natural y cultivada. No obstante, Bowles ofrece una relación detallada de plantas malagueñas porque, dice, «son oficinales y de uso bastante frecuente».

– Desde el punto de vista físico —y también humano— se distinguen claramente la ciudad propiamente dicha, los Montes y la Hoya de Málaga. Se podría esbozar con la información viajera una elemental geografía de estas *comarcas* (BOWLES, 1982, 123, PONZ, XVIII, 109 y sigs., KRAUEL, 1988, 106 y sigs. y 128-30).

5°.- *El litoral de Málaga a Almería* presentaba dos tramos de muy desigual significación: hasta Vélez-Málaga, que recorrían los viandantes que iban a Granada por Alhama, y de Vélez a Almería, que no recorría prácticamente nadie. Del primero nos informa Townsend (1988, 256-64), siendo el camino, como antes de llegar a Málaga, «perverso» y también con torres de trecho en trecho, debiéndose destacar sobremanera de él el clima bonancible que hace a Vélez «una de las ciudades más frondosas de Andalucía». Montaña arriba hasta Alhama se describen tajos y angosturas, las Puertas de Zafarraya y el emplazamiento singular de este pueblo.

No conozco de Motril a Almería otra descripción que la de Bowles (1982, 124 y sigs.), que merece ser glosada. «De Motril a Almería» —dice con justeza—

«se va siempre costeano las montañas del país que unas veces son de mármol del pie a la cima, otras de peñas calizas, y algunas de roca. Casi toda la playa del mar es llana y de arena, habiendo mui poca costa brava, sino es cerca de Almería».

En esta ciudad, «situada al principio de un llano bastante estéril» se hace salitre de primera calderada, prosiguiendo otras noticias sólo pintorescas.

Con cierto detalle describe también este autor la célebre montaña de Filabres, en cuyo camino encontró mucho esparto, y que

«para formar idea justa de lo que es esta prodigiosa montaña, es preciso imaginarse un pedazo o trozo de mármol blanco de una legua de circuito y de dos mil pies de altura, sin mezcla alguna de otras piedras ni tierras».

La Sierra de Gádor «es otro alto y prodigioso trozo en Mármol de que se hace la mejor cal que se pueda dar». Y Cabo de Gata, el promontorio más meridional de España,

«está compuesto de una enorme masa de roca sin un átomo de peña o piedra de cal (...), de naturaleza muy singular y qual no la he visto en ninguna otra parte de España».

Por ello se extiende en su descripción y preciso análisis.

Dispersas, parciales e inconexas son las noticias sobre geografía física e historia natural de Andalucía en el siglo XVIII que hemos ofrecido, extraídas de la literatura viajera, pero probablemente no exista en la producción geográfica del siglo otro conjunto que pueda compararsele.

4. LA GEOGRAFÍA ITINERARIA DE ANDALUCÍA

Como vimos al principio, la literatura viajera se desarrolla principalmente a finales del siglo XVIII y, por ello, como punto de partida, es muy interesante y oportuna *La luz y guía de caminantes jesuitas por Andalucía*, de 1755, obra de carácter viajero, no recogida por los principales repertorios bibliográficos de la geografía de la circulación y el transporte de este siglo (QUIRÓS LINARES, 1971, MADRAZO, 1984, JURADO SÁNCHEZ, 1988, DÍAZ VILLAR y otros, 1997) y que precede inmediatamente a las transformaciones que sufre la red caminera en la segunda mitad de la centuria.

La magnífica guía comprende toda Andalucía, con excepción de Huelva y Almería, diseñándose como sigue esta red itineraria andaluza. Hay un núcleo viario indiscutible que es Sevilla, del que se hacen partir diez itinerarios. Como núcleos más secundarios destacan en el interior Córdoba, Jaén, Granada y Guadix, punto de partida cada uno de cuatro o seis itinerarios; y en la periferia sobresalen, en Sierra Morena, Constantina y Fregenal, en las Béticas orientales Cazorla, y en la costa Málaga y Cádiz. Pero las zonas carentes de itinerarios son también muy significativas, correspondiendo a la Sierra Morena cordobesa y jiennense y a la costa. Esta geografía viaria de Andalucía, conformada, en resumen, con un nodo mayor que es Sevilla, otros secundarios y los vacíos mariánico y litoral, coincide plenamente con la descrita para la segunda mitad del siglo por Jurado Sánchez (LÓPEZ ONTIVEROS, 1989).

A su vez, para conocer esta geografía viaria de 1760 a 1845, contamos con el buen estudio de Krauel (1986, 189 y sigs.), capítulo «Viajando por Andalucía», que constituye una aportación geográfica definitiva. Este

estudio tiene las ventajas de que, al comprender el largo período reseñado, se puede ver la evolución de la red con la reforma carolina y con los destrozos de la Guerra de la Independencia y, además, su fuente exclusiva —sólo con los apoyos puntuales imprescindibles— es la literatura viajera, objeto de nuestro estudio. Compréndase, no obstante, que la autora sólo utiliza viajeros británicos, pudiéndose completar el trabajo con otros viajeros y, especialmente, con Ponz, que tan meticulosamente recorrió Andalucía. Para el siglo XIX es también útil consultar a Álvarez Arza (1986, 279-339). Éstos eran los *caminos* más importantes de la región:

– *El arrecife Sevilla-Madrid*, pasando por Córdoba, que es objeto de mejora en la época carolina, y que permitía la circulación rodada con diligencia y otros tipos de vehículos. A la información aportada por Krauel hay que añadir la existente sobre la gran transformación que se realiza en el siglo XVIII con la apertura del camino de Despeñaperros, obra del ingeniero Le Maur, sobre la ordenación viaria en relación con la creación de las nuevas poblaciones, etc. Estos aspectos, también con textos viajeros, han sido estudiados por quien esto escribe (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991 y 1996), pudiéndose aquí también encontrar el minucioso análisis del itinerario por la provincia de Córdoba, incluyendo las nuevas poblaciones de Andalucía, presididas por la Carlota.

– *La ruta Granada-Murcia*, por Guadix y Baza, se puede conocer muy bien con los viajeros que utiliza Krauel, pero sugiero que se consulten los relatos completos de Townsend (1988) y Peyron (1962, 764 y sigs.), que son textos geográficos de alta calidad.

– De *Málaga a Granada* se podían utilizar tres alternativas: por Antequera, prosiguiendo después por el clásico camino a la capital malagueña; por Vélez, Zafarriya, Alhama y la Malá, que siempre se tuvo por los viajeros como peligroso y romántico (LÓPEZ BURGOS, 1997, 18); y por Colmenar, Alfarnate, puerto de los Alazores y Loja, una opción que aparece más tardíamente.

– Al que Krauel llama itinerario *Cádiz a Málaga y el área rondeña*, hay que añadir algo, a saber:

• *Cádiz-Gibraltar* se hacía por Medina Sidonia y Vejer, pero a la información de los viajeros ingleses hay que unir la de Labat, Ponz y Bourgoing, que es prolija y precisa, configurándose un inmenso despoblado en el que viajar era penar y ponerse en peligro constante.

• *Gibraltar-Málaga*, por Estepona, Marbella y Fuengirola, es un itinerario muy trillado por los ingleses que salen del Peñón, pero eso no es obstáculo para

que lo caminos fuesen «espantables» o sencillamente que en muchos tramos no existían.

• Krauel apenas si insiste en el *acceso al área rondeña*, a la que —dice— no afectó la reforma viaria borbónica, quizá «por el propósito deliberado de no favorecer una penetración británica desde el Peñón». Sépase, no obstante, que un acceso desde la costa era por Gaucín (DALRYMPLE, 1962, 647) y otro por Igualeja, según Carter (1985, 114), que además vagabundea por toda la Serranía y deja testimonio de ello.

• Hay que señalar también —porque no la alude Krauel y es muy importante— la ruta terrestre de *Cádiz a Málaga* que era doble: por Cártama-Casarabonela-Ronda-Grazalema-Arcos-Jerez-Cádiz y por Antequera (tradicionalmente por el puerto de la Escalera y posteriormente por la Cuesta de la Reina)-Osuna-Arahal-Cabezas-Lebrija-Sanlúcar (PONZ, XVIII, 138 y sigs. y PEYRON, 1962, 796-97).

Éstas eran las rutas principales y más clásicas de Andalucía, pero había otra serie de caminos, también utilizados aunque menos, y a los que conviene aludir:

– El camino de *Córdoba a Granada*, solitario y amenazador en este período, ha sido estudiado para la provincia de Córdoba en sus dos variantes (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991). Todo él continuaba tan agreste y solitario cuando lo recorre A. Dumas, poco antes de la mitad del siglo XIX.

– El arrecife *Granada-Jaén* es una realidad a principios del siglo XIX y conecta luego con el de Sevilla-Madrid en Bailén, tal como ocurre hoy. Pero, con anterioridad, en el XVIII, he aquí el itinerario que hace Ponz (xvi, 93 y sigs.): tras la Carolina, en Carboneros, se desvía a Linares y Baeza para llegar a Jaén, y de aquí a Andújar lo hace por Arjona. Es muy significativo este viaje porque es muy escasa la literatura viajera sobre Jaén.

– Por ello también es muy importante la información que glosa Krauel de Widdrington-Cook sobre *Almería*, pero conviene completarla con la de Alarcón (1989, 534 y sigs.), que específicamente analiza este tema y la de Willkomm (1997, 330 y sigs. y 1993, 333 y sigs.). Todos coinciden con el aislamiento casi total de la provincia y en la apertura muy tardía del ferrocarril; el «boom» minero e industrial de la provincia dependió más del transporte marítimo que del terrestre.

– No alude Krauel al itinerario tan importante de *Sevilla a Cádiz* que era doble: por Lebrija-Sanlúcar y por Dos Hermanas-Utrera-Venta del Cuervo-Jerez, debiéndose completar siempre el acceso definitivo a Cádiz con los caminos desde Sanlúcar-Jerez-Puerto de Santa María

que son reiteradamente referidos. Salvo las reformas carolinas en las cercanías de Cádiz que fueron importantes, en toda la Andalucía Baja los caminos, horriblos, eran dificultados por los barrizales, soledad y ausencia de ventas y posadas.

– Tampoco se dice nada en la obra de Krauel sobre los *itinerarios mariánicos* provenientes de Extremadura, que para el siglo XVIII según Ponz (VIII, 180 y sigs.) son tres: Arroyomolinos-Cala-El Ronquillo-Santiponce-Sevilla; Guadalcanal-Cazalla-Cantillana-Brenes-Sevilla; y Castuera-Monterrubio-la Venta de la Estrella-Córdoba. No siendo, por supuesto, ninguno rodable, en el primero Ponz se extravía y con el último ni siquiera se atrevió:

«me dixeran tanto mal del camino, de las posadas y de los despoblados, que me contenté con saber el itinerario (...); siendo las últimas 14 leguas de peligroso despoblado (...) para los que traginan solos por allí, procurando juntarse porción de pasajeros, a fin de defenderse mejor».

Esta situación, con otros viajeros, la he confirmado para el siglo XVIII y buena parte del XIX, hasta que se produce la expansión minera en Sierra Morena que trae consigo el ferrocarril y nuevos accesos por carretera (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991 y 1996).

– Y, por último, no puede olvidarse el viaje en barco por el Guadalquivir de Sevilla a Sanlúcar y luego al Puerto de Santamaría y Cádiz, atravesando la bahía, que es reiteradamente descrito.

Por otra parte, este análisis itinerario hay que completarlo con el de la forma en que se realizaba *el transporte de personas, mercancías, correo y valores*, siendo significativas las noticias sobre el primero, y muy importante dentro de él el realizado como transporte público por diligencia y galera. Para el siglo XIX estudia este tema con detalle Álvarez Arza (1986, 391-304).

El segundo gran asunto que sobre geografía itineraria trata Krauel es el del *hospedaje*. Creo que no conduce a nada reunir y analizar textos de muchos viajeros sobre el estado deplorable en que encontraban las posadas, aunque tampoco conviene generalizar la opinión de un solo viajero por muy sistemática que sea su información, como la de Swinburne, estudiada por Freixa (1991, 231). Hay que ir al fondo del asunto, al por qué las posadas en España y Andalucía eran tan malas, a lo que han respondido Peyron (1962, 764-65) y Ponz (XVIII, 257-66). Ésta es la opinión autorizada de este último:

«Todo procede —dice— de la errada máxima, perjudicialísima a la humanidad, de que haya de ser deshonesto recibir de oficio al forastero.

Por tanto se encargan estos públicos albergues a manos de infelices vecinos, como si dixéramos a manos muertas, que aunque quieran no pueden tener un alojamiento racional, ni provisto de las cosas más necesarias...

Mientras los vecinos de los Pueblos no tengan libertad, nunca serán buenas las dichas posadas, porque siendo en gran parte de España propios de los mismos Pueblos, o de los Señores de ellos, incurrirían en gran delito si alguno se dedicase a alojar al pasajero fuera de aquel parage destinado, y así se hace una granjería de desollar al caminante, particularmente quando va por caminos reales, sin que puedan hacer otra cosa los míseros poseedores, a quienes regularmente se les echa la culpa sin tenerla. Éstos se ven precisados a hacerlo así para pagar quince y diez y seis mil reales, y a veces treinta o cuarenta mil al Señor o al Pueblo (...)

Tales posaderos no se les permiten tener repuesto de provisiones para darle al caminante que llegase. No me parece haya otra cosa que el daño que se le sigue a la tienda, a la taberna, al bodegón, y a la carnicería, si la hay, y a otros arriendos propios del Señor, o del Pueblo...

Desterrando para siempre el estanco de los mesones y que cada uno fuese libre de recibir huéspedes y pasajeros: vea V. una gran parte remediado».

Pero siendo éste el punto de partida referido a la situación de las posadas en el siglo XVIII, Krauel correctamente alude a todas las formas de hospedaje de los viajeros —posadas, ventas, fondas, casas de campesinos, casas de cónsules, comerciantes, aristócratas británicos y burgueses locales y hoteles— mostrando cómo va evolucionando en su período de estudio éste y denotándose algún cambio en pleno siglo XIX, sobre todo en las ciudades.

Y, por último, se sintetizan *los inconvenientes principales del viaje por Andalucía* que eran: los abusos de los aduaneros no sólo en las entradas marítimas sino también al cambiar de reino, municipio y otros lugares, de los que tantos viajeros abominaron sin disculpa alguna; la necesidad del pasaporte implantada tras la invasión francesa de 1923; y la inseguridad de los caminos, con el corolario de los bandoleros andaluces, que tan diverso tratamiento recibió en el siglo XVIII y en el XIX y según autores, que tanto se ha exagerado y que creo que Krauel trata con rigor y objetividad.

En conclusión, las ideas claves de esta geografía itineraria de Andalucía en el siglo XVIII y en el XIX, antes del advenimiento del ferrocarril, son: red caminera con vacíos enormes especialmente en las sierras y el litoral; situación deplorable de los caminos, siendo realmente rodable el arrecife de Andalucía y cortos tramos de otros, aunque hay retoques parciales a finales del siglo XVIII; inexistencia de una red de hospedaje y mala situación —con excepciones— de las posadas existentes; e inconvenientes para el desplazamiento que agravan la

situación. Todo ello ayuda a conferir a Andalucía el hábito de «pintoresca» e «imprevisible» que tanto coadyuvó a crear su imagen romántica.

5. LAS CIUDADES Y LA ARTICULACIÓN DEL TERRITORIO ANDALUZ

Enlazando con el tema anterior, el del poblamiento lo perciben los viajeros ilustrados para el conjunto de España con «pocas ciudades e inmensos yermos»: un pequeño número de ciudades, separadas por extensos desiertos, con una muy pequeña proporción de pueblos (FREIXA, 1991, 240). El mismo panorama es el existente en Andalucía, pero los relatos, aunque se ocupan de pueblos, lugares y aldeas con abundantes datos (GÓMEZ DE LA SERNA, 1974, 240), sin embargo centran su atención sobremedida en las ciudades, hasta el punto que es tanta la información que de ellas disponemos que sólo podemos aquí apuntar temas y problemas, sin desarrollarlos suficientemente.

La primera percepción que se tiene es, pues, que Andalucía la comprenden estos viajeros como «país de ciudades» y ellas son, las grandes y las de menor rango, las que articulan todo el territorio en su vertiente itineraria, económica, social, cultural, etc. Como ello es así, para su descripción y conocimiento vierten sobre las ciudades andaluzas un alud de datos y reflexiones, que sin pretender agotarlos se refieren a estos items principales:

- Situación, emplazamiento, accesos y vistas.
- Número de habitantes y vecinos, abundancia o no de pobres, otras noticias de los habitantes.
- Fundación, síntesis históricas, antigüedades y restos clásicos y arqueológicos.
- Calles, plazas, casas, paseos, alamedas, barrios y arrabales y alrededores urbanos.
- Iglesias, conventos de frailes y monjas y otros monumentos religiosos y civiles.
- Aspectos de policía urbana, fuentes y abastecimiento de agua.
- Descripción del término, producción agraria, cortijos, huertas, viñedos, olivares, despoblados.
- Actividades industriales y otras si existieran.
- Vida social y diversiones (teatro, baile, paseo, tertulias, toros).

Por supuesto que esta información, no sistemática, es similar a la ofrecida para todas las ciudades de España que los viajeros visitan, pero para el conjunto de las

de Andalucía se deducen de ella una serie de características que desarrollamos en los siguientes epígrafes.

A. Andalucía, país de ciudades

Por su gran número y diversas categorías e importancia, a juzgar por la cantidad de espacio que les dedican en sus relatos, Andalucía seguía siendo un «país de ciudades», constituyendo ellas, en efecto, los nodos claros del sistema viario, el hogar casi exclusivo de la población, los centros ordenadores de las sucesivas células que son los términos municipales, extensos y ricos en la mayoría de las principales urbes andaluzas. Por tanto, son articuladoras del territorio, pero creo que con esta información nada autoriza a pensar en una homogénea red urbana, pues el sistema viario no era eficiente y denso, ni las relaciones humanas y económicas significativas y, por el contrario, son indicios en contra de ella, el funcionamiento de los cuatro reinos andaluces, la fuerte autonomía y tendencia autárquica municipal, los despoblados que aíslan, etc. Las ciudades, pues, articulaban las superpuestas células territoriales que son sus respectivos términos municipales, pero es muy probable que no se interconecten significativamente unas con otras.

B. Capitales del interior versus ciudades litorales

Las ciudades de Andalucía se dividen en dos grandes conjuntos: las de rango superior —Sevilla, Córdoba, Granada y Jaén, capitales de los cuatro Reinos, y dos litorales y emergentes que son Málaga y, sobre todo, Cádiz—, y las de segundo orden, que no llegan a la treintena, aunque no estén aquí todas las existentes, pues hay territorios muy poco o nada visitados por los viajeros.

Entre las primeras, véase que faltan de entre las actuales capitales de provincia, Huelva y Almería. La primera, al ser declarada capital de provincia en 1833, era todavía un modesto burgo de 6.000 habitantes y, además, no hemos encontrado testimonios viajeros sobre ella, circunstancia que también concurre en Almería (con la excepción de Bowles, aunque su información es naturalística y no urbana). Jaén también permaneció bastante al margen de las rutas viajeras dieciochescas, pero afortunadamente Ponz la visita, caracteriza y describe aceptablemente, diciendo nada menos que «para mi gusto es uno de los mejores (Pueblos) de España» (PONZ, XVI, 171).

Así las cosas, y utilizando exclusivamente información de viajeros, yo propongo una interpretación consistente en que las cuatro capitales interiores hay que oponerlas urbanística, monumental, social y económicamente a las dos litorales, encontrándose además las primeras inmersas en un profundo y largo proceso de decadencia y las segundas en otro, contrario, de crecimiento y emergencia. Es importante resaltar en esta interpretación que la decadencia explica en buena medida los caracteres urbanísticos, económicos y sociales del cuarteto interior, y el crecimiento económico de Málaga y Cádiz conlleva importantes implicaciones urbanísticas, sociales e incluso monumentales. Conviene también hacer notar que esta interpretación es esencialmente socioeconómica en el siglo XVIII, pero que en el XIX, con el Romanticismo, derivará hacia un modelo de fuerte impronta histórico-artística y literaria, estética en suma.

Para el caso de Córdoba (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991, 21 y sigs.) su acentuada decadencia, desde una época no siempre precisada pero unánime según los distintos autores, permite interpretar su estancamiento e incluso descenso demográfico, su postración industrial, su problemática agricultura, su policía urbana deplorable, su detestable casco histórico, etc, sin que se avizore el resurgimiento que tan tópicamente se atribuye al siglo XVIII.

Y a semejanza de ello, en Jaén, según Ponz (xvi, 171), existieron tiempos mejores; en Sevilla son muchos los autores que hablan de decadencia de la ciudad —especialmente comparando con la época mora— en el siglo XVIII a causa de la transferencia del comercio americano a Cádiz y Sanlúcar, lo que es visible en su estancamiento demográfico y en la desaparición del profuso poblamiento en aldeas de su término, en el descenso de sus exportaciones, en la debilidad industrial que se constriñe a unas cuantas factorías estatales y en la falta de renovación industrial, en el gran número de mendigos harapientos (TOWNSEND, 1988, 266-83; DALRYMPLE, 1962 714; BOURGOING, 1962, 1.034; LABAT, 1962, 163); para Granada, en fin, la interpretación historicista y prerromántica de Peyron, sustentada en un cenit esplendoroso musulmán que contrasta con la postración del momento, confirma nuestra interpretación y también se confirma con Townsend, que la visita con especial cuidado y hace hincapié en su decadencia industrial desde la expulsión de los moriscos y en el ingente número de mendigos, del que aporta datos verosímiles, configurándola claramente como una ciudad en la que, en su base urbana, cuentan en demasía

los funcionarios de la Chancillería y el Concejo (TOWNSEND, 1988, 328 y sigs. y PEYRON, 1962, págs. 769 y sigs.).

Por el contrario, veamos la situación de Cádiz y Málaga. La primera un relato anónimo de 1700 la encuentra sin especial magnificencia y «se ven allí —dice— muchos moros que son esclavos...». Pero Labat, en 1705-1706, aunque con infinidad de pobres, por mor principalmente del monopolio del comercio americano, ya denota el dinamismo de la ciudad. Y a lo largo del siglo, éste se manifiesta en: crecimiento de la población; afinamiento de una numerosa y emprendedora colonia extranjera; la ciudad como puerto y almacén del comercio de España con las Indias, a pesar de que por su exíguo espacio y término municipal no puede desarrollar industria ni agricultura significativas; dinamismo urbano, obras de mejora, limpieza y policía en avance. sobre todo con O'Reilly; costumbres y diversiones variadas, con teatro francés, ópera italiana, comedia y toros españoles, aunque a la par se vaya también creando el tópico del Cádiz «licencioso y libertino»; y conformación, creo, de una auténtica red urbana en torno a la bahía de Cádiz, en la que a una actividad económica potente, interconectada y variada, hay que unir experimentos urbanísticos de los más significativos del siglo XVIII. Sin duda el Cádiz de esta centuria era una de las ciudades más importantes de España junto con Barcelona, aunque empieza a denotar síntomas de crisis a finales de ella a causa de la liberación parcial del comercio americano. En lo expuesto son unánimes todos los autores y estudios que hemos utilizado, aunque si se quiere escoger uno que mejor lo exprese, éste es sin duda el de Ponz (xvii, 317 y sigs y xviii, 10 y sigs.).

A su vez, Málaga, «alegre y próspera a través de todas las épocas» y aunque su aspecto «sea todavía hoy totalmente morisco», según los viajeros muestra también mucha prosperidad, visible en una agricultura variada y productiva, con gran significación del vino y la pasa, aunque no en exclusiva, factorías estatales, un comercio exportador de importancia, una burguesía española y extranjera, un puerto muy activo, un inicio de turismo, sobre todo inglés de Gibraltar, etc. Por todo ello, Carter (1985, 227 y sigs.) la exaltó con tanto mimo, Ponz (xviii, 169-253) la consideró una de las ciudades más de su gusto de toda España, y tantos otros la alabaron como ha hecho ver Krauel (1988) en una monografía consistente. Todas estas ventajas, no obstante, no pueden ocultar algunas máculas y dificultades como la abundancia de «mala gente» o población marginal de diverso tipo, la gran inseguridad, el peligro del corsa-

rismo berberisco a través de todo el siglo, y el control extranjero de buena parte del comercio.

C. Amplia representación de agrocidades, y otras ciudades de tipo medio

Respecto a las ciudades de segundo orden, la principal evidencia es que existe un amplio elenco de *agrocidades o grandes pueblos*, definidos en principio como lo hice en otro trabajo (LÓPEZ ONTIVEROS, 1994), y que examinando los textos que nos ocupan, cabe atribuirle las siguientes características:

– Población casi siempre superior a 2.000 vecinos, en torno a 10.000 habitantes, y en algunos casos alcanzando los 20.000 o 30.000, o sea, cercanos a los de las capitales menos pobladas.

– La estructura social de esta población no es perceptible por viajeros, que la mayoría va de paso, pero son frecuentes las alusiones a agrocidades que son asiento de nobleza abundante —Osuna, Ecija, Ronda, Jerez, etc—, casi todas con muchos pobres (la excepción es Grazalema, «sin mendiguez» según Ponz, y Osuna, donde «no hay pobretería», según el mismo autor, aunque Swinburne lo califica como «pueblo grande y apestoso») y con abundancia de población eclesiástica.

– En general, en las agrocidades se alude a grandes términos municipales, con casos extremos como los de Jerez, Montoro, Ecija, Carmona, etc cuya riqueza agraria se describe y exalta constituyendo ésta la base casi exclusiva de la estructura económica. Es éste uno de los principales caracteres definitorios.

– Aunque el autoabastecimiento de estos grandes pueblos en el siglo XVIII diversificase su población activa con representación significativa de industrias agrarias, artesanías y servicios civiles y eclesiásticos, los viajeros los perciben casi siempre sin industria alguna, como dijera Dalrymple de Ronda: «poblado, pero sin fábricas». Las dos únicas excepciones, con testimonios variados y unánimes, son Jerez, con su industria vinícola para la exportación, y Grazalema, con paños finos para capas (Carter) y comunes para muchos pueblos de Andalucía (Ponz y Bourgoing).

– Todas ellas presentan una antigüedad grande y una historia rica, lo que origina un patrimonio monumental significativo, principalmente eclesiástico de parroquias y conventos, y con frecuencia también arqueológico —antigüedades—. Algunas de ellas, como Baeza y Ubeda, de pasado histórico especialmente rico, se

prestan también a una interpretación de esplendor pasado versus decadencia presente como las capitales interiores.

– Muchas de ellas tienen emplazamientos singulares y pintorescos o son maravillas naturales —Ronda, Arcos, Antequera, Vélez Málaga— lo que unido al excelente patrimonio de otras —Baeza, Ecija— origina una apreciación favorable y elogiosa.

– Algunas de ellas son percibidas, sobre todo las orientales, como articuladoras de comarcas: Ronda cabeza de su Serranía, Guadix y Baza de sus hoyas, Antequera de su Vega. Las más occidentales, por el contrario, se presentan sólo como cabezas de sus grandes términos municipales, aunque éstos, por su extensión, pueden ser considerados como comarcas o incluso una «pequeña provincia», como calificara Ponz el de Jerez.

De acuerdo con mis notas las agrocidades andaluzas según los viajeros serían las que siguen, clasificadas por provincias actuales.

En Jaén es un grave inconveniente, como ya sabemos, que sólo contamos con Ponz y Bowles —este último sólo trata Linares—, según los cuales se comportaban como sólidas agrocidades: Baeza y Ubeda, con pasado egregio, decadencia grave en la actualidad y patrimonio histórico digno de aquél; Andújar, en «frondosa llanura» y con un envidiable término serrano-campiñés; y Linares, de bastante menos población, con agricultura y pastos abundantes y también con riquísimas minas, en su inmensa mayoría abandonadas (PONZ, XVI).

En Córdoba sólo encontramos caracterizada por los viajeros como agrocidad Montoro, a la que Ponz (XVI, 254-67), dedica una enjundiosa y auténtica monografía. Por supuesto que había otras agrocidades, importantes, sobre todo en el sur, a saber Montilla, Aguilar, Baena, Cabra, Lucena, Priego, pero al margen del arrecife real y de las otras rutas frecuentadas por los viajeros.

En Sevilla, Ecija es una de las más estudiadas, elogiada y parece que pujante; Carmona, por el contrario, aparece como rica pero con gran atonía urbana; Utrera con un aspecto urbano elogiado por tener calles buenas y plaza regular y espaciosa; Lebrija, sin caracteres genuinos; y a Osuna, aunque con imágenes de percepción muy contrastadas, sin embargo siempre se le atribuye su buen señorío y mucha nobleza, su gran patrimonio artístico y su extenso término de tierras pingües.

En Granada poseemos poca información de Guadix y Baza, prácticamente sólo la de Peyron (1962, 766-67) y Townsend (1988, 344-45), que no estudian mucho sus aspectos urbanos.

Respecto a Málaga, Vélez Málaga, por sus condiciones naturales y sus caracteres urbanos, se va conformando como un «vergel donde la naturaleza parece sonreír y los campesinos desean protección a todo el que pasa» (TOWNSEND, 1988, 324). Son abundantes, por su importancia y situación estratégica en la red viaria, las noticias sobre Ronda y Antequera. En la primera, todos insisten en su pasado esplendor y antigüedades, en su espectacular emplazamiento y en su «puente de altura estremecedora», así como en su singular estructura urbana adaptada a su difícil topografía. Nadie la ensalzó más que Carter (1985, 115-20). De Antequera dice Ponz (XVIII, 146 y sigs.) que «entre las ciudades de segundo orden de España es una de las que más me ha gustado por su situación y calles espaciosas», por su «paisaje soberbio» desde el Calvario o desde la Escaleruela, por el Torcal, por su huertas y productiva vega, etc.

Cádiz es una de las provincias que en el siglo XVIII presentaba un mayor número de agrocidades. La primera era Jerez, de la que es tanto el material disponible que merecería una monografía, y en la que sin duda los tópicos de su imagen, casi siempre elogiosos, están claros: algunas calles tortuosas y escarpadas, pero en general bien construido, término el más grande de España, viñedo y bodegas, caballos, Cartuja cercana, mucha nobleza, etc. En este siglo es sin duda la agrocidad más prestigiosa de Andalucía y comparable a alguna de sus capitales.

También en el interior aparecen Arcos, al que siempre es atribuible su pintoresco emplazamiento y el encajamiento del Guadalete, Medina Sidonia, en una gran eminencia, y Grazalema, de la que diríamos, que por su aludida industria pañera, quiere escapar a la agrarización extrema propia de la agrocidad. Y en la desembocadura del Guadalquivir se ubica Sanlúcar, en ascenso progresivo en este siglo y con una economía y patrimonio históricos notables.

Pero junto a las agrocidades aludidas, en Andalucía existían otras ciudades de segundo orden, que no responden a los caracteres atribuibles a aquéllas y que son: las de la bahía de Cádiz, las capitalidades de las poblaciones carolinas y Algeciras.

Respecto a las primeras, cabe decir que a la vista de muchos relatos y especialmente el de Ponz (XVIII) constituían una unidad, una red urbana presidida por Cádiz, en la que se integraban las que siguen. El Puerto de Santa María, de historia y monumentos muy ricos, puerto de exportación de los vinos jerezanos, abastecedora de agua de Cádiz y sus barcos, de estructura urba-

na excelente, de alrededores deliciosos, etc, es una de las ciudades más encomiadas de Andalucía y por ello varios la consideran «una de las ciudades más bonitas de España». Chiclana, con gran prosperidad, se convierte en segunda residencia de la burguesía gaditana. La Villa de Isla de León y la inmediata de San Carlos se puede seguir en los textos viajeros cómo se proyectan, crecen y se consolidan, convirtiéndose en paradigmas del nuevo urbanismo y en asiento de astilleros, centro de formación, investigación y planificación de la Marina española, complemento imprescindible de Cádiz. Y Puerto Real que, aunque fundada por los Reyes Católicos, es en el XVIII cuando se consolida urbanística y económicamente. Sin duda el casi continuo urbano de Cádiz y su bahía constituye una gran concentración poblacional y un sólido conjunto económico, de los mayores de España, que por su estructura es claramente distinto de las agrocidades. Incluso morfológicamente W. von Humboldt (1918, 186) resalta la peculiaridad del conjunto:

«En Jerez —dice— comienza una nueva región que llega hasta Cádiz; Jerez, el Puerto de Santa María, el Puerto Real, la Isla de León y Cádiz, todas están construidas de la misma manera: todas con casas limpias y amables, rectas y bellas calles, con tejados planos, casi todas con azoteas y pequeñas torres, unas más bonitas que otras.»

Parcialmente también intentan escapar a la concepción de la agrocidad, aunque terminan siéndolo, las capitales de las poblaciones carolinas: La Carolina y la Carlota. Ellas se conciben urbanísticamente como distintas y económicamente como aspirando a una estructura económica diversificada. Los viajeros ilustrados, por razones muy variadas y extralocales, focalizan su opinión sobre ellas y además, situadas en el arrecife de Andalucía, constituyen hitos importantes de la nueva conformación del mismo, por lo que poseemos muchos testimonios de las mismas e incluso su imagen puede interpretarse como claro ejemplo del paradigma de relato ilustrado frente al romántico, tema que ya ha sido estudiado monográficamente (LÓPEZ ONTIVEROS, 1996). Y, por último, muy particular es la condición de Algeciras, en ruina total, como la dejaron los moros, a principios del siglo (LABAT, 1962, 148), pero que, habitada por los gibraltareños que no quieren vivir en el Peñón tras la conquista inglesa, y por la influencia comercial de éste, resucita como un ave fénix de sus cenizas. Aunque al final de siglo, Ponz y otros autores certeramente la ligan a la amplitud de su bahía y está ya funcionando con cierta solidez en su estructura urbana y económica, sin embargo se puede asegurar que la bahía de Algeci-

ras no constituye en esta centuria nada que se parezca al conjunto urbano de Cádiz y su entorno (CARTER, 1985, 22-36, PONZ, XVIII, 83 y BOURGOING, 1962, 1.085).

D. Urbanismo musulmán versus urbanismo geométrico

El segundo muy especialmente se concreta en nuestras nuevas poblaciones, por ejemplo la Carolina, y el primero en la mayoría abrumadora de nuestras ciudades, grandes y pequeñas, que en el siglo XVIII presentaban un plano y esencial estructura de origen musulmán. Pero veamos antes cuáles son las principales características del urbanismo preconizado por los viajeros ilustrados.

Dice Ponz —e igualmente piensan muchos ilustrados— que

«varias cosas se han de juntar para la belleza y magnificencia de una ciudad: entradas desahogadas; el número de puertas correspondientes a su grandeza; que sean muchas sus calles con comunicación entre ellas; que las principales sean rectas y anchas...; pero no deben ser todas iguales en anchura y rectitud, porque una ridícula y total uniformidad sería enfadosa; (...) las plazas se han de multiplicar para desahogo de los barrios (y han de ser) rectangulares, circulares y elípticas».

Y por el contrario, veamos como el mismo autor juzga el urbanismo de Sevilla:

«sus calles están muy mal empedradas, (que) quedaron en el desorden y en angosturas en que las dexó la superstición o rusticidad morisca y (que) éste ha mantenido hasta ahora otras muchas de España, como le dixe a V. hablando de Toledo. No se pensó en mejorarlas, ante nuestros Reyes seguían las mismas ideas y se valían de artifices de aquella nación (...) Esta mala planta y deformidad de las ciudades no se remediará jamás sino haciéndolas de nuevo (...) (A su vez) a las plazas de Sevilla les falta cierta proporción y regularidad o estar acompañadas de edificios con alguna uniformidad y así más se pueden llamar sitios espaciosos».

Y respecto a Toledo, al que remite, insiste en que «carece de majestad y hermosura, no tanto en sus plazas mal puestas» sino en su calles que

«casi todas son estrechas, torcidas y montuosas, cuya forma piensan bien los que han escrito de esta ciudad habérsela dado los moros (...), cuyas costumbres eran bárbaras en extremo (...) y su ferocidad y genio sospechoso les inducía a vivir en angosturas, y acaso la mayor facilidad que con esto tenían para guardar a sus mujeres, de quien siempre vivían celosos. Éstas fueron, sin duda, las verdaderas razones de la fealdad de Toledo» (reproducción y glosa de estos textos en PUENTE, 1968, 209 y sigs.).

En conclusión, pues, y como se deduce fehacientemente de la elocuencia de los textos, el viajero ilustrado rechaza y vitupera el urbanismo de impronta musulmana, predominante en la Andalucía de entonces; alaba y quiere un urbanismo geométrico e hipodámico muy del

gusto de aquel siglo; y, por ello y otras razones que se verán, los que después se denominarán cascos históricos no encuentran acogida ni favor. Adviértese, no obstante, que la exagerada acritud de Ponz contra lo moro, evidente en éstos y muchos otros textos —es constante de su pensamiento— no puede generalizarse, sino que contrasta con la maurofilia de otros viajeros.

Pero veamos más en concreto el urbanismo que los viajeros ilustrados encontraron en Andalucía. Por supuesto un urbanismo de impronta musulmana, laberíntico, de calles estrechas y retorcidas y plazas informales, acompañado de una policía urbana —limpieza, empedrado, evacuación de aguas negras etc— detestable y de un caserío igualmente «morisco» y sin la suntuosidad y nobles materiales de que gustaban estos viajeros. Y hay que enfatizar que en muchos casos este urbanismo y caserío de origen musulmán no ha sufrido renovación alguna. Por ejemplo, se dice de Málaga que «el aspecto es todavía hoy totalmente morisco» (CARTER, 1985, 227 y sigs.), y la mayor parte de los edificios de Baza aún son de construcción mora, o sea de ladrillos y cemento muy claro (PEYRON, 1962, 766).

Interesante —en confirmación de ello— es también la opinión de los escasos viajeros árabes del siglo XVIII por Andalucía, que no sólo manifiestan admiración y nostalgia por Al-Andalus y ofrecen una «visión arqueológica» de éste, sino que atisban un origen árabe en hombres y mujeres y sobre todo descubren en nuestros pueblos y ciudades una similitud con las propias, que obedece sin duda a un origen común (PARADELA ALONSO, 1993, 76 y sigs.).

En consecuencia, son constantes los dictérios de nuestros viajeros contra nuestras ciudades más tradicionales e importantes, tanto en el aspecto urbanístico como en el de policía y caserío urbano. Especialmente Sevilla, como hemos constatado, Córdoba, estudiada con detenimiento (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991, 19 y sigs.), y Granada son denostadas por muchos viajeros. Esta última merecería un estudio en profundidad según sus delatores dieciochescos —Townsend, Twiss, Swinburne, etc— para resaltar el contraste con los encomios del Romanticismo, aunque en esta tarea también encontraríamos los elogios de los prerrománticos. Y aunque ensalzadas en otros aspectos, Cádiz y Málaga son también criticadas por sus calles estrechas, oscuras y retorcidas y porque son sucias (aunque la primera gane en pulcritud a partir de las reformas de O'Reilly).

Por el contrario son realizadas algunas realizaciones de impronta moderna y urbanismo más o menos hipodámico

dámico: La Carolina y La Carlota (cuya apreciación viajera puede verse en LÓPEZ ONTIVEROS, 1991 y 1996), sobresaliendo sobre todo la primera como joya urbanística quizá sólo comparable, según ellos, a Aranjuez, y las poblaciones de la bahía de Cádiz, Isla de León, San Carlos y Puerto Real, para las que los elogios de Ponz son ilimitados. Aunque las somete también a una crítica tan severa como la que vierte sobre la Isla por haber dejado proliferar las cancelas bajas de las casas y las bolas doradas de los balcones (PONZ, XVII, 293 y sigs.).

Y de las ciudades andaluzas, que no son creación de este siglo, a los viajeros ilustrados no les queda más remedio que salvar —alabando— cualquier alameda, paseo o salón que continuase el casco o lo abriese de alguna manera, y hacer lo propio con algunos pueblos antiguos que al menos presentaban calles espaciosas y rectas: Antequera, Puerto de Santa María, Utrera, Jerez...

E. Apreciación y crítica de los monumentos

La descripción y análisis del patrimonio monumental de las ciudades andaluzas es fundamental en los viajeros ilustrados, a lo que se prestaba la cantidad y calidad de aquél, teniendo también significación al respecto el hecho de que Ponz tenga como objetivo principal de su viaje por Andalucía inventariar su patrimonio artístico. No obstante, es bien visible también aquí la oposición entre las cuatro capitales del interior y algunas otras ciudades, como Baeza y Ubeda, de patrimonio muy valioso e incluso excepcional —caso de Sevilla— y las dos litorales, Cádiz y Málaga, que ofrecían un patrimonio más menguado.

Pero en este capítulo, probablemente como en ningún otro, el testimonio viajero aparece desvirtuado e incluso envilecido por los prejuicios estéticos dominantes, presididos por una preferencia neoclásica y un ataque sistemático al barroco. Ponz con «enfurecidos epítetos y denuetos», muchos de ellos recogidos por Puente (1968, 146-47), arremete contra el «barroquismo churrigueresco» generalizado en nuestras iglesias y conventos. Por ello abundantísimos son los testimonios que zahieren la catedral de Granada (FREIXA, 1991, 321) y todas las iglesias barrocas de la ciudad (KRAUEL, 1986, 304-5); y, en Córdoba, los únicos monumentos que salva Fernández Moratín de su juicio condenatorio son la Mezquita y la iglesia de Santa Victoria, obra reciente de Ventura Rodríguez (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991, 27). Los testimonios podrían multipli-

carse, pero basta con enfatizar este aspecto inadmisiblemente y tendencioso de la visión viajera ilustrada, generalmente tan objetiva.

Respecto al gótico, como puede concluirse repasando los testimonios sobre la catedral de Sevilla, el respeto es la norma, aunque no el entusiasmo; y, por último, es interesante la opinión sobre el arte musulmán, cuya imagen definitiva aún no está definida, pero que se va gestando en esta centuria. En mi opinión, dicha imagen empieza por una mera curiosidad, a veces incluso ingenua (como la de la viajera anónima M., 1962, 96, de 1700); sigue en otros viajeros una descripción fría, objetiva y hasta breve de los monumentos árabes, afirmando no obstante su peculiaridad, como ocurre con Townsend (1988, 330 y sigs.), para el que la Alhambra es «edificio de una arquitectura completamente diferente a toda la que había visto hasta entonces», aunque no faltan en esta misma línea quienes desprecian este arte; y termina el proceso con un gran aprecio de este arte por su exotismo, por el encanto de lo desaparecido, por ser un ingrediente importante y paradigmático de la maurofilia, por constituir una forma genuina de expresión del prerromanticismo de este siglo. De esta forma además, al final de la centuria está ya en germen la imagen romántica de una Andalucía presidida por los tres grandes santuarios del arte islámico: la Alhambra de Granada, la Mezquita de Córdoba y, en menor medida, los Alcázares de Sevilla.

F. Las monografías de capitales y agrocidades

Lo que ahora procedería, tratados los aspectos generales de la geografía urbana viajera e ilustrada, es diseñar las monografías más o menos extensas de las capitales y ciudades de segundo rango, que hemos reseñado como importantes en Andalucía. Ello no lo vamos a hacer, pero en ellas se podría apreciar que los ilustrados van creando una imagen precisa de cada ciudad, en la que se integran los elementos que veíamos constituían la base de su descripción. Y, con frecuencia, en cada uno de estos elementos y en la selección de los mismos, incluso, encontraríamos repeticiones, que prueban la solidez con que se van creando los estereotipos ciudadanos, que en muchos casos perviven en las imágenes turísticas que se difunden en la actualidad. No obstante, el problema principal de dichos estereotipos es que uno se plantea siempre si constituyen la quintaesencia de la realidad y el relato viajero o son en gran medida inventos o plagios de los sucesivos autores. En todo caso los

ilustrados siempre tendieron a que ellos fueran fruto de la observación, aunque cada vez tengo más claro que el Romanticismo, más imaginativo en sus tópicos, entronca y tiene relación con las observaciones del siglo anterior.

6. EL CAMPO ANDALUZ SEGÚN LOS VIAJEROS DE LA ILUSTRACIÓN

Por el carácter fuertemente fisiocrático que tiene la Ilustración, es este tema preferido de los viajeros del XVIII y, como vimos, su imagen del territorio, más o menos articulada por los núcleos urbanos, presenta en sus inmensos intersticios *despoblados* enormes, tantos y tan extensos, que para Andalucía se tiene la impresión de que la geografía rural tiene más por objeto el estudio del baldío, descampado, erial y floresta que el campo cultivado y habitado. Especialmente Ponz, obsesionado por el tema, incesante, señala los despoblados que encuentra en su camino. De acuerdo con ello en toda Andalucía proliferan, pudiéndose clasificar así:

1º Sierra Morena que, como se dedujo de su geografía itineraria, es toda ella un inmenso despoblado, con monte de encina, alcornoque, mucha maleza y abundancia de caza, interrumpido por pueblos y lugares pequeños, con minúsculos ruedos de viñas olivares y demás cosechas, y por escasas explotaciones mineras (PONZ, VIII y BOWLES, 1982, 2 y sigs.).

2º Las llanuras de la Depresión del Guadalquivir, en amplias superficies, presentan también tal carácter, siendo los espacios más abandonados que se citan éstos: de Cantillana a Sevilla, «causando admiración ver tan despoblada aquella dilatada y hermosa llanura»; muchos de Sevilla a Cádiz (Alcalá de Guadaira a Utrera, Jerez a Medina Sidonia, etc); buena parte del itinerario Córdoba-Ecija-Carmona, e incluso de ésta a Sevilla, «haciéndose difícil creer que tan hermosa comarca esté casi desierta» (BOURGOING, 1962, 1.033); ocurre igual en el tramo de Osuna a Antequera y su vega. En todos los despoblados aparece la cantinela de la posible existencia de poblamiento disperso en la antigüedad y la general inexistencia de arbolado.

3º Carácter similar encontramos para el Reino de Jaén, donde Ponz (XVI, 93 y sigs.) habla de inmensos despoblados en donde se encontraba la antigua Cástulo, entre Linares y Baeza, en el camino de ésta a Jaén, con alusión a una decena de despoblados, y en el de Jaén a Andújar. Y también en todos ellos la obsesión por el árbol:

«¿cuál sería —dice Ponz— la dicha de toda la Loma de Ubeda si sus sembrados y praderías, donde se crían y mantienen excelentes caballos, se alineasen aunque sólo fuese de olivos?».

4º Por supuesto que las Béticas en general aparecen como despobladas, pero hay tramos y conjuntos especialmente conocidos por su desolación: el camino de Granada a Lorca, al margen de los escasos pueblos que se atraviesan y sus menguadas huertas de ruedo (PEYRON, 1962, 764 y sigs. y TOWNSEND, 1988, 342 y sigs.); la Serranía de Ronda, como sabemos, con detalle descrita por Carter (1985, 114 y sigs.); las Subbéticas cordobesas y granadinas, atravesadas por el infame camino de Córdoba a Granada (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991, 61 y sigs.); las sierras de Vélez Málaga a Granada por Alhama, que se adentraba en el mundo solitario de toda la Penibética, aunque ésta apenas sea descrita.

5º Conviene insistir en que sucesión de despoblados, presididos por torres de defensa solitarias e interrumpidos por aldeas exiguas y muchas miserables, es lo que los viajeros encuentran en la costa de Gibraltar a Málaga y de ésta a Vélez, lo que sin duda proseguía hasta allende Almería.

6º Es muy significado el despoblado de Medina Sidonia a Tarifa o de Chiclana a Algeciras, descrito por Bourgoing (1962, 1.043), Labat (1962, 144 y sigs.) y Ponz (XVIII, 70 y sigs.), que son 14 leguas «sin encontrar pueblo alguno», pudiéndose decir «que es un verdadero desierto» de campos y pastos, donde «en ningún sitio hay vestigio que anuncie la vivienda del más humilde ciudadano. Ni un huerto, ni un vergel, ni una zanja, ni una teja».

Contrastando con los despoblados, las zonas andaluzas más generalizadamente *cultivadas* aludidas por lo viajeros son la Campiña de Córdoba, término de Ecija, Vega de Carmona, llanos de Osuna, término de Jerez, alrededores de Sevilla, Montes y Hoya de Málaga, a los que hay que unir los pequeños ruedos, con frecuencia a base de huertas, y teniendo en cuenta siempre que la lejanía, aunque no fuese excesiva, del núcleo de población imponía de nuevo el erial y el despoblado.

Los aprovechamientos agrarios de estos espacios cultivados se concentran esencialmente en la trilogía mediterránea, o sea granos, olivar y viñedo, de muy desigual significación no obstante. Los cereales y especialmente el trigo, se infiere, aunque sin detalle, que son el cultivo predominante, pero su mención siempre es generalizadora, porque no presenta novedad alguna para los viajeros. El olivo también se alude con frecuencia, deduciéndose de sus referencias que era un cultivo enton-

ces no generalizado ni fuertemente comercializado, destinado más bien para proporcionar el aceite para el gasto; por ello, respecto a Jaén y Córdoba no se constata nada que se parezca a un monocultivo ni siquiera en ciernes. Se utiliza también la aceituna aderezada como la sevillana, aunque la mayor parte es para aceite, que «en toda Andalucía se obtiene con un método mui malo», que Bowles (1982, 432 y sigs.) describe con detalle.

Respecto a los viñedos, Andalucía acusa un problema general para toda España, presentando dos zonas de vid muy descritas por los viajeros. Respecto a lo primero, Ponz (xviii, 244-46), a propósito de Málaga, habla de que las viñas ocupan excelentes tierras de pan llevar, pese a la escasez de éste, y que es necesario poner coto a la expansión de la vid que está incluso causando pérdidas a sus propietarios. Respecto al segundo tema, sería provechoso recoger todas las alusiones a los viñedos andaluces, donde, por supuesto, encontraríamos que los de Jerez y Málaga, con diferencia, son los predominantes, presentando ya en el xviii una expansión y dinamismo exportador que prepara el esplendor de principios del xix (entre otros PONZ, xviii, l.c. y KRAUEL, 1988).

Sobre los aprovechamientos de regadío, aunque los datos son fragmentarios y dispersos, creo que caben algunas afirmaciones generales: siembra de cultivos de secano, en especial trigo por la consabida razón de subsistencia; utilización de un profuso policultivo, pues la comercialización para el exterior, excepto en Sevilla y Málaga, no era posible; y adecuación de algunas plantas tropicales al regadío costero. En todo caso huertas importantes sobre las que se podrían allegar datos son las de Sevilla, Vélez Málaga y sobre todo Málaga (KRAUEL, 1988).

A propósito de otros cultivos y aprovechamientos, en varios autores es evidente su interés por plantas que les resultan exóticas —lo que pirrará, como veremos, a los románticos— tales como la chumbera, plátano, caña de azúcar y caña común, palmera, palmito, ciprés, esparto y su multiplicidad de usos, la batata e incluso la encina y el alcornoque, estudiados con cuidado por Labat (1962, 146). Algo similar cabe señalar para el caballo, de tanta importancia y en aguda crisis en el siglo xviii, que puntualmente es descrito en los lugares andaluces de crianza más importantes que eran Córdoba, Ecija, Jerez y la Loma de Ubeda.

Pero toda esta agricultura andaluza, lo mismo que la española, tanto por los viajeros españoles como por los extranjeros, a nivel global, es diagnosticada como problemática, aduciendo contra ella las siguientes críticas:

insuficiente productividad para satisfacer las necesidades de abastecimiento, en especial de pan; incapaz, por la ausencia de arbolado, de proporcionar los básicos productos forestales; necesidad de poner en producción amplios espacios y habitarlos; no subvenir, a causa de esta carencia, al dominio e intercomunicación del territorio; y no haber podido crear industrias y excedentes para la exportación, que fomentarían nuestro comercio exterior.

Las causas de todo ello no las encontrarán los ilustrados en características del medio físico, pues son todos ellos optimistas sobre las posibilidades y dominio de la Naturaleza, sino en el atraso técnico, que sobre todo en los viajeros ingleses —véase en especial Townsend— es obsesión (KRAUEL, 1986, 249) y en problemas de estructura de propiedad, especialmente de gran propiedad. Esta última, que es causa de absentismo, inoperancia, escasa productividad, etc, encuentra un diagnóstico clarividente en Bourgoing (1962, 1.043-44), que asume totalmente Ponz (xviii, 78). Dice el primero: En el despoblado de Chiclana a Algeciras se atraviesan los feudos del duque de Medinasidonia, inmenso, como vimos, pero

«idéntica despoblación reina en todas las comarcas andaluzas destinadas sólo a cereales y pastos. Su división en propiedades inmensas se remonta a la época en que el terreno fue conquistado a los árabes. Los principales señores castellanos que acompañaban entonces a los reyes conquistadores, se hicieron adjudicar vastísimas heredades. La extinción de la rama masculina en muchas familias aumentó cada vez más este inconveniente, al darse el caso de que ricas heredades aportasen considerable dote a casas no menos opulentas, en una forma que, de continuar, acabaría por poner la mayor parte del territorio español en manos de las pocas familias poderosas que sobrevivan a las demás. Como un solo individuo no podría administrar tales terrenos, se los arrienda a diversas personas, pero por el corto espacio de tiempo de tres, o a lo sumo, cinco años. Hay, además, otra circunstancia que contribuye a la decadencia agrícola de Andalucía. Se divide la tierra en tres partes: una se cultiva, otra queda en barbecho y la tercera se destina a alimentar el ganado del arrendatario, a quien le interesa aumentarlo todo lo posible durante el breve tiempo que disfruta de la tierra. Éstas son las causas del desolado aspecto de enormes comarcas susceptibles de floreciente cultivo. Por lo cual, la primera reforma conveniente sería prolongar el plazo de los arrendatarios».

Véase, pues, como en este texto todos los males estructurales se entrelazan: gran propiedad, despoblado, falta de productividad, atraso técnico, etc. Y para evitarlos preconizan los ilustrados ejemplos de una nueva gestión progresista y creadora de riqueza como son las haciendas modelo y unas realizaciones más amplias cuales son las repoblaciones de despoblados.

Respecto a las primeras, fincas de particulares que ensayan nuevos cultivos y nuevos métodos y que, con

frecuencia, se convierten también en museos de artes y antigüedades y ensayos de arquitectura y jardinería, hay en Andalucía varias, muy bien documentadas porque las visitan los viajeros: el Soto de Roma, en la Vega de Granada, sitio real primero y después donado a Ricardo Wall (KRAUEL, 1986, 255-58 y BOWLES, 1982, 426-27), de excepcional importancia y significado agrícola y forestal; las haciendas de los alrededores de Málaga, del conde de Villalcázar en Torremolinos, de San Isidro —de D. Pedro Ortega Monroy— junto al Guadalhorce y la de D. Félix Solesio en Arroyo de la Miel, ejemplos acabados de experimentaciones agrarias ilustradas (KRAUEL, 1988, 36-37; PONZ, XVIII, 235 y sigs.); la Alameda del Obispo en Córdoba, de igual significación (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991, 28); la casa de recreo del Picacho en Sanlúcar de Barrameda (PONZ, XVIII, 123-24); y las cartujas de Jerez y Sevilla a las que cabe conferir características similares (LABAT, 1962, 164; BOURGOING, 1962, 1.035 y PONZ, XVII, 274-83).

Respecto a las repoblaciones, las más importantes son las de la Sierra Morena jiennense, a partir de Despeñaperros, con la capital en La Carolina, y la de Andalucía, presidida por La Carlota. Mucho se ha escrito sobre ellas y su ideal y realizaciones urbanas, agrarias y sociales, pero también se han ocupado de describir las y juzgarlas los viajeros ilustrados. Con cierto detalle he estudiado estos testimonios (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991 y 1996) referidos a itinerarios, poblamiento y unidades paisajísticas, paisaje agrario y medio físico, urbanismo de La Carolina y La Carlota. En general los viajeros, según sus circunstancias ideológicas y políticas y según el momento en que las visitan, o encomian este experimento como correctivo y enseña ideal para todos los males territoriales de la nación, o resaltan el fracaso de una colonización que creen mal planificada y ejecutada.

Pero como el ideal de colonización era tan sentido como necesario, Ponz (XVIII, 114-17) también describe y estimula con sus comentarios la colonización particular emprendida por el Vizconde de Carrión y Marqués de Atalaya Bermeja que crea las poblaciones del Algar y Prado del Rey o Nuestra Señora de Guadalupe, cerca del Bosque (Cádiz).

7. EL PAISAJE ANDALUZ SEGÚN LOS VIAJEROS ILUSTRADOS

Como el tema del paisaje lo abordamos en su significación general dentro del relato ilustrado por Andalucía, ahora sólo se trata de ver en concreto cómo algunos au-

tores describen paisajes andaluces, teniendo en cuenta igualmente que esta tarea tiene íntima relación con otros caracteres de aquél que definen el prerromanticismo de finales del XVIII.

Peyron interpreta el Reino y la ciudad de Granada en clave totalmente prerromántica (decadencia, maurofilia, «ciudad que es el paraíso terrenal», importancia extrema de la Alhambra y el Generalife, también del Sacromonte y de la Vega por su importancia humana, histórica y paisajística), exalta el paisaje y se deleita en él como el que califica de «soberbio» desde el Calvario de Antequera, pero la llanura reseca para él es desolación y paisaje desagradable, que sólo recobran el alivio y la belleza cuando aparece algún bosque. En suma se debate entre el sentimiento estético y el utilitarismo, afirmando que «Sterne tiene mucha razón al decir que un viajero no sabe qué hacer de un llano; pero resulta útil al labrador, que es allí donde recoge el premio de sus fatigas».

El Barón de Bourgoing, a su vez, no es insensible al salvajismo del Despeñaperros, ni al emplazamiento, clima y alrededores de Sevilla, ni al marco incomparable de la Bahía de Algeciras, porque

«la Bética antigua —dice— es un mágico país en que reinaban la felicidad y la abundancia. Y la Bética moderna podría serlo aún, y, sin embargo, con su hermoso cielo y sus valiosas y variadas producciones sólo inspira nostalgia».

Carter que, según Muñoz Rojas (1981) lo ve «todo con un ojo amoroso y una particular afición a aquello que describe», al menos en tres aspectos sobresale por su fuerte sabor prerromántico: las panorámicas y tours d'horizon desde Gibraltar que glosa; el panegírico encendido de Ronda con su «posición pintoresca» y de la homónima Serranía; y el entrañable tratamiento de Málaga y sus alrededores, tanto los Montes como los pueblos —Coín, Cártama, Churriana, Alhaurin, etc.— de la depresión del Guadalhorce. Aunque nada en él es comparable a ese Ojén, «paraje ideal y romántico», cuyos alrededores

«presentan un cuadro encantador a nuestros ojos asombrados por tanta belleza, mientras que nuestro oído se aturde por las cascadas que forman los riachuelos que se despeñan por los tajos; el paisaje lo cierra, por encima de la ciudad, un enorme risco, inaccesible por delante y por los lados, cuya cima coronan las ruinas de un castillo árabe».

Y, por último, es cierto que Ponz, como dijimos, no se puede considerar precisamente como prerromántico por su encono hacia lo moro y también por ese espíritu utilitario y reformista que le lleva a metamorfosarse y destacar en muchos paisajes los elementos agrarios que convienen a sus convicciones fisiocráticas, pero como

buen polifacético, también resalta la belleza y emoción de muchos de aquéllos. Destacamos algunos paisajes andaluces por él encomiados con los epítetos que el autor utiliza: la espléndida vista de gran parte del reino de Sevilla desde el Algarrobo, bajando de Sierra Morena; el paisaje mariánico en torno a Constantina; Sevilla y el Guadalquivir que le merecen un canto entrañable del río y unas «laudes» encomiásticas de la ciudad; la situación pintoresca, amenas huertas, excelentes vistas y espantable tajo de Arcos de la Frontera; las vistas incomparablemente deliciosas desde la Alameda de Cádiz; ídem desde la capilla de Santa Ana de Chiclana, que incluye el Promontorium Haeracleum; el tramo Tarifa-Algeciras de indudable sabor prerromántico; el idílico Ojén; la hermosísima Sierra de las Nieves; la panorámica del mar desde el Puerto de la Escaleruela en Antequera; Vélez Málaga y los Puertos de Zafarraya, etc. Pero, muy de acuerdo con lo que se viene diciendo, camino de Antequera, en Pedrera, encuentra en el desolado camino un «paraíso de frondosidad», «plantaciones de muchas suertes», que como buen pragmático detalla, «todo verde, risueño y agradable». Ponz aún sólo entiende la belleza unida a la ocupación humana y a la Naturaleza domada.

Definitivamente, pues, la imagen romántica de Andalucía se va gestando a lo largo del siglo XVIII y sobre todo al final, debiendo también desecharse la generalización del relato ilustrado hosco y seco, meramente enumerativo y recetario, propio de autores a los que «la belleza no les preocupa: ni la que el país les ofrece a la vista, ni tampoco la que ellos mismos pueden crear con la pluma» (GÓMEZ DE LA SERNA, 1974).

8. EL CARÁCTER DE LOS ANDALUCES

Se planteó igualmente antes el tratamiento general de este tema en el contexto del relato ilustrado por Andalucía, y ahora se trata de definir más en concreto el carácter español según los viajeros y ver si existe un carácter específico de los andaluces. Aquéllos también indagaron si tales caracteres responden a razones físicas o a causas morales, y más aún, se preguntan si al carácter español convienen buenas cualidades en potencia, aunque sepultadas hoy bajo la indolencia, pobreza y arrogancia originadas por el mal gobierno de la nación, la religión y la historia.

Parece que al menos los viajeros británicos son bastante discordantes a la hora de definir los elementos principales que configuran el carácter nacional, aunque

se reitera la frugalidad y sobriedad en la bebida, sencillez, educación, dignidad, justicia y honradez de la gente pobre, prevención a los extranjeros, ignorancia y pobreza, resistencia y dureza, etc (FREIXA, 1991, GUERREIRO, 1990 y viajeros aquí más utilizados). Y parece también que hay bastante más unanimidad en reconocer la peculiaridad de los caracteres regionales —vascos, catalanes, castellanos, etc— y por supuesto sobremanera la de los andaluces, a los que corresponde para algunos la peor parte en el reparto de virtudes y defectos.

Mi opinión, no obstante, al respecto es que aún siendo esto así, en el siglo XVIII se tiene una gran comprensión en especial con los campesinos y gente sencilla, españoles en general, pero también con los andaluces, presentando a veces los viajeros cuadros verdaderamente idílicos de ellos, y es menos frecuente el dicitario despreciativo y cruel que en el siglo XIX. No obstante, gentes pobres como en Málaga —la «mala gente»— se define también muy negativamente, lo que en parte lleva injustificadamente a una caracterización muy negativa de los malagueños (KRAUEL, 1988). Los textos que siguen pueden representar, respectivamente, la opinión de los detractores de los andaluces y de «jueces viajeros» más comprensivos.

«Los andaluces son coléricos, trapaceros, embusteros, perezosos. En general tienen ingenio. Las mujeres son graciosas, sin ser guapas y muy coquetas (...) Andalucía podría producir todos los frutos de la naturaleza, pero la pereza de los habitantes limita las producciones...

Ningún país está más señalado del cuño nacional. El carácter español está impreso en todas las partes de la administración de esta provincia y da muchas ocasiones de vergüenza nacional». (Anónimo de 1765, 1962, 526).

Más ambigua o equilibrada es la opinión de Dalrymple (1962, 718):

«Tienen la más alta idea de la dignidad de su nacimiento los castellanos y aún más los vizcaínos, que, aun pobres y mendigos, desprecian soberanamente a los andaluces por descender inmediatamente de los moros; creen que la inteligencia fina y astuta de éstos ha corrompido la nobleza y la altivez original del carácter español...

No hay país en el mundo en donde cada individuo en particular parezca estar más penetrado de la dignidad del hombre».

Y concluye así, elogiosamente, Carter (1985, 335) su viaje por Andalucía:

«La mejor manera de terminar el relato de mi viaje es rendir homenaje a la hospitalidad y generosa acogida de que es objeto todo viajero en este país, no sólo por parte de las clases altas —a las que los extranjeros pueden acogerse—, sino por parte del clero, campesinos y habitantes de los pueblos por los que pasan. Mi experiencia personal y la de todos mis compatriotas que han viajado por España confirman esta impresión».

II LA IMAGEN GEOGRÁFICA ROMÁNTICA DE ANDALUCÍA

I. BREVE CARACTERIZACIÓN DEL RELATO ROMÁNTICO Y SU VIRTUALIDAD GEOGRÁFICA

El relato romántico o en general del siglo XIX en relación con el ilustrado presenta para la Geografía otras connotaciones nuevas y más complejas. El Romanticismo en todas sus manifestaciones aparece transido de subjetividad y de pretensiones estéticas predominantes, lo que lo hace más selectivo en los temas de interés y muy pródigo en elementos simbólicos. Por esta razón, los relatos románticos se tiene tendencia a enjuiciarlos como más problemáticos en tanto que fuente para la geografía. Pero conviene no olvidar algunos hechos sobre Romanticismo y Geografía que deben amortiguar esta impresión inicial.

Es el primero la existencia de una correlación indiscutible entre aparición y desarrollo de la Geografía moderna —con Humboldt y Ritter— y Romanticismo, al participar ambos de un «entendimiento analógico del mundo», tan fructuoso para nuestra ciencia (ORTEGA CANTERO, 1987).

Y es el segundo hecho que, por mucha carga simbólica que exista en el relato romántico, ello no lo invalida como fuente geográfica, porque el simbolismo del lugar es común a toda la literatura —y ha sido probada su aptitud como auxiliar del conocimiento geográfico—, y porque, pese al inextricable anudamiento entre lugar y símbolo en literatura, ello no tiene por qué conjurar un cierto enraizamiento con la realidad.

También como especialmente útiles para la Geografía resultan otras aportaciones del Romanticismo, relacionadas con los relatos de viaje. Su interés por el paisaje y el lugar específico, todo lo subjetivo que se quiera pero real frente a otras concepciones literarias —por ejemplo, la medieval que sobre todo se interesaba por verdades morales inmutables y, por tanto, por lugares tomados prestados libre y confusamente entre diferentes paisajes y culturas— sin duda constituye un gran progreso geográfico.

En este sentido el Romanticismo modifica la sensibilidad respecto a la naturaleza y el paisaje, cambia los modos de percepción y representación de los mismos, derivando hacia el «sentimiento de la Naturaleza, obra del siglo XIX», según Azorín. Tres rasgos, según Ortega Cantero (1990, 125) fundamentan el entendimiento ro-

mántico de la naturaleza: «el deseo de regresar a un tiempo original que no coarte la sensibilidad y la pasión», a un tiempo «más natural» y de ahí la exaltación romántica de la Edad Media y el Oriente; la ya aludida analogía o la totalizadora «visión del universo como un sistema de correspondencias»; y la importancia de la subjetividad que erige al hombre en el único capaz de desentrañar el sentido de las relaciones analógicas del universo. Y el romántico, para llevar a cabo estas tareas, en aras de su libre subjetividad, denota clara preferencia por algunos aspectos de la Naturaleza y la Cultura con indudable significación geográfica que le interesan: la montaña y el bosque, con el simultáneo desprecio de la llanura, y los pueblos y ciudades «históricas» de «los que no han desaparecido huellas de cierta naturalidad», frente al hecho urbano moderno que apenas les satisface.

Y todo ello —naturaleza, montaña, historia, ciudades tradicionales— los viajeros del XIX creen encontrarlo en España, que pasa a formar parte de la polaridad Europa del Norte-Sur de los Alpes, que es obra del Romanticismo; y así es como también se origina la incorporación de España y Andalucía, su epítome por antonomasia, al circuito de tierras mediterráneas visitadas por estos viajeros. España y Andalucía, frente a la Europa de origen de estos viajeros, engendran un conjunto de fértiles dicotomías que explican sobradamente el «boom» viajero sin igual que se produce, a saber: brumas del norte versus sol y luz meridional, industrialización ya avanzada del primero versus primitivismo aún significativo de España y las tierras mediterráneas, ciudad moderna y despersonalizada versus ciudad histórica y tradicional, homogeneización de los modos de vida europeos versus exotismo y pintoresquismo de los meridionales, lo árabe versus lo gótico, etc.

Por todo ello, y realizando las interpretaciones que convengan para que los relatos románticos puedan destilar cuanto contengan de real —sin lo cual no existe la Geografía—, nos parece que aquéllos no son ni mucho menos deleznable para nuestra disciplina, y que antes quizás los hayamos juzgado con cierta desconsideración (LÓPEZ ONTIVEROS, 1988).

2. PROFUSIÓN BIBLIOGRÁFICA DE RELATOS VIAJEROS EN EL SIGLO XIX Y SU VARIEDAD

Pese a las raíces profundas del mito andaluz que se remontan, al menos, hasta nuestro Siglo de Oro y pese a cuanto hemos visto sobre los viajeros ilustrados, la ver-

dad es que España, antes de la Guerra de la Independencia, —y por ende Andalucía— es una tierra ignota para el europeo. Por ello un viajero anónimo francés de 1805 puede afirmar: «He notado que hablar de España a un francés es como hablarle de la China, de los Patagones, ¡tan desconocido nos es este antiguo país!» (Citado por HÉRAN, 1979, 21).

Y por contra, el interés es enorme en el siglo XIX, como puede comprobarse por los compendios bibliográficos y estudios de Foulché-Delbosc (1986) (599 viajes para España de los que 318 se refieren a Andalucía), Farinelli, 1944, Krauel (1986), revista *Aportes* (34, 1997), Serrano (1993) (2.044 referencias de libros de viaje), García-Romeral (1995 y 1999), Robertson (1988), etc. Ante este ingente material, la primera impresión es que esta literatura en conjunto es inabarcable y que con frecuencia los estudios se constriñen sólo a los autores más conocidos y traducidos, sobre todo franceses e ingleses, olvidando las más de las veces a los alemanes, de los que hay pocos estudios (RUBOW, 1997 y TITOS MARTÍNEZ, 1995), como también de los hispanoamericanos (NÚÑEZ, 1985), de los rusos (FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, 1985 que reseña 65), los norteamericanos exceptuando a W. Irving, italianos etc.

Pero además, en nuestro caso, los geógrafos apenas si se han ocupado de considerar esa literatura como fuente geográfica y, por tanto, son contados los estudios existentes (ORTEGA CANTERO, 1991, MENDOZA, ORTEGA CANTERO y otros, 1986, SEGUÍ, 1992, CAMPILLO, 1992, LÓPEZ ONTIVEROS, 1988, 1991 y 1996).

Tampoco, como es lógico, cabe esperar que abunden las monografías —geográficas o no— sobre Andalucía, siendo las existentes, de muy desigual calidad, las que siguen. Para el conjunto de la región: Krauel (1986), Héran (1979), Bernal Rodríguez (1981), Álvarez Arza (1986), González Troyano y otros (1987), *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos* (1984), Marchena Gómez (1987), las citadas de López Ontiveros, etc. Granada y provincia ha sido estudiada por Gámir Sandoval (1954 y 1955), Viñes (1982), López-Burgos (1996 y 1997), López-Burgos y otros (1984), Serrera (1984), en tanto que la Sierra Nevada lo fue por Titos Martínez (1990 y 1997), que ha dirigido también la colección «Sierra Nevada y la Alpujarra» que ha dado a la luz casi una treintena de títulos, algunos referidos a literatura viajera del siglo XIX. De Málaga se han ocupado Krauel (1988), Gámir Sandoval (1984) y Majada Neila (1986); de Cádiz Clavijo Provencio (1997) y García-Doncel (1984), y de Sevilla Alberich (1976) en un libro

ya clásico; y de Córdoba ya hemos aludido a las monografías del autor de estas mismas líneas.

Por otra parte, estos trabajos se han centrado muy especialmente en literatos y en general hombres de letras que componen libros de viajes, de los cuales el Romanticismo puede presentar un amplio elenco. Por supuesto, que estos viajes, de carácter literario y finalidad esencialmente estética, son muy útiles para la imagen geográfica de Andalucía pero también existen otros viajeros decimonónicos, que persiguen otros fines científicos o de otro tipo, que apenas son conocidos y que ellos aportan información a veces excelente sobre aspectos geográficos.

Entre éstos, nosotros, pese a que ésta es una investigación aún en ciernes, distinguiríamos los siguientes grupos. Están, en primer lugar, libros-guía de viaje, de carácter enciclopédico y que aportan información y datos de todo. Es el caso de Richard Ford con su *Handbook* y el resto de su obra y S. E. Cook, más tarde Widdrington, que escribe unos *Sketches in Spain during the years 1829, 1830, 1831 y 1832* —al decir de muchos «la obra más completa sobre España que hasta entonces se haya publicado en lengua inglesa»— y *Spain and the Spaniards in 1834*, que pretende ser una puesta al día de la anterior (KRAUEL, 1986, 93-94). Estos autores son los que han permitido a Álvarez Arza (1986, 379) ofrecer una «panorámica de la economía andaluza del siglo XIX», aunque otro tanto cabría hacer respecto a otras materias (etnología, sociología, geografía, etc).

En segundo lugar, contamos en el siglo XIX con viajes de naturalistas y otros científicos afines de valor excepcional para nuestra perspectiva geográfica. Téngase en cuenta, no obstante, que a estos autores los abordamos ahora no en sus aportaciones que dejan como tales científicos —botánica, geología— (lo que intentamos para Andalucía en LÓPEZ ONTIVEROS, 1995) sino en cuanto que también son viajeros e incluso la mayoría de ellos de gusto y concepción genuinamente románticos. Entre ellos destacan tres grandes botánicos que son Rojas Clemente, Boissier y Willkomm. El primero, sobre todo en Cádiz, Granada y Málaga sienta las bases de la Geobotánica española y andaluza y, seguido por discípulos y admiradores en Cádiz y por los «farmacéuticos» de Málaga, hace posible la ulterior tarea de Boissier y Willkomm. Pero, como auténtico viajero también, a Rojas Clemente le interesa casi todo, y muy útiles son sus informaciones topográficas, agrícolas, descripción de paisajes, etc (*Textos primitivos sobre Sierra Nevada, 1754-1838*, 103 y sigs.).

El significado para el conocimiento botánico de Andalucía de Boissier y Willkomm es tan grande como mal estudiado (un atisbo de ello puede verse en: LÓPEZ ONTIVEROS, 1995, 130), aunque lo que nos interesa ahora es su obra viajera. Boissier escribe *Viaje Botánico al Sur de España durante el año 1837*, traducido recientemente (1995), y por supuesto que en él lo predominante es lo botánico, pero está también especialmente atento el autor a todo tipo de cultivos, a otros aspectos geográfico-físicos, a la descripción de paisajes y, en mucha menor medida, pero con informaciones útiles puntuales, a temas geográfico-humanos. La impregnación romántica de esta obra es comedia pero visible en el historicismo contenido, la maurofilia, la exaltación de Granada, el amor a la montaña, las encantadoras y entrañables anécdotas humanas de efusividad controlada.

Willkomm escribió en 1847 *Zwei Jahre in Spanien und Portugal*, traducido parcialmente en 1997, con el título de *Granada y Sierra Nevada*, y unos años antes se había traducido un texto suyo de 1882, *Las Sierras de Granada*, en el que el autor, a propósito de un nuevo viaje a Andalucía, retoma y completa lo que ha tratado anteriormente.

Nada diremos de la aportación sin igual de Willkomm al conocimiento botánico y geográfico de España y Andalucía (MOLERO MESA, 1997, BOSQUE MAUREL, 1993, CARANDELL, 1934), pues su obra geográfica apenas es conocida y sólo Carandell tradujo algo de ella; sí queremos, sin embargo, hacer algunas observaciones a sus libros de viaje. El primero es un auténtico y bello libro de viajes de carácter romántico, lo que aparece claro por su concepción paradisiaca e historicismo arábigo de Andalucía, por su paisajismo exacto y veraz, por la exaltación de la montaña y especialmente de Sierra Nevada, por el amor a la leyenda y los relatos pintorescos. Prescinde aquí de noticias botánicas, llena un gran vacío de la literatura viajera sobre Andalucía Oriental y especialmente el Sureste y, a diferencia de Boissier, son muy importantes sus síntesis territoriales fisiográficas y físicas. Y, por si esto fuera poco, su buen estilo literario y su efusividad franca la convierten en una obra básica de la literatura romántica andaluza, de la que hay que lamentar sólo su traducción parcial.

En la obra complementaria de 1882 incorpora Willkomm la información botánica de sus viajes por el reino de Granada y muchas más anécdotas y sucesos, destacando testimonios muy útiles sobre los cambios fundamentales que se han producido en el territorio y la sociedad andaluza, por ejemplo en cuanto a accesibilidad

por el advenimiento del ferrocarril. En mi opinión, no obstante, el libro, algo pretencioso y desordenado, no alcanza las cotas de autenticidad del primero.

Muy interesantes son también los estudios geológicos y mineros que prepararon el «boom» minero andaluz de finales del XIX. Éste es un campo ignoto, que separamos, pero para Sierra Morena he reseñado tres obras (LÓPEZ ONTIVEROS, 1997, 54-55) muy interesantes, respectivamente de Le Play (1834), Lan (1857) y De Lagarde (1867). Como era de esperar, estas obras centran su interés en los aspectos físicos referidos, pero también son relevantes las observaciones económicas y, en el caso de Le Play, muchos otros aspectos, ligados en su enfoque al Romanticismo. Esto es así dada la gran importancia y fascinante vida y obra de este ingeniero de minas, sociólogo y político que sin duda es un grande de la ciencia minera y sociológica del siglo XIX pero también un viajero infatigable (SIERRA ÁLVAREZ, 1990). Pero él, como tanto otros autores —creemos que útiles para el conocimiento viajero de Andalucía—, está sin estudiar.

Como naturalistas también podemos incluir a A. Chapman y W. J. Buck, que escribieron *Wild Spain* (1899) *Unexplored Spain* (1910), ambas traducidas al español. Chapman, que es el alma de estos fascinantes libros, por encima de todo es un cazador en buena parte del mundo y especialmente en España, y en consecuencia sus libros contienen muchos y bellos lances venatorios, pero, como creemos haber probado (LÓPEZ ONTIVEROS, 1989), la obra hispánica de Chapman presenta peculiaridades pero también semejanzas con la literatura viajera romántica decimonónica y aporta mucho para el conocimiento de España y Andalucía: aspectos geográficos generales, especialmente de los espacios montañoses más inaccesibles y no hollados por los turistas, conocimiento de la fauna en general y de la cinegética y avifauna en especial, situación de nuestra agricultura y problemas del campo y estructura de su poblamiento, geografía cinegética como nadie hasta entonces la había hecho —ni probablemente después—, defensa de especies en peligro de extinción, etc. Y por encima de todo, exaltan estos autores hasta el arrobamiento los paisajes «más gloriosos» de nuestra geografía, y en Andalucía son los cantores y estudiosos de los espacios «más salvajes» entonces: Sierra Morena, Serranía de Ronda, Sierra Nevada y Coto de Doñana, entonces en una situación de naturaleza casi prístina.

Por último, también disponemos de viajes de carácter agrario como el de J. Busby (1831) y Haraszthy (1861), traducidos de forma parcial y glosados reciente-

mente (MORILLA CRITZ, 1996 y 1997), útiles no sólo para conocer viñedos y vinos andaluces, que constituyen su objeto primordial, sino para muchos otros aspectos agrarios y geográficos.

En conclusión: es tanta la bibliografía viajera del siglo XIX, mucha de ella dedicada a Andalucía, que creo imposibles estudios de carácter general que de verdad tengan tal carácter. Se imponen, pues, análisis más monográficos desde el punto de vista de su óptica científica —literaria, antropológica, sociológica, geográfica, etc— y de los espacios a estudiar. En lo geográfico el corpus viajero alemán, entre el que creo sobresale Willkomm, de cuya obra poco se conoce, es preciso empezar a estudiarlo entre otras muchas tareas para superar muchos trabajos actuales, inconsistentes y tópicos, que, no obstante, son los que predominan para conocer la Andalucía romántica.

3. EL INTERÉS POR ANDALUCÍA EN EL SIGLO XIX

¿Y por qué esta llamativa y rápida pendulación de la *España ignota* de comienzo del siglo XIX a la *España de moda* del Romanticismo? Razones de diversa índole —bélico-políticas, literarias, artísticas y económicas—, no excluyentes entre sí, sino recíprocamente complementarias, parecen existir y conviene desgranarlas.

En el plano *bélico-político* no cabe duda que, en los comienzos del siglo XIX, España —y sobre todo Andalucía— han sido protagonistas en la Guerra de la Independencia y en sucesos posteriores (resistencia y Cortes de Cádiz, pronunciamiento de Riego, Santa Alianza, exiliados...) de gran resonancia europea, que sin duda les han dado a conocer.

A su vez, *las razones literarias* todos los autores las refieren unánimemente a un solo hecho: el Romanticismo, pues éste busca lo que a la perfección pueden brindar España y Andalucía. Repárese en este sentido en lo que dice Lleó (1984, 46):

«¿Qué busca el viajero romántico (...) en España?... El hombre romántico no mira ya al mundo desde una posición ética, como el ilustrado, sino desde una visión estética. El mundo va a ser juzgado, no ya en la medida en que siga los principios de la Razón, sino en la medida en que conmueva el alma. Y para el alma europea, la propia "diferencia" de España, es decir, todo aquello que nos había mantenido marginados durante el siglo XVIII, va a convertirse en fuente de exquisitas o atroces emociones».

En último término es éste también el tema de la «España imprevisible», diferente, en suma: «la tierra de lo inesperado, le *pays de l'imprevu*, donde la excepción es la regla», que es para R. Ford la síntesis última de su

comprensión y la razón de su atractivo, pese a tantos defectos y limitaciones como le achaca (FORD, 1974, 288 y sigs.).

Y tras este hallazgo de la singularidad española, acicate de su atracción, destacaremos algunas deducciones importantes. Y es la primera que el tópico turístico del momento actual —«España es diferente»— sin duda tiene su base en la comprensión estética que a España y Andalucía aplicaron los románticos. Y de ésta queda a un paso la aserción hecha por A. Dumas «África empieza en los Pirineos», piedra angular de la geografía que transmiten los románticos.

Y de todo lo anterior se deduce a su vez la preferencia romántica absoluta y lógica por Andalucía, porque es la más diferente de Europa, la más africana, paisajística y culturalmente, de España por distancia y persistencia de lo árabe, la más excepcional, la más imprevisible, la más pintoresca.

Por otra parte, también existieron *razones artísticas*, no literarias, que explican el protagonismo hispano-andaluz en el Romanticismo, debiendo insistir a este respecto que también es ahora cuando se descubre en Europa el arte español con el saqueo sistemático del tesoro artístico por los invasores napoleónicos y con la inundación de Europa por las obras de arte españolas que se disputaron a precios astronómicos (LLEÓ, 1984, 46 y sigs.). Y también aquí Andalucía juega con ventaja para su protagonismo romántico. Krauel (1986, 383-90) para el caso de los viajeros ingleses, con detalle y datos irrefutables, ha resaltado la fascinación de éstos por nuestro patrimonio arqueológico e histórico-artístico, hablando de «un pequeño saqueo» de Andalucía que «no se limita a los restos arqueológicos, pues se extiende a libros, manuscritos y especialmente cuadros». Sin contar con la importancia decisiva y genuina de la arquitectura árabe y sobre todo de tres monumentos que por sí solos hubiesen sido capaces, como veremos, de haber organizado la peregrinación romántica a Andalucía, a saber: la Alhambra de Granada, Mezquita de Córdoba y Alcázar de Sevilla.

Pero tampoco debieron ser desdeñables en la pasión por Andalucía las *motivaciones turístico-económicas*. Por más que a principios del siglo XIX España siguiese excluida del «Grand Tour» turístico europeo, no cabe duda que, por obra del interés romántico, pronto se convierte en un mercado turístico, si no masivo, al menos interesante, y de aquí que la literatura de viaje no sólo satisfaga a lectores cultos, sino también a futuros turistas.

En prueba de ello, las obras de Ford fueron encargada por Murray, un editor de guías turísticas, y el autor no olvida nunca esta finalidad. Borrow, en Córdoba, sabe por el posadero que los ingleses son los mejores parroquianos y que ha «tenido en casa ingleses de todas las categorías». Davillier y Doré, a su vez, encuentran ya un Sacromonte de danzas mercantilizadas. En la Sevilla que estos mismos visitaron se ridiculiza a los «inglismanglis», gabachos y «franchutes», precisamente porque son clientes habituales. Y en 1888 Héctor France detecta ya una explotación en regla de los turistas por los gitanos, con «juergas» organizadas, precios abusivos, ventas de Murillos falsos, etc (LÓPEZ ONTIVEROS, 1988, 34-35). Willkomm por su parte, ya en su primer viaje de 1844 detecta un cierto turismo, pues en la diligencia de Granada a Málaga encuentra «un barón holandés, un príncipe ruso, un ciudadano belga, dos franceses, un inglés, un mexicano y algunos españoles». Pero es al volver en 1873, cuando encuentra una Granada turistizada y mercantilizada —que abandona a los cuatro días pues «estos desengaños —dice— eran demasiado amargos para mí»— e, incluso, una Ronda accesible por ferrocarril y carretera, por lo que «los turistas ya no ven casi nada de aquella zona de montañas tan romántica» (WILLKOMM, 1997, 250 y 1993, 80-84 y 274).

Por todas estas razones creo que se explica el auténtico «boom» viajero que experimenta Andalucía en el Romanticismo y en todo el siglo XIX e igualmente cómo se va consolidando una nítida imagen romántica de la región que, con frecuencia trivial y deforme, pintoresca y festiva, plasma en el tópico de la Andalucía de pandeleta y mora. Intentemos nosotros, no obstante, captar los aspectos geográficos que conllevó esta representación eficaz del territorio andaluz.

4. APORTACIONES VIAJERAS PARA EL ESTUDIO FÍSICO Y DE HISTORIA NATURAL DE ANDALUCÍA

Estos aspectos cabe estudiarlos con los textos viajeros desde dos ópticas diferentes: en cuanto estereotipos forjados por una mirada subjetiva y esencialmente estética y en cuanto aportaciones realistas y plenamente geográficas en base a la literatura viajera de científicos naturales y sociales. Pero veamos primero algunos tópicos de geografía andaluza creados por los románticos.

a) *La percepción del relieve*. La Andalucía romántica es región de montaña y no de llanuras, quizá por una doble razón: por la preferencia del romántico por la montaña y el bosque —donde busca libertad y plenitud

espiritual— y el simultáneo desprecio hacia la llanura (ORTEGA CANTERO, 1990, 126) y porque, como dice Alberich (1976, 239-40), al interesarse por lo pintoresco, ello

«por supuesto, no estaba en las pardas sementeras de Castilla ni en las dehesas de Extremadura, sino en los riscos de Pancorbo o en el Tajo de Ronda: en lo agreste, lo vertical, lo salvaje o sublime físico, no en la llanura ni en la normalidad ni en la curva suave ni en el matiz fino... Andalucía, pues, está sistemáticamente deformada en esta clase de estampas por la tendencia a alargarlo todo verticalmente, lo cual la transforma en una especie de Suiza coronada de castillos morunos».

Así pues, lógico parece que se encuentren buenas descripciones de Sierra Nevada (ascenso frecuente por el viajero desde Granada), Serranía de Ronda (tierra de bandoleros, contrabandistas y ladrones), pasos de Jaén a Granada (itinerario seguido por muchos) y Sierra Morena y Despeñaperros (con el halo máximo del bandolerismo). Por el contrario, las llanuras, monótonas, incultas, despobladas, muchos las despachan con unos pocos renglones.

b) *Una interpretación simbólica del valle y río Guadalquivir*. Olmedo Granados (1985) ha analizado esta interpretación para el bajo Guadalquivir, en contraste —dice— con el objetivo y pragmático conocimiento que llevaban a cabo los viajeros ilustrados y lo mismo he intentado (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991, 87 y sigs.) para el Guadalquivir medio. Desarrollemos algo esta interpretación simbólica.

A la vista de los textos parece claro que el significado mítico del Valle del Guadalquivir se apoya sobre todo en que es la representación y síntesis del «radiante mediodía» y el «soleado Sur», que en el Romanticismo tan nítidamente se opone a las «brumas del Norte». Representación igualmente de la «venturosa Andalucía», que a su vez es «jardín de España». En suma, el Valle es el «paraíso» o «edén», símbolo totalizador de la geografía mítica de nuestra región durante el Romanticismo. De acuerdo con ello este territorio marca una frontera, que deja atrás «las llanuras frías y desnudas de la Mancha», «la desolación y ruina de Castilla». El Guadalquivir, en síntesis, es el «río de las riberas afortunadas».

Las causas concretas de este edén, a su vez, son variadas, de diversa naturaleza, aunque las estéticas e históricas son las principales. Se puede reseñar entre las primeras los horizontes abiertos de sus llanuras que contrastan bellamente con los contrafuertes montañosos de sus flancos —Sierra Morena y Béticas—; la policromía de sus cielos, montañas circundantes y campos; el sol y la luz; exuberancia de sus flores y la irrupción de

una nueva vegetación «exótica», «del trópico»; los aromas de primavera; la misma fauna y ganadería —sobre todo los caballos.

Pero la geografía mítica del Valle del Guadalquivir obedece también a otras causas: el encanto secreto del mismo nombre, «formado por sílabas tan sonoras y musicales» y evocador de una «bella naturaleza» y de «los embelesos de la poesía», así como el recuerdo de una civilización —la árabe— paradigma de convivencia entre razas y de caballerosidad y de la que son testimonio los castillos moros y sus opulentas ciudades. Pero también el viajero romántico, desgarrado entre una historia esplendorosa y una imagen de perfección y belleza y la realidad del Valle del Guadalquivir, que incluso en sus paisajes presenta elementos indeseables, sufre una amarga decepción, que tampoco es ajena a la concepción romántica. Por eso algún viajero escribe triste al ver las aguas fangosas del Guadalquivir: «¡Oh ninfas del Guadalquivir! ¿dónde están vuestros pastores engalanados? ¿dónde están vuestros carneros, oh Galatea?».

c) *Clima y vegetación africanos*. Pese a que el clima constituye acaso uno de los ingredientes principales del «paraíso andaluz», no abundan las referencias explícitas y mucho menos matizadas al mismo (no obstante muchas recogidas por KRAUEL, 1986, 242 y sigs.), de manera que en muchos autores se agota el tema en la sola alabanza. Por ello aquí lo que nos interesa es extraer unas conclusiones que resuman la percepción —con un fuerte sabor simbólico, como se verá— que del clima y la vegetación tienen los relatos viajeros. Ellas pueden ser:

– Les choca evidentemente y resaltan la sequía estival absoluta (de forma que Gautier apunta en su cuaderno de notas: «vimos una nube como algo extraordinario») y en general la limpidez de la atmósfera. Ello, para estetas que son, sobre todo implica efusión de luz y color, por lo que son frecuentes las descripciones paisajísticas meramente cromáticas, a las que también coadyuvan la ausencia de vegetación y la atormentada geología montañosa.

– Obviamente tampoco pueden dejar de experimentar y reseñar la tiranía de este clima aludiendo al calor, siroco, calima; pero en virtud de un determinismo burdo lo erigen en causa de un medio pródigo —fertilidad sin igual de la Bética— y fundamento a su vez de la pereza andaluza y de la pobreza gozosa de sus habitantes, tema crucial sobre el que se volverá.

– Y respecto a vegetación natural y cultivos —que para ellos muchas veces es lo mismo— les interesan so-

bre todo las especies africanas, exóticas y pintorescas: chumberas, pitas, adelfas, higueras, algodón, caña de azúcar, chirimoyos, batatas, naranjos, limoneros, palmeras... Un desconocedor de Andalucía puede sacar la conclusión leyendo a determinados viajeros que su fitogeografía estaba dominada por la pita, palmeras, chumberas y naranjales con un poco de olivar y desde luego sin trigo ni cereales.

Pero junto a estos estereotipos, sobre todo los naturalistas románticos aportan datos objetivos e interpretaciones valiosas para la geografía de Andalucía, de los que vamos a reseñar algunos.

No disponemos de caracterizaciones generales de Andalucía, aparte la de alguna guía como la de Ford, pero por los textos y estudios conocidos hasta ahora, es muy útil la *síntesis fisiográfica general* —relieve, vegetación, clima, ríos, raza, etc— del reino de Granada, que comprende las provincias de Málaga, Granada, Almería y algo de Jaén, que nos ofrece Willkomm. Él también caracterizó a la perfección la Región Oriental de este reino de Granada, en especial el Este de la provincia de Granada y Almería, por sus materiales geológicos diferentes, su aridez, esterilidad y ausencia de agua, incomunicación etc, lo que la hace más semejante al desierto africano que al resto de Andalucía y que se continúa por Murcia (WILLKOMM, 1993, 53 y sigs. y 1997, 300 y sigs.).

En este contexto de Andalucía Oriental con personalidad propia y bibliografía viajera abrumadora, española y extranjera, aparece Sierra Nevada y el apéndice de las Alpujarras (TITOS MARTÍNEZ 1990 y LÓPEZ ONTIVEROS, 1995, 138 y sigs.). Pero casi todos estos naturalistas recorren y nos ofrecen también noticias geográfico-físicas de las Sierras Béticas litorales de Gibraltar a Almería y del estrecho espacio costero, siendo también gran objeto de interés la Serranía de Ronda. Willkomm (1993, 317 y sigs. y 1997, 296 y sigs.) también estudió con cierto detalle los que llamó Montes de Granada, que comprendían Sierras de Alfacar, Harana, Molinillo, Huétor, etc, y la Sierra de María y la Sagra de Huéscar.

Noticias específicas también, como sabemos, tenemos de Sierra Morena, por Lan (1857), De Lagarde (1867) y Le Play (1834). Éste distingue en ella el «plateau» o penillanura, valles y llanuras, que geomorfológicamente caracteriza muy acertadamente, estudiando también sus rocas y minerales útiles y «las consecuencias que me ha parecido que se deducen naturalmente de los hechos observados», especialmente en lo que se refiere a cultivos y poblaciones. Muy de acuerdo con el

carácter de estos autores románticos, la Depresión del Guadalquivir y otras llanuras no les atraen y apenas si merecen su atención.

En cuanto a *biogeografía* andaluza, como sabemos, son claves Rojas Clemente, Boissier y Willkomm. El primero logró echar en Andalucía los cimientos de la Botánica geográfica, comparando él mismo su tarea con la de Humboldt; y al nivelar el Mulhacén y el descenso desde él a Castell de Ferro y hacer otras nivelaciones en las Sierras de Andalucía, determinó por aproximación la altura y pisos de vegetación de las Béticas en la mayor parte de su superficie (*Textos primitivos sobre Sierra Nevada, 1754-1838*, 31 y sigs.). Boissier ofrece un *Tableau Synoptique des hauteurs et limites des vegetaux les plus caracteristiques dans le Royaume de Grenade*, cataloga 200 especies como nuevas o desconocidas, hace hincapié en la relación entre clima y vegetales de carácter tropical en la costa del sol, ofrece pequeñas monografías histórico-botánicas de interés sobre algunas plantas y cultivos, recorre incansable y da cuenta de la vegetación de buena parte de las Sierras Béticas, en especial de las costeras, y sobre todo de Sierra Nevada, descubre el pinsapo en Sierra Bermeja, primero sin piñas, y luego en la Sierra de las Nieves con sus frutos, y sintetiza en apéndice de su libro una «Geografía botánica del Reino de Granada», distinguiendo cuatro pisos —región cálida, montañosa, alpina y nevosa— cuya caracterización conlleva su delimitación, rasgos climáticos, especies principales, distintas formaciones vegetales, cultivos.

Willkomm en su primera obra de viajes prescinde de la botánica, pero en *Las Sierras de Granada* caracteriza botánicamente todos los espacios que había recorrido en 1844, dando cuenta de su interés al respecto, de sus principales hallazgos y de la forma en que los hizo, insistiendo una vez más en Sierra Nevada, donde también distingue cuatro tipos de vegetación en altura similares a los de Boissier, reflexionando sobre el retroceso del pinsapo en el Cerro de las Plazoletas, etc. Aunque el estudio técnico botánico haya que buscarlos en otras obras de Willkomm aquí están las circunstancias y sucesos que acompañaron a sus descubrimientos y estudios.

Respecto a la *fauna* andaluza son muy escasas las observaciones de los autores antes citados: Boissier (1995, 147 y 225) se ocupa de los camaleones de Vélez y cabras montesas de Sierra Tejeda, y Willkomm (1993, 78-80) de la fauna mayor de Sierra Nevada, incluidos los lobos, que constituían, según su testimonio, una pla-

ga en la región alpina y montañosa. Pero los viajeros que, por antonomasia, se ocupan de la fauna andaluza son Chapman y Buck en las obras citadas en tres aspectos: análisis exhaustivo de la fauna cinegética, mayor sobre todo, pero también la menor comprendiendo las acuáticas; estudio específico y con pretensiones de descubrir y caracterizar nuevas especies de la avifauna, sea objeto o no de caza; conocimiento de espacios cinegéticos de especial importancia sobre todo las Marismas pero también Sierra Morena, Sierra Nevada y parte de la Serranía de Ronda. El estudio de la fauna lleva parejo el diseño de la geografía cinegética, que no se reduce sólo a describir las especies cazables sino también a ocuparse de sus competidores y predadores, de las especies en peligro de extinción —como hicieron con la cabra montés de Sierra Nevada—, de la vegetación que comportan su hábitats, de la competencia de los espacios cazables con el progreso inevitable (el ferrocarril, la carretera, la sirena de las fábricas, los canales de las Marismas). La aportación de estos autores —sobre todo de Chapman— es, en suma, insuperable en cuanto a fauna cinegética andaluza y su problemática, y estimable en ornitología y otras especies. Y todo ello en el marco «romántico» de aventuras cinegéticas sin iguales.

5. LA ESTRUCTURA ECONÓMICA DE ANDALUCÍA SEGÚN LA LITERATURA VIAJERA DECIMONÓNICA

Ya dijimos que Álvarez Arza (1986, 369 y sigs.) mantiene la tesis básica de que los relatos viajeros del XIX deben ser considerados como fuente idónea para el estudio de la economía andaluza, tanto en el aspecto cuantitativo —aunque con muchas limitaciones— como en el cualitativo. No obstante, como también se indicó, los viajeros que él utiliza son casi exclusivamente Cook-Widdrington y Ford, autores-río de relatos muy meticulosos, acompañados en la obra de aquel autor de mucha otra información procedente de estudios recientes, no relevante a nuestros efectos. Debidamente expurgados, pues, los datos de esta obra y apoyados por otros testimonios viajeros, directamente trabajados por nosotros, he aquí algunos rasgos de la estructura económica de Andalucía que perfeccionaron los viajeros.

Respecto a la *actividad agraria*, hagamos en primer lugar algunas observaciones sobre los cultivos. No se ocupan mucho del *trigo* y *cereales* por aquello de que no les atrae la llanura, que era paisaje que conocían, aunque evidentemente no faltan alusiones sobre estos aprovechamientos (LÓPEZ ONTIVEROS, 1988, 42). Algo

más abundantes son las informaciones sobre el *olivo*, también poco sistemáticas, relativas a zonas productoras, a fabricación del aceite, al repudio de éste en su abuso gastronómico, y también a la aceituna de verdeo (ÁLVAREZ ARZA, 1986, 207 y sigs.). Pero, como hemos probado con bastantes textos, en muchos viajeros románticos (LÓPEZ ONTIVEROS, 1996, 37-38) del olivo sólo aparece una visión simbólica, estética y psicológica (árbol siempre gris, triste y melancólico) frente al interés económico y agronómico frecuente en los ilustrados.

Pero con gran diferencia los viajeros románticos se ocupan de la *viticultura*, siendo tantos los datos —muchos de ellos elaborados en los estudios existentes— que en base a ellos podría elaborarse una precisa monografía sobre la economía y geografía del viñedo y el vino, que aquí no podemos ni esbozar (ÁLVAREZ ARZA, 1986, 194 y sigs., KRAUEL, 1988, 107 y sigs. y MORILLA CRITZ, 1996 y 1997). No obstante los temas que más se reiteran en la viticultura son: viñedos para vino versus viñedos para pasas; estudios del marco de Jerez y los Montes de Málaga, que a gran distancia sobresalen entre todos los demás, y para los que son básicas las obras de Busby (1831), excelente, y la de Haraszthy (1861), de mucho menor interés; referencias dispersas a muchos otros viñedos locales; medio físico de estos viñedos y en especial clima y suelos; plantaciones, cuidados agronómicos, vendimia; fabricación de vinos, bodegas y aderezo de pasas; tipos de vinos y su crianza; comercio y exportación, fabricantes y aspectos económicos, en general.

Muy importante también es la información sobre *productos hortofrutícolas*, con la cual podría hacerse un inventario de estas nuestras plantas cultivadas y de buena parte de las huertas andaluzas, entre las que sobresalen Sevilla, Málaga, Hoya de Málaga, Vegas de Granada, Guadix y Baza y huertas litorales mediterráneas. En este último caso, y especialmente para la Costa del Sol oriental y huertas de las cordilleras Béticas, es abundante y precisa la documentación de los botánicos Boissier y Willkomm, cuyas principales aportaciones son: cultivos hortofrutícolas en los distintos pisos climáticos y de vegetación; descripción de los cultivos tropicales o que les resultan exóticos (caña, algodón, chumbera, tipos diversos de uvas, plátano, chirimoyo, batata, etc); interacción entre agua, clima y cultivos que origina una asombrosa fertilidad de todos estos lugares y que

«con una buena administración ¡a qué grado de prosperidad llegaría esta afortunada comarca —la de Ugíjar a Berja— calentada por el sol de los trópicos y al mismo tiempo refrescada por la brisa que baja de las montañas!» (BOISSIER, 1995, 320);

descripción y exaltación hasta el delirio —como buenos románticos— de huertas concretas que consideran verdaderos paraísos, como la de Motril, Alhaurin, Alhama, Valle del Bérchules, Güejar Sierra, etc etc.

Al final de siglo la información viajera acumulada sobre estos temas agrarios es tanta —especialmente del reino de Granada— que un geógrafo más que viajero, Rein (1994), puede ofrecer acabadas monografías agrarias con datos de aquéllas sobre agricultura de Sierra Nevada, principales productos de las vegas de Granada y Guadix, sericultura e industria de la seda granadinas.

En otro orden de cosas, puede encontrarse alguna información viajera sobre *estructura de propiedad*, especialmente sobre la acumulación de tierras por la Iglesia, ya que el alud viajero coincide con la desamortización, y sobre grandes fortunas aristocráticas como la del Duque de Medinaceli y de Osuna, pero sin que en este caso los viajeros realicen crítica alguna al sistema latifundista (HÉRAN, 1979, 35) ni se ocupen señaladamente sobre el campesinado y sus condiciones de vida como hicieron los ilustrados. Algunos estudios puntuales y con todo lujo de detalles se ocupan sobre el Soto de Roma, preferido también por los viajeros del anterior siglo (KRAUEL, 1986, 255-58), y muy poco sabemos sobre silvicultura y ganadería, aunque en este caso se continúa la tópica información sobre los caballos andaluces (ÁLVAREZ ARZA, 1986, 217 y sigs.).

Y, por último, como síntesis de todo lo dicho, veamos los principales paisajes agrarios de Andalucía, sintetizados por Krauel (1986, 251 y sigs.) con precisión y excelentes textos:

a) Zonas llanas, especialmente Depresión del Guadalquivir, con cultivos de secano, concentración demográfica en agrocidades, extensos despoblados, campos abiertos. Entre otros, Busby (1831) en el tramo Sevilla a Antequera sintetiza con fuerza estos caracteres.

b) A él se opone el paisaje agrario de montaña, entre la soledad y el abandono y el pueblo aislado, con ruedo acondicionado para el cultivo y del que disponemos de ejemplos como los descritos con maestría por Capell-Broke para la Serranía de Ronda (KRAUEL, 1986, 252), Sierra Morena cordobesa según Ford y Subbéticas también de Córdoba según Roberts y Ford (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991, 85 y sigs.), buena parte de las sierras Béticas del reino de Granada según Willkomm y Boissier. Especialmente por muchos viajeros conocemos con detalle el paisaje agrario de las Alpujarras y el de altura de Sierra Nevada, que está exigiendo una monografía de síntesis, pues la información empieza a ser desbordante.

c) Los paisajes de regadío, a su vez, hay que dividirlos entre los regadíos de interior y los de costa, especialmente mediterránea. Aunque para todos quizá sea común su interpretación como espacios paradisíacos (un ejemplo sin igual es el de la huerta de Güejar Sierra, descrito por Willkomm, y el de Motril por Boissier), la obsesión por el tema del agua, la importancia de los moriscos y su expulsión en su configuración y posterior evolución. Temas todos que, por lo demás, se prestan mucho a una interpretación estética de cuño romántico.

En relación con la *minería* la información viajera es importante y elocuente por varias razones que no existían en el siglo XVIII: su gran significado dentro de la progresiva revolución industrial; el interés de algunos viajeros ingleses por los intereses que en este ramo tenían sus coterráneos en España; y la existencia de viajeros que se ocupan específicamente de estos asuntos mineros. En base, pues, a la información de Ford —que tiene incluso una «Guía Mineralógica» dentro de su *Handbook*— y de Cook (ÁLVAREZ ARZA, 1986, 238 y sigs.), de los estudios geológico-mineros de Le Play, Lan y de Lagarde sobre Sierra Morena, de Boissier (1995, 321 y sigs.) y Willkomm (1993, 332 y sigs. y 1997, 336 y sigs.) sobre Almería, y de Krauel (1988) sobre Málaga, cabe componer una geografía e incluso evolución minera de Andalucía en el siglo XIX. Aspectos importantes de todo ello son: el problema del carbón y su principal producción en Villanueva del Río y Bélmez-Peñarroya; la producción de cobre en Riotinto, a veces descrita con detalle; la de plomo en Linares y Sierra de Gádor (Berja, Adra); la de plata en Sierra Almagrera, amén de otras de menor importancia y más dispersas. En suma, algunos viajeros fueron testigos de lo que Willkomm llamó una auténtica «fiebre del oro», que él relata para Cuevas de Vera y Boissier para las minas de Berja.

Por otra parte, la producción de hierro estuvo ligada a la creación de una primera *industria siderúrgica* andaluza, enseña de la primera revolución industrial española, ubicada en Marbella (Málaga) y de la que se ocupa algún viajero excepcional como Wallis, amén de los que ya conocemos, y en el Pedroso (Sevilla). Menos atención merecieron la industria textil en sus diversas ramas —algodonera, sedera— y alguna otra. (ÁLVAREZ ARZA, 1986, 258 y sigs.).

Respecto a *comunicaciones y transporte*, hasta la generalización del ferrocarril en la segunda mitad de la centuria, todo sigue igual, tal como lo hemos analizado

en el siglo XVIII, por lo que los medios de transporte tradicionales —caballo, diligencia, galera...—, ventas y posadas inhóspitas, incomodidades y peligros sin cuento del viaje constituyen los ingredientes básicos del viaje romántico. Pero todo cambia con el ferrocarril. Hay, no obstante, primero una fase de transporte y comunicaciones mixta de tren-diligencia, estudiada para la línea Sevilla-Madrid (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991, 82-84). Pero, como expresa Álvarez Arza (1986, 310) tanto el ferrocarril,

«por el transporte fácil, como la guardia civil por la seguridad en los caminos, hicieron que Andalucía dejase de ser una tierra incógnita y, como es lógico, esto aminó un tanto el interés de los visitantes».

Héran (1979, 39), a su vez, se ocupa de cómo la generalización del ferrocarril ha incidido en el modo de hacer turismo en Andalucía a cuyo respecto afirma:

«... un examen de los itinerarios que siguen los viajeros citados por Foulché-Delbosc muestra después de 1850 una simplificación de los itinerarios imputable al ferrocarril: las capitales de provincia se convierten prácticamente en únicas etapas; Bobadilla hace su aparición en las tablas de materias de las relaciones de viaje, porque es un nudo ferroviario en Andalucía...»

Las compañías ferroviarias distribuyen billetes conjuntos «circulares» o «semicirculares» del itinerario fijo desde la frontera francesa. Bayona, Burgos, El Escorial, Madrid, Aranjuez, Córdoba, Granada, Málaga, Jerez, Cádiz, Sevilla, Toledo... son en lo sucesivo las paradas obligadas del turismo. Las guías tienen en cuenta estos «viajes circulares con itinerario fijo» y confeccionan sus principales circuitos a partir de las grandes líneas de la red; desde entonces el cuadro de zonas atravesadas se confunde con el encuadramiento de las ventanillas del tren («notar a la derecha el campanario de Cantillana») y se eclipsa al ritmo de los túneles atravesados».

Como con precisión afirmara Gautier

«la excesiva rapidez de los medios de transporte quita todo el encanto a la ruta: va uno arrastrado como un torbellino, sin tener tiempo de ver algo. Para llegar enseguida, tanto da quedarse en casa. Para mí, el placer del viaje consiste en ir y no en llegar».

Con el ferrocarril, pues, el viaje romántico estaba herido de muerte.

Y, por último, digamos respecto al *comercio* en el siglo XIX que los viajeros lo perciben en continuidad con el del siglo anterior, tanto respecto al débil comercio interior —ya que capitales y sobre todo agrocidades tienden al autoabastecimiento— como sobre el comercio exterior, que sigue centrado en Málaga y Cádiz, aunque ésta, según testimonios concordantes, acusa los perjuicios originados por la pérdida del monopolio americano.

6. CLAVES PARA UNA INTERPRETACIÓN ROMÁNTICA DE ANDALUCÍA

Hasta aquí hemos desarrollado temas —aspectos físicos y estructura económica— de geografía andaluza utilizando como fuente la información que ofrece la literatura viajera decimonónica. No obstante, puntualmente, se ha aludido a diversos aspectos, como el relieve, clima y vegetación, el río Guadalquivir, el olivo, etc que los viajeros románticos no interpretan y abordan sólo objetivamente sino que desde una óptica subjetiva confieren a ellos carácter simbólico, apreciación estética, interpretación, en suma, distinta a la de los ilustrados. Pero todo ello sólo ha tenido hasta aquí un carácter incidental, pretendiendo a continuación abordar aspectos geográficos globales que, creemos, los románticos percibieron según su canon estético y gnoseológico y que son los siguientes:

1º La entrada en Andalucía por Despeñaperros, que convierten en introito estético y sentimental de la región.

2º La concepción de Andalucía en su conjunto como «paraíso», «jardín de las delicias» o «edén», sometiendo después a este hecho básico la comprensión de otras teselas del relato y elementos geográficos de Andalucía.

3º La maurofilia y el historicismo arábigo, que implican interpretar todo el paisaje humano andaluz en función del esplendor musulmán y su posterior decadencia y postración.

4º La irrupción generalizada del paisaje en el relato —concebido por supuesto desde una óptica determinada— y preferencia por la montaña que les fascina.

5º Determinada concepción de la ciudad andaluza, conformando en conjunto una imagen y valoración contraria a la propuesta por los ilustrados.

6º El carácter de los andaluces sigue siendo ingrediente fundamental de la geografía viajera, pero también ahora se modifica al servicio de elementos simbólicos cuales son la consagración de estereotipos humanos y la pobreza gozosa.

Si bien se mira, todos estos elementos ilustran a la perfección la concepción romántica del viaje: su óptica subjetiva, la búsqueda de la felicidad en el paraíso esencial y en un tiempo pristino, el descubrimiento y amor a la naturaleza y el paisaje, etc (ORTEGA CANTERO, 1990, 124 y sigs.). Pero creo que no debe interpretarse todo ello como despreciable para la Geografía, aunque haya aspectos del viajero romántico que no interesan a esta disciplina, pues la actitud romántica ante naturaleza y

paisaje está transida de realismo y análisis de lo concreto; lo histórico —aunque con frecuencia se exagera— ayuda a comprender el origen y carácter de los hechos geográficos, como también le ayudó a la geografía regionalista, y la estética, en fin, no tiene por qué ahogar ni sustituir al hecho geográfico, sino que lo revaloriza y hace atrayente. Veamos, pues, cada uno de los temas clave de geografía viajera romántica de Andalucía.

A. La entrada en Andalucía

Krauel (1986, 237-40) ha abordado este tema con cierta amplitud, sin duda por su importancia, y por lo mismo yo le he dedicado buena parte de una monografía (LÓPEZ ONTIVEROS, 1996). En el primer estudio, según textos viajeros indiscutibles, la llegada a Andalucía es algo muy especial y reconfortante frente a la tediosa llanura castellana, y el cambio afecta al clima, el aspecto físico del país, a la riqueza del suelo y a sus habitantes; y todo ello imbuido por un aire orientalizante que lo penetra todo.

En mi caso he podido mostrar varios aspectos importantes de la entrada y saludo a Andalucía que los viajeros hacían al penetrar en ella por Despeñaperros. En primer lugar hay un abandono o cambio en la forma de abordar los temas clásicos del viaje ilustrado, a saber: datos itinerarios y de alojamiento, aspectos de medio físico, profusión de temas agrarios, descripción y juicio de las nuevas poblaciones que flanqueaban el camino desde Puerto Lápice, alabanza a veces desmedida de su urbanismo, etc. Por el contrario, ahora, con muy pocas excepciones, estos temas se olvidan, pasan a segundo plano o, como es el caso del urbanismo carolino, generalizadamente es rechazado como «monótono» y «fastidioso» por su rigidez y frialdad. Y ¿qué es, pues, lo que interesa al viajero romántico de Sierra Morena y su entrada en Andalucía por Despeñaperros? ¿qué es lo que sobre este espacio carolino encontramos principalmente en sus relatos?

Desde luego con profusión aparecen extensas narraciones de la batalla de las Navas de Tolosa, a propósito del paso por esta aldea, y de la de Bailén al llegar a este pueblo. Son significativas ellas del historicismo romántico, tan dado a la evasión en el tiempo, evidenciando en el primer caso su también conocida maurofilia. Pero tampoco está aquí la clave del relato romántico sobre la entrada en Andalucía. Sin duda el meollo se encuentra en una comprensión estética de Sierra Morena, «puerta» y «paradigma» de Andalucía, a la que le atribuyen bue-

na parte de los elementos que conforman la imagen romántica de la región —que después trataremos—, a saber: espacio paradisíaco o edénico, amor a la montaña, clima y vegetación africanos, atracción por el bandolerismo, maurofilia general, etc. Los textos al respecto son inequívocos y abundantísimos, pudiendo comprobarse en ellos que se articulan como en dos grandes conjuntos, no radicalmente separados entre sí: uno referido a «Sierra Morena, puerta de Andalucía», que enfatiza su contraste con la Mancha, y otro a la descripción específica del desfiladero de Despeñaperros. Ante la imposibilidad de reproducir textos y comentarios reseñamos al menos autores y título de los textos que se estudian:

a) *Sierra Morena, puerta de Andalucía*

- Gautier: Entrada en el reino de Andalucía, «que se parece a Egipto».
- Gautier; El paso de Europa a África.
- Cuendias y Féreal: Sierra Morena y la Andalucía tópica.
- Ford: El paso de un Edén (Andalucía) a un desierto (La Mancha).
- Latour: Andalucía, paraíso de España.
- Doré y Davillier: Sierra Morena versus La Mancha.
- Wylie: Andalucía, la tierra que una vez fue el Paraíso.

b) *El desfiladero de Despeñaperros, paisaje romántico por antonomasia:*

- Borrow: Despeñaperros y el bandolerismo.
- Gautier: Grandiosidad y pintoresquismo del Puerto de los Perros.
- Doré y Davillier: Una visión completa de los desfiladeros de Sierra Morena.
- Andersen: Sierra Morena: paisaje, bandolerismo y construcción del ferrocarril.
- Amicis: Una descripción de Sierra Morena desde el tren.

Pero mucho de lo que aquí exaltan los viajeros románticos simplemente es la entrada al Paraíso andaluz, cuya concepción es la que estudiamos a continuación.

B. *El paraíso andaluz*

No hay exageración en el título del epígrafe, pues los términos precisos utilizados por los viajeros son: Cam-

pos Elíseos, Paraíso Terrenal, Edén, Jardín de los Bienaventurados, etc. Por otra parte, los textos (véase un muestrario de ellos en LÓPEZ ONTIVEROS, 1988, 39-41) no permiten atribuir esta concepción sólo a los viajeros más estetas y orientalistas como Gautier, barón de Davillier, A. Dumas, Merimée, etc, sino que también es propia de los más pragmáticos y contenidos, como Borrow y Ford. Y es más, al respecto los viajeros naturalistas —Chapman y Buck, Boissier, Willkomm— son de los más enfáticos en este aspecto. El último, por ejemplo, al llegar a Granada habla de «paradisíaca vega», «ciudad única», «contemplar el paraíso» (que también es la ciudad), «belleza paradisíaca de estos campos», «lugar de Europa donde la primavera es tal como la sueña el poeta», etc (WILLKOMM, 1993, 110-11, 276 y sigs. y 1997, 52 y 155 y sigs.).

A tales textos-muestra sobre el carácter edénico de Andalucía hay que hacer las siguientes observaciones:

– Esta imagen paradisíaca de la región es ingrediente básico del tratamiento romántico global y tiñe tanto a su geografía como a aproximaciones importantes posteriores, ya no románticas, de las que también es piedra angular.

– El edén se justifica no por sus habitantes, con los que en general se es muy crítico, sino por el sol, la luz, el clima, la fertilidad del suelo, el color, el exotismo africano, el arabismo, el pintoresquismo, el arte, su atraso mismo. En todo caso dicha imagen edénica su justifica a su vez en parte por el hecho de que «África empiece en el Despeñaperros».

– Evidentemente la extrapolación edénica a toda Andalucía por parte de los viajeros es una licencia geográfica inadmisibles —aunque no todos la practican—, que en parte se debe a la mayor concentración de visitas en los espacios andaluces más fértiles y de mejor clima: Valle y Bajo Guadalquivir y Costa Mediterránea. Y ello, a su vez, conlleva la preterición casi sistemática de las altas tierras orientales, ni fértiles ni templadas. Pero además es el tópico y la exageración romántica lo que justifica sobre todo la extrapolación. Porque a Gautier, después de un recorrido penosísimo por las miserables Alpujarras, no se le ocurre sino afirmar:

«Claro está que la admirable fertilidad de la tierra y la bondad del clima les dispensan de ese trabajo embrutecedor que, en comarcas menos agraciadas, reduce al hombre al estado de bestia de carga o de máquina y le priva de los dones de Dios: la fuerza y la belleza».

Pero es que en Gautier precisamente se encuentra la culminación de la concepción paradisíaca de Andalucía,

«pues cuando descubra en ella la sublimación de su verdadera España, su admiración y contento no conocerán límites al haber encontrado en ésta su “paraíso”. En efecto, Andalucía representará para él en lo sucesivo la esencia misma de su España ideal. Aquí encuentra el color local cuya ausencia tanto había deplorado en Madrid, como es también en esta tierra donde ve —como ya ocurriera a Merimée— los prototipos originales de todos los personajes con los que poblará su España imaginaria. Aquí tiene oportunidad de viajar por verdaderos senderos de montaña infectados de bandoleros y de presenciar las mejores corridas del mundo; y, sobre todo, aquí encontrará finalmente la encarnación de esa española ideal, “con sus largas pestañas negras” y “sus ojos de terciopelo”».

Aunque Gautier no limita su entusiasmo al mero pintoresquismo de «una Andalucía abarrotada de personajes un tanto de *opera comique*», sino que también «muestra una sensibilidad extraordinaria ante el encanto irresistible de la Andalucía profunda, dotada de un rico pasado y desbordante de luz» así como ante sus maravillosos paisajes (HEMPEL-LIPSCHUTZ, 1987, 92 y sigs.).

C. La maurofilia y el historicismo románticos

La concepción romántica del relato viajero comprende siempre una recurrencia obsesiva a la historia, que pretende no sólo dar a conocer un pasado muerto sino también exaltar un esplendor pretérito que contrasta con una decadencia actual, comprender unas obras de arte, explicar multitud de aspectos geográficos, agrarios, urbanos, sociales, etc y, por supuesto, conseguir unos efectos literarios y estéticos de la narración.

Pero además es muy propio de este relato romántico sobre Andalucía que *los moros* y *lo oriental* aparezcan como creadores casi absolutos de su paisaje físico, humano y artístico, despreciándose con frecuencia cualquier otro ingrediente. Veamos algunos botones de muestra de esta concepción (recogidos antes en LÓPEZ ONTIVEROS, 1988, 36).

En Gautier el oriente de influencia árabe —recurrencia obsesiva— lo impregna todo en Andalucía: vegetación, clima, luz, color, habitantes y su carácter, forma de viajar, costumbres, rasgos físicos de sus gentes —y en especial de sus mujeres—, monumentos, pueblos, separación de sexos...

En W. Irving, como es sabido, la maurofilia es extrema e impregna toda su obra, aunque también la argumenta explícitamente: fue la árabe —dice— una «dominación pacífica»; el «heroísmo de sus habitantes sólo fue sobrepasado por su moderación»; se esforzaron en «todo lo que pudiera contribuir a la felicidad del hom-

bre»; crean refinamientos de todo tipo frente a una «Europa en sombras»; su esplendor no sólo se refiere a la cultura, sino también a la civilización material, etc.

R. Ford en sus *Gatherings* hace, según Héran, no menos de 104 comparaciones entre España y Oriente —aunque nunca estuvo allí— en 360 páginas; y para él el cenit de la historia española, apoyada en un clima excelente y una fertilidad proverbial, se alcanza en la época árabe, siendo a partir de entonces pavorosa e ininterrumpida la decadencia. Por supuesto que el anterior estereotipo conviene especialmente a Andalucía.

Davillier y Doré tienen un tratamiento de los grandes monumentos árabes similar a Irving y similares también son las proyecciones históricas, literarias y oníricas que hacen sobre ellos, definiendo además con frecuencia espacios geográficos muy concretos —Alpujarras, Vega de Granada— exclusivamente en cuanto son teatro de hechos históricos y literarios árabes, por ejemplo, levantamiento y romances moriscos.

E incluso Borrow, menos efusivo y más actualista y factual, cree que «en esta parte de Andalucía todo tiene un carácter enteramente oriental».

Interesante también en este asunto es la concepción de Willkomm que, imbuido de este modelo historicista y orientalizante, interpreta la geografía urbana de Granada, sus monumentos y sus alrededores recurriendo a su historia árabe, que ha dejado huellas por doquier. Pero este autor, por extenso y monográficamente, defiende que el antiguo reino de Granada presenta muchas particularidades de costumbres y carácter «de origen claramente oriental», pudiendo observarse reminiscencias moras en riegos, Tribunal de Acequias, mentalidad, habla, fisonomía física, etc. Pero disiente explícitamente en este tema de los viajeros románticos y, en concreto, de Ford porque, dice, el orientalismo no es común a todos los españoles, por ejemplo a Cataluña. E incluso dentro del reino de Granada parece enfatizar aún más el carácter africano para la región oriental de aquél, en concreto Almería, que por sus rasgos físico-geográficos y humanos «parece un trozo de África en la Península Ibérica», y también para la Alpujarra alta, en cuyos pueblos

«en cuanto estén habitados por “moriscos” se presenta un estilo arquitectónico que no debe distinguirse mucho de aquél en el que también los árabes de los pueblos africanos suelen construir sus casas».

Porque estos pueblos, en efecto, dice más adelante,

«están habitados completamente por los llamados “moriscos”, distinguiéndose de los demás vecinos alpujarreños menos

por sus rasgos, porque casi todos tienen rasgos orientales, sino más por su carácter, su lengua y sus costumbres»

que detalla (WILLKOMM, 1997, cap. II, VI y X y 1993 216-18).

También hay que tener en cuenta sobre este tema la aportación de Paradela Alonso (1993) sobre los viajeros árabes en España en el siglo XIX, cuyas tesis principales completan el orientalismo de los viajeros europeos y que son: este orientalismo del viaje europeo y el occidentalismo del árabe son doctrinas paralelas en el tiempo y convergentes, pero con muy distinto vigor y significado; los viajeros árabes en Andalucía también sienten atracción generalizada por la triada de ciudades —Granada, Córdoba y Sevilla— y sus monumentos árabes; con lo que encuentran en estas ciudades y todo lo que queda del pasado andalusí reconstruyen éste, pero muy influidos por los literatos occidentales, como Irving y Chateaubriand, de forma «que nos vemos descritos en árabe, pero pensados por europeos»; la gran aportación, no obstante, de este viaje árabe es «la captación sensitiva o sensual de lo español, casi siempre de lo andaluz, genuinamente árabe, para lo que ya no necesitan el apoyo de teorías foráneas»; y lo andalusí, por último, así percibido, para este viajero árabe lo impregna todo, o sea el paisaje, el campo, el urbanismo, los monumentos, la lengua, el físico de hombres y mujeres, etc. Por caminos y con significado cultural distinto, convergen sin embargo los viajeros europeos y árabes decimonónicos en el fuerte historicismo y maurofilia de sus relatos.

Y conviene hacer notar también que esta forma de entender Andalucía, que como vimos tiene antecedentes vigorosos en algunos prerrománticos dieciochescos, viene aún de más lejos, como recientemente se ha puesto en claro. Gil Sanjuán (1997) reiteradamente alude a que las 32 panorámicas de Andalucía y sus descripciones literarias —y especialmente las del reino de Granada— de *Civitates Orbis Terrarum*, publicadas por Braun y Hogenberg y ejecutadas por Haefnagel, probablemente concebidas entre 1567 y 1568, son las que fijaron la imagen topográfica de las ciudades y pueblos andaluces, percibiéndose en ellas «una sublimación y exaltación del pueblo marginado» morisco, cuyas ciudades y campos por él concebidos estaban aún intactos, y que se transmitieron al Romanticismo, que tendría aquí una fecunda fuente de inspiración icónica. A su vez, es muy probable la influencia en Haefnagel del pintor de ciudades A. van de Wijngaerde, contratado por Felipe II y que por los mismos años dejó 60 vistas espléndidas de ciudades andaluzas (GALERA I

MONEGAL, 1998). Se plantea, pues, el problema de si la imagen geográfica de Andalucía, tras su reconquista, no estuvo siempre más o menos transida de maurofilia, aunque encubierta. Pero lo que sí está claro es que el esquema de esta representación se fija definitivamente con los viajeros románticos que lo difunden por doquier (para diversos aspectos del tema es útil *La imagen romántica del legado andalusí*, 1995).

Conviene, por último, resaltar que los delirios tópicos de este historicismo maurofílico no son útiles para la geografía, pero que en su uso mesurado han ayudado mucho a entender y explicar nuestros pueblos y ciudades —casi todos ellos en el siglo XIX aún con urbanismo y arquitectura de impronta musulmana— nuestros paisajes agrarios, en especial las huertas y los de sierra, también de origen morisco, amén de cuantos rasgos etnológicos, sociales, etc. están influidos por dicho pasado. Otra cosa es que este componente se convierta en exclusivo y excluyente de otros influjos.

D. El paisaje y la fascinación por la montaña

No vamos a insistir en la importancia y descubrimiento por los románticos del paisaje y su correlativo amor a la montaña, aludido antes. Sépase además que el tan cacareado tema del paisaje, quizá por su dificultad, no se aborda sino de pasada por los comentaristas de los viajeros y, por tanto, nosotros nos tenemos que ceñir a hacer algunas observaciones no demasiado extensas.

¿Cómo, pues, se concibe el paisaje en estos relatos, especialmente el de Andalucía? ¿qué elementos geográficos ayudan a conformarlo estéticamente? Me parece que con agudeza Hempel-Lipschutz (1987, 95) da respuesta a ello al referirse a Gautier, sin duda uno de los mejores paisajistas entre los viajeros románticos. Dice esta autora que Gautier

«se siente profundamente emocionado por la belleza particular del paisaje andaluz: sus colores, sus formas, y sobre todo por su luz. En efecto, tan pronto como atraviesa Despeñaperros experimenta una especie de aturdimiento, de arrobamiento ante los espacios abiertos y luminosos de esta Andalucía tan soñada por él. Es por fin en este paisaje donde reconoce su “paraíso” hecho realidad visual. En la luz, primera creación divina para el paraíso original, reconoce Gautier la esencia profunda de su “paradis retrouvé” que es Andalucía. Aunque diga que “no existen en ninguna paleta de pintor o de escritor colores bastante claros, matices bastante luminosos” para captar la claridad argentina andaluza, consigue él, poeta, traducir en palabras la calidad de esta luz que esboza sin limitación, que moldea sin dar volumen ni peso, que ensancha al infinito».

«Ningún pintor ni poeta —prosigue esta autora— ha percibido ni evocado mejor que Gautier (digo evocado, y no descrito) los destellos elusivos y las vibraciones temblorosas de la viveza de esta luz argentina que todo lo baña y que, a su vez, emana de todo: de los pueblos —;“blancos desde luego”!—, de las montañas, las rocas, hasta de los guijarros y la arenilla de los caminos, del agua que corre en los valles y de la nieve que cubre las cumbreras».

Y para ilustrar esta maestría paisajística de Gautier y también como ejemplo paradigmático del paisajismo viajero andaluz, reproducimos el largo texto de este autor, escrito cuando entra en Andalucía:

«Una vez franqueada Sierra Morena, el aspecto del país cambia totalmente: es como si de pronto se pasara de Europa a África; las vboras, al dirigirse a su agujero, rayan con rastros oblicuos la arena fina del camino; las chumberas comienzan a blandir sus grandes hojas espinosas en el borde de los fosos. Aquellos grandes abanicos de hojas carnosas, espesas, de un gris azulesco, dan súbitamente una fisonomía distinta al paisaje. Se siente uno en otro lugar; se comprende que se ha dejado París de un modo definitivo; la diferencia de clima, de arquitectura, de trajes no le hace a uno creerse tan fuera de su país como la presencia de esas grandes vegetaciones de zona tórrida que no solemos ver más que en invernaderos. Los laureles, encinas, alcornoques, higueras de hojas barnizadas y metálicas tienen una calidad libre, robusta y salvaje, que indica un clima donde la Naturaleza es más fuerte que el hombre y puede prescindir de él.

Ante nosotros extendíase, como un inmenso panorama, el hermoso reino de Andalucía. Aquella vista tenía la grandeza y el aspecto del mar; cadenas de montañas, que se perdían en la lejanía, se desplegaban en ondulaciones de infinita suavidad, como grandes oleadas de azul. Amplios jirones de rubio vapor bañan la cortaduras; aquí y allá, los vivos rayos del sol doraban algún montículo más cercano, y lo tornasolaban policromamente como la garganta de un pichón. Otras cimas, extrañamente drapeadas, asemejábanse a esas telas de los cuadros antiguos, amarillas por un lado y azules por el otro. Todo está inundado de una luz fulgurante, espléndida, como debía ser la que iluminaba el Paraíso Terrenal. La luz rielaba en aquel océano de montañas como oro y plata líquidos, rompiéndose en áurea espuma fosforescente al tropezar con los obstáculos... El infinito iluminado es mucho más sublime y prodigioso que el infinito en oscuro».

Obsérvese en el texto que, aparte los excelentes valores estéticos y formales, se compendia en él una interpretación romántica completa de Andalucía, con todos sus elementos, y una fidelidad nítida a los detalles concretos del paisaje —vegetación, geoformas, clima, fisiografía, etc— que coadyuva sobremanera para el entendimiento geográfico de lo descrito.

Por otra parte, sin duda, la geografía andaluza ayuda para que los paisajes de la región se engrandezcan: con su relieve contrastado, abrupto y variado que favorece las panorámicas abiertas y grandiosas; con el fuerte cromatismo que impone la litología y su variedad (piénsese en ese abundantísimo «triásico andaluz» de las Béticas

que tanta fuerza y abigarramiento cromático crea) y la alternancia de vegetación verde y tierras yermas o de vegetación rala; con la general limpidez y claridad que impone un clima seco y casi tropical, especialmente durante la sequía estival; el emplazamiento arriscado, pintoresco e inverosímil a veces de pueblos y ciudades, en su origen con un carácter defensivo que las adorna también con murallas y castillos. En suma, pues, el viajero romántico, más o menos, participa del patrón paisajístico desarrollado hasta la plenitud por Gautier, patrón que la geografía andaluza facilita y sugiere y a cuyo conocimiento colabora.

Pero los viajeros naturalistas ya conocidos —Willkomm, Boissier, Chapman-Buck—, más pragmáticos, aunque románticos, también llevan al extremo la descripción meticulosa del paisaje concreto, con frecuencia desarrollando lo que después la geografía regional francesa llamaría «tour d'horizon» (Vallaux). Estos autores —y aunque la reseña en absoluto sea exhaustiva— exaltaron con pasión y precisión los paisajes andaluces que se relacionan, cuya enumeración puede coadyuvar a ese «archivo del paisaje» que, según Carandell, era urgente en Andalucía. Ellos son:

– El pueblo de Alhaurin y sus huertas «verdadero paraíso terrestre, plantado de moreras, naranjos y regado por mil arroyos».

– Sierra de Mijas, con admirable panorama.

– Ojén, cuya calidad «romántica» ya se exaltó en el XVIII.

– Marbella, pequeña aún pero con «romántica posición».

– Sierra Bermeja, de cromatismo fuerte y adornada por el pinsapo.

– Ronda y su Tajo, paradigma paisajístico para todo viajero romántico que la visita.

– El puerto de Zafarraya y Alhama, parte de un camino hacia Granada que por su pintoresquismo a tantos viajeros atrajo.

– La Sierra de las Nieves, también adornada con pinsapos y *capra hispánica* y con panorámicas «gloriosas».

– Las Ermitas de Córdoba, en el borde de Sierra Morena, que desde su Sillón del Obispo ofrecían a muchos viajeros un panorama grandioso de casi toda Andalucía.

– Despeñaperros que, como vimos, es puerta de entrada al Paraíso.

– Vélez Málaga, Nerja, acantilados de Maro, Motril, encantadores ejemplos de un paraíso «tropical».

– La Sierra de Lújar, con «panorama impresionante».

– Guadix y Purullena con sus cuevas y sus maravillosas formaciones en arena fina y greda.

– La Sierra de la Sagra con espléndidas vistas y gran riqueza botánica.

– La Muela de Montalbiche y Sierra de María, que junto con la anterior, sólo Willkomm exaltó, pero admirablemente.

– La Sierra de Filabres y la Sierra de Almagro «a todas las horas del día con increíbles colores».

– La Sierra de Algeciras, de la costa al Cerro de Comares, desde donde se observan claramente dos continentes.

– La Vega de Granada, «espectáculo verdaderamente mágico» desde el Suspiro del Moro, que ofrece «contemplar el paraíso».

– Sierra Nevada, la más exaltada de todos y en cuyo marco tan estrecho, como dijera Willkomm, «hay tanto romanticismo y tantos paisajes sublimes sin parangón con ninguna otra zona montañosa de Europa».

– Granada con la Alhambra, el Generalife, la colina del Albaicín «cuyas maravillas naturales de los alrededores son infinitas» y que «no conozco —dice también Willkomm— otra ciudad tan paradisíaca y que tenga una situación tan privilegiada».

Dos observaciones finales a propósito de estos ejemplos de paisajes andaluces «románticos». Primera: predominan, como es lógico, los paisajes montañosos —Sierra Morena, Sierra de Ronda y Sierra Nevada las más exaltadas— y ello es una prueba más de esa fascinación de estos viajeros por la montaña, aunque también el emplazamiento de pueblos y ciudades genere paisajes de valor singular. Segunda: el descubrimiento de muchos paisajes andaluces, la exaltación y divulgación de otros es obra de los viajeros románticos que han hecho más por nuestro paisajismo y por convertir éste en epítome del español que ningún otro movimiento estético o científico.

E. La imagen romántica de la ciudad andaluza

Nos ceñimos al estudio de las ciudades andaluzas más grandes, las que hemos en el período ilustrado denominado «capitales», pues no se han allegado datos individualizados de la agrocidades y otras ciudades pequeñas. No obstante, en el siglo XIX prosigue una red de ciudades más grandes —pocas— que alternan con

cuantas agrocidades hemos estudiado en el siglo XVIII, separadas por los grandes despoblados. A principio de siglo Blanco White (1977, 144 y sigs.) así lo refleja fielmente en el viaje que hace de Sevilla a Olvera, pasando por Arahál, Osuna y la Serranía de Ronda. En 1831, J. Busby (1997) confirma totalmente esta estructura al desplazarse de Sevilla a Antequera y de ésta a Málaga. Y al final de la centuria, en torno a 1884, nada había cambiado según se deduce de las observaciones de A. Alarcón (1989, 526 y sigs.) sobre sus desplazamientos de Guadix a Granada y Almería y de Granada a Málaga.

Y ¿a qué ciudades en concreto nos referimos nosotros? Ciertamente no a Huelva, como sabemos, un modesto burgo en 1833. Tampoco son muchas las noticias sobre Jaén, al margen del camino principal de Andalucía y del que unía los dos grandes centros de atracción que eran Córdoba y Granada. Y Almería aparece aún más excéntrica (KRAUEL, 1986, 262), aunque contamos con observaciones pertinentes de Alarcón (1989, 534 y sigs.); según él en 1854 el camino hacia ella ni existe ni ha existido, y en 1883 no sólo se desconocían en la provincia aún los caminos de hierro sino hasta los coches-diligencias. Por el contrario, la información es mucha para Cádiz, Sevilla, Málaga, Granada y Córdoba, perfilándose también como ciudades de cierto rango y mucha información, Ronda —romántica por antonomasia— y Jerez, tan ligada y cercana a Cádiz.

Información, por otra parte, también existe, pero sin estudio pertinente, de ciudades mineras que florecen, a veces como hongos, a raíz de la explotación de este sector, sobresaliendo, entre otras, Riotinto, Peñarroya-Bélmuez, Marbella, Berja, Adra, Cuevas de Vera —hoy de Almanzora— Linares, La Carolina, etc.

Pero intentemos precisar la imagen romántica de nuestras capitales. Ya existía una imagen en la Ilustración y, si bien, como dijimos, muchos elementos de ésta se continúan en el Romanticismo, los viajeros de este movimiento estético la cambian profundamente, temáticamente y en cuanto a apreciación, dejándola bien definida y pervivente para la posteridad.

Por otra parte, aunque esta imagen urbana, tenga elementos comunes, sin embargo, siguen oponiéndose las del litoral, Cádiz y Málaga, a las del interior. En las primeras, muy limitados sus valores urbanísticos y monumentales, se resaltan los de carácter ambiental y paisajístico y, especialmente, su apertura política y social, modernidad, cosmopolitismo y esplendor económico, pese a las vicisitudes en este siglo: Málaga pasando por

la crisis de exportación de vinos y pasas, estimulando otras salidas de frutas y frutos, diversificando éstas y experimentando una auténtica, aunque fugaz industrialización; Cádiz, acusando la pérdida del monopolio del comercio americano, pero volviendo a ser estimulada por la concesión que se le hizo de puerto franco y nuevo contrabando. De todo ello dan fe muchos viajeros (KRAUEL, 1986, 268-69 y 294 y sigs.) e incluso uno de ellos, Alarcón, opone expresamente en naturaleza y economía a Granada (predominio de la historia, economía tradicional, localismo social y de costumbres) y Málaga (dominada por el presente, la industria y la exportación y la presencia de extranjeros).

Creemos, no obstante, con los estudios que tenemos que es posible pergeñar la imagen romántica global de las ciudades andaluzas, algunos de cuyos elementos han resaltado de forma incompleta Ortega Cantero (1990, 128 y sigs.) y López Ontiveros (1988, 44-46). Los que siguen constituirían los principales elementos de esta imagen.

- *El emplazamiento y las panorámicas* de cada ciudad es un elemento geográfico preferido de los viajeros románticos, lo que se explica, como se dijo, porque el primero va unido a calidades paisajísticas, tan apreciadas por ellos, y porque muchas ciudades andaluzas ofrecen excelentes ubicaciones y perspectivas. En este sentido se convierte en tópico el emplazamiento de Sevilla ligado al Guadalquivir, el de Córdoba a su cercana Sierra Morena, el de Cádiz a su Bahía, el de Málaga, ciudad en sí carente de interés para muchos viajeros, pero que «a causa de su emplazamiento y paisaje atractivo que le rodea» muchos la alaban (KRAUEL, 1988, 13 y sigs.).

Pero hay dos ciudades que sobresalen al respecto: Ronda y Granada. La primera, con el Tajo, es maravilla singular y toda su estructura urbana a él se supedita, lo que la convierte «en una sucesión continua de paisajes a cual más sugestivo» (KRAUEL, 1986, 288). El Tajo y sus alrededores, también según Boissier (1995, 192), constituyen «un paisaje sublime», grabado en la imaginación con «trazos indelebles». Granada, a su vez, es inigualable, tanto por las perspectivas que presenta al acercarse a ella por cualquiera de sus entradas, como por las panorámicas desde la Alhambra-Generalife, Albaicín, etc. Los testimonios sobre ella serían interminables, pero baste hacer notar con Willkomm (1997, 175), en un texto clave sobre la ciudad, que los monumentos son pocos, aparte los árabes, pero «que las maravillas naturales de los alrededores son en cambio infinitas».

- Es el de la ciudad romántica *un tratamiento ampliamente histórico*, desde los orígenes y con especial hincapié en la época árabe, y con frecuencia *literario*; o sea la ciudad como marco de proyecciones, narraciones y ensueños románticos, cuyo modelo paradigmático es el de la Granada de Irving.

- Pero este tratamiento histórico de la ciudad andaluza, ligado a la maurofilia general, lleva a considerar ésta con un *esplendor árabe* que se opone a *una decadencia actual*. Para Córdoba he estudiado esta percepción en profundidad (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991, 35 y sigs.) siendo los textos abundantes e inequívocos. Algunas precisiones al respecto son necesarias:

1ª) Esta contraposición también la encontramos para el siglo XVIII, pero el esplendor no correspondía tan unánimemente a la época árabe, podía ser romano, del siglo XVI, etc.

2ª) El arabismo incontrastable y glorioso de la historia les permite a los viajeros «la evasión en el tiempo», que es rasgo fundamental del Romanticismo, y de aquí que encontremos páginas y páginas de estos relatos viajeros dedicados a la historia de Córdoba, en las que con frecuencia es más importante la evocación que el rigor histórico.

3ª) Por otra parte, los cultos viajeros románticos al llegar a Córdoba ya venían alimentados de este esplendor árabe de la ciudad por sus lecturas históricas y de relatos viajeros precedentes, pero es frecuente —con la excepción de la Mezquita— que se les produzca una frustración —que no deja de ser otro elemento de la creación literaria romántica— a causa de ese contraste entre esplendor pasado y decadencia presente. Así les ocurre a Blackburn, Luffman y, especialmente, a Scott y A. Dumas.

4ª) Los aspectos materiales de la ciudad son todos vistos a la luz de esta decadencia, a saber: demografía, actividades económicas, estructura urbana, etc.

No descarto la posibilidad de que el paradigma de esplendor árabe versus decadencia actual convenga especialmente a Córdoba, pero está claro que también es válido para Granada y Sevilla (KRAUEL, 1986, 273 y 300), aparece, aunque con menos énfasis en Málaga, y es un tópico en muchas agrocidades más o menos importantes.

- Como corolario de lo anterior aparece en los relatos un *monumentalismo árabe* predominante, de forma que tres ciudades andaluzas —Granada, Sevilla y Córdoba— constituyeron por antonomasia los «lugares de promisión» de los viajeros románticos y que, especial-

mente, tres de sus monumentos —Alhambra, Mezquita y Alcázar sevillano— podrían haber engendrado buena parte del alud viajero del siglo XIX (LÓPEZ ONTIVEROS, 1988, 44-45). En el caso de la Mezquita de Córdoba basten algunos de los elogios hechos por los viajeros para avizorar el significado que le confieren: «enorme e insólita Mezquita» según Andersen; «todavía hoy, según opinión universal, dice Amicis, es el más hermoso templo musulmán que existe, y uno de los más admirables monumentos de la tierra»; «edificio único en el mundo» para el barón de Davillier;

«monumento único en el mundo y completamente nuevo, incluso para aquellos que han tenido ocasión de admirar en Granada y en Sevilla las maravillas de la arquitectura árabe»

según Gautier.

Granada, a su vez, según Krauel (1986, 300)

«es un lugar ideal tanto para el goce estético como para la reflexión histórica. Lo primero, por el juego de luces y sombras de contrastes que ofrece la Alhambra, uno de los mejores ejemplos de arquitectura integrada en un paisaje; lo segundo, por la comparación inevitable entre un pasado glorioso y la abulia del presente. En este sentido, no pocos viajeros británicos niegan toda validez al refrán que dice “*Quien no ha visto Granada no ha visto nada*” y prefieren sumarse a la opinión de los colegas franceses, para quienes *Grenade, c'est la Alhambre*».

Y no queda sólo en los viajeros británicos, pues, a título de ejemplo, en Boissier (1995, 249 y sigs.) el Generalife y la Alhambra le dejan un recuerdo imborrable; y Willkomm (1997, 112 y sigs.) que vivió en el recinto de la Alhambra y tuvo acceso libre a ella, le dedicó a ésta y al Generalife un capítulo de máxima exaltación. Y los viajeros árabes, todos, sienten auténtica fascinación y relatan con delirio sus visitas a estos monumentos (PARADELA ALONSO, 1993).

• *Los rasgos orientales y africanos de la ciudad andaluza* también en profundidad los he estudiado para Córdoba (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991), siendo mis observaciones las que siguen.

Que Córdoba haya experimentado una profunda decadencia desde la época árabe no es obstáculo para que, según sus visitantes del siglo XIX, siga siendo una ciudad «verdaderamente mora», «completamente oriental», «cuyos usos y costumbres nada tienen que recuerde a Europa», que sugiere «que Madrid, Italia, Europa están lejos de aquí», que «tiene un aspecto más africano que cualquier otra población de Andalucía», que «parece que los moros la han abandonado ayer» y que si pudieran volver «no tendrían que hacer gran cosa para instalarse nuevamente en ella». En último término, como dice Poitou «Córdoba ha conservado en parte una

fisonomía y ha quedado una impronta profunda de la civilización que un día floreció en ella».

Pero ¿cuáles son los elementos de su urbanismo que definen este carácter africano, moro y oriental de Córdoba? ¿qué características tienen ellos? Los principales elementos de la estructura urbana que definen el carácter moro de la ciudad, según todos los autores, son sus laberínticas y estrechas calles, sus casas blancas y con ventanas enrejadas y sus patios con galerías, todos ellos en perfecta trabazón e inextricablemente unidos en la imagen del visitante.

Respecto al *entramado callejero* coinciden los viajeros en que se trata de calles cortas, angostas, sinuosas y laberínticas —«callejas» más que calles— propias de todas las ciudades de antecedentes islámicos; arguyendo también que este callejero en un clima caluroso es eficiente para protegerse del sol, y no perturbador, pese a su angostura, porque los árabes no usaban vehículos de ruedas. Respecto al carácter laberíntico de dichas calles me parece ilustrativa la sintética observación de Quinet: «Las calles de esta villa de huríes, en vez de ir de un punto a otro, vuelven, se pliegan sobre sí mismas en laberintos inextricables». Y al recorrer este laberinto, dice Wylie «como si se tratase del mar sin caminos o del desierto sin senderos, hay que orientarse en el día por el sol y en la noche por las estrellas».

No hemos encontrado referencias sistemáticas a *las plazas*, elemento fundamental del urbanismo musulmán, sino alguna que otra circunstancial. Quizá, porque estas plazas, como observamos también para el siglo XVIII, están muy integradas en el callejero, al que no distorsionan, como ocurre en otros tipos de urbanismo más ampulosos.

Las casas, a su vez, se articulan en este callejero y, al disminuir los habitantes por una decadencia secular, se han distribuido más cómodamente dentro del recinto amurallado, siendo frecuentes los huertos y jardines adyuntos. En sí no son muy amplias ni altas, de tejado plano o con azotea, al exterior con pocas ventanas y enrejadas. No obstante, algunos autores tardíos aluden también a las casas con balcones, que son las que se están construyendo avanzado el siglo XIX. Todos los viajeros, igualmente, enfatizan el blanco impoluto del enjalbegado de las casas que contribuye a darles un aspecto de limpieza y obra nueva, pues, como dice Gautier, «gracias a la cal, el muro hecho hace cien años no puede distinguirse del terminado ayer».

No obstante, el elemento de la casa que más atrae la atención del viajero son *los patios*. Su descripción meti-

culosa aparece en todos los textos, incluso clasificando y caracterizando varios tipos de los existentes. Puerta exterior, zaguán, patio central, galerías adyacentes, etc, son sus elementos fundamentales como es sabido, y su originalidad estribaba, como dice Amicis, en que «no es un patio propiamente tal, ni un jardín, ni una sala, sino a la vez estas tres cosas».

Sorprendentemente —y adelantándose más de un siglo a la actual corriente urbanística que tanto valora la vegetación urbana— los viajeros señalan como carácter genuino de Córdoba *sus frutos y flores tropicales o africanas*, que no se alojaban desde luego en los jardines públicos, entonces escasos en la ciudad, sino en patios, huertas y jardines privados y en los balcones y ventanas. Las plantas más exaltadas son la palmera, el naranjo, el limonero, e incluso el platanero. Todas ellas exóticas y bellas para el viajero y constitutivas esencialmente de la «africanidad» cordobesa, en su concepción difícilmente deslindable de lo «mediterráneo».

Pero, por supuesto, cuanto se ha dicho sobre el carácter moro y oriental de Córdoba, conviene también a muchas otras ciudades andaluzas. A Granada, pues «tiene —dice Willkomm y tantos otros— un fuerte carácter de ciudad oriental», y es la ciudad oriental andaluza por antonomasia; a Sevilla, por su topografía urbana, sus restos de bazares, el trazado de sus calles, etc (KRAUEL, 1986, 276-77); a Málaga que, como en el siglo XVIII, según Boissier (1995, 151), aún en 1837 todavía conservaba su trazado árabe primitivo; a Almería, que aún a finales de siglo, «tiene más de levantisca y de murciana que de andaluza» y que sus murallas, Alcazaba, casas y entramado urbano certifican también su carácter africano (ALARCÓN, 1989, 539 y sigs.). Y los viajeros árabes en tantas de nuestras ciudades y pueblos encontraban concomitancias con las suyas de donde provenían, porque morfológicamente obedecían, en su origen, a un mismo modelo, aún poco desvirtuado en el siglo XIX (PARADELA ALONSO, 1993). En todo caso, la peculiaridad urbano-oriental de Granada es máxima antes de las transformaciones urbanísticas de la segunda mitad de la centuria (SERRERA CONTRERAS, 1990) y es en Sevilla donde su entramado callejero, plazas, casas y patios, todos muy bien descritos por los autores que van de Blanco White (1977, 50-52) a los románticos tardíos (KRAUEL, 1986, 276 y sigs.), morfológicamente se asemejan mucho a lo descrito para Córdoba.

• Pero muy unida a la imagen romántica de la ciudad están también *sus alrededores*, especialmente preferidos en algunas por razones diversas. Es el caso de Cór-

doba donde el viajero podía encontrar supuestos restos de míticos palacios como Medina Azahara, Medina Zahira, palacio de Rizafah, un piedemonte mariánico, el Brillante, repleto de suntuosas «villas», «cortijos» y «huertas», amenizados por una vegetación exuberante, y la misma Sierra Morena, con paisaje majestuoso y panorámica grandioso desde las Ermitas. A estas entrañas de Sierra Morena, pero cerca de Córdoba —lo que se tarda en caminar a caballo desde las dos de la madrugada al alba— trae precisamente Merimée a Carmen para morir, cerca de una ermita y una venta, «en una garganta solitaria», siendo enterrada en el bosque como la «gitana había dicho a menudo». Por todo ello abundan los testimonios y percepciones románticas de los alrededores cordobeses, con los que puede reconstruirse cabalmente su geografía decimonónica (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991, 48).

Para Málaga, a su vez, ya hemos aludido, al paisaje atractivo que la rodea, continuándose también en el XIX la tradición del XVIII de exaltar las excelentes fincas de recreo de la burguesía de los alrededores (KRAUEL, 1988, 38-44). Y Cádiz, recluso en su apretado espacio, sigue buscando el complemento recreativo en los pueblos que bordean su bahía. Pero los alrededores sin par son los de Granada: aquella «paradisiaca vega», «las maravillas infinitas de todo el contorno», la Alhambra, el Generalife, el Sacromonte, etc constituyendo una «corona de belleza y misterio». Y por si fuera poco, las riberas de sus ríos, el Darro y el Genil, a la entrada y salida de la ciudad, como para el primero ha recreado en todo su esplendor y belleza románticos Serrera Contreras (1990).

• Pero en estos y otros casos, en sus alrededores o dentro de las ciudades, *los paseos y las alamedas* se encuentran entre los ámbitos urbanos que «atraen con más fuerza la mirada del viajero romántico», pues en ellos, al incentivo del arbolado, se une el gran interés que tienen por su significación social y costumbrista. Ortega Cantero (1990, 135 y sigs.) ha glosado la imagen que ofrecen algunos de estos paseos —llamados también «prados» o «salones»— en Andalucía. Se podría, creo yo, hacer una geografía de ellos con los escritos viajeros para toda la región, pues cualquier pueblo que se preciase tenía no sólo un paseo, sino, como mínimo, dos, uno de invierno y otro de verano.

Creo que todos estos son los elementos constitutivos de la imagen geográfica general de la ciudad romántica andaluza, pero tampoco hay que olvidar, que cada ciudad en particular tiene en su imagen algunos rasgos ge-

nuinos como los que señalamos a continuación. Sevilla se presenta como «la metrópoli fallida de la monarquía española», competidora incluso en importancia con Madrid, de forma que si hubiese sido, como debiera, capital de España, la modernización de la nación hubiese sido más profunda y la independencia de las colonias más tardía; también cada vez más se va convirtiendo en el símbolo de Andalucía, como escribe M. Haverty: «Sevilla epitomiza Andalucía» (KRAUEL, 1986, 272-73 y BOISSIER, 1995, 372). En la imagen de Málaga ya hemos aludido a sus rasgos específicos: mentalidad de la población, «mala gente», apertura económica, cosmopolitismo, etc (KRAUEL, 1988). Algunos de estos rasgos también se les aplican a Cádiz, presentada sobre todo como una feliz simbiosis de un emplazamiento terrestre muy especial y una espléndida bahía. Córdoba, a su vez, presenta más acentuadas la decadencia, las ruinas y el tipismo tradicionalista, lo que le confiere un encanto peculiar y muy romántico.

Y, por último, de Granada no cabe sino enfatizar que es la ciudad romántica por excelencia, presentando en grado sumo cuantos rasgos la definen. Sépase, no obstante, que los viajeros no son sino un eslabón, aunque importante, en el rosario romántico de autores que la convirtieron en objeto preferido de este movimiento literario y artístico, como ha probado en profundidad Fernández Almagro (1995).

Y pergeñada la imagen romántica de la ciudad andaluza, resta que nos preguntemos por *la valoración en conjunto que del urbanismo andaluz nos transmitieron*. Vaya de antemano que estos viajeros, respecto a las poblaciones carolinas y en especial La Carolina, que tanto exaltaron los ilustrados, «o son indiferentes a su urbanismo o positivamente lo rechazan como monótono o fastidioso»; el romántico, en efecto, no se conmueve por la rigidez y frialdad de este urbanismo geométrico (LÓPEZ ONTIVEROS, 1996, 45). Pero ¿cómo enjuicia el laberinto profuso y el rico desorden del urbanismo andaluz de impronta musulmana?

Para el caso de Córdoba, en un primer momento, decenios de los treinta y cuarenta, no faltan viajeros, de los más conspicuos por cierto, que están en la misma línea de repudio del siglo XVIII. Así Ford, por ejemplo, lacónicamente afirma que «Córdoba se ve enseguida (...), un día basta y sobra para todo». Gautier, en la misma línea, dice que «nada nos detenía ya en Córdoba, que no es demasiado agradable para vivir». Y otro tanto pensaría Borrow, pues su descripción de la ciudad es tan caústica y despreciativa como la del ilustrado Moratín:

«Poco hay que decir de Córdoba, ciudad pobre, sucia y triste, llena de angostas callejuelas, sin plazas ni edificios públicos dignos de atención, salvo y excepto su Catedral, dondequiera famosa».

Para Granada, en igual período, también se observa un desprecio de su urbanismo, plasmado en los textos de Rochfort-Scott, Grosvenor y Romer, reproducidos por Krauel (1986, 300-303).

Pero, claramente y a medida que avanza el siglo, el urbanismo cordobés en su conjunto, así como los elementos antes señalados, son altamente valorados, hasta el delirio a veces, por buena parte de los viajeros. Así Latour en un relato de gran pureza romántica descubre un «encanto melancólico» a la ciudad; Amicis, desbordante, respira aquí «el aire de otro mundo» porque «está en Oriente»; Mackenzie, mesurado, no descarta las expresiones efusivas favorables; Godard, ante los patios de Córdoba, utiliza las expresiones «paraíso terrestre» y «jardín del Génesis»; todos, en suma, en sus descripciones morosas y deleitables denotan compenetración y alta valoración del objeto descrito: Córdoba.

Tres son, por otra parte y en mi opinión, las razones fundamentales en que estos autores apoyan su valoración positiva del urbanismo cordobés: el exotismo y orientalismo de la ciudad, algo completamente nuevo para ellos; su misma decadencia que, como dice Godard, favorece el silencio y la meditación, difíciles en las ciudades europeas, transmutadas por la revolución industrial; y el clima, el sol y la luz, tan valorados por quienes en general proceden de las brumas del norte. Pero estas tres motivaciones no son genuinas sólo de Córdoba, sino ingredientes comunes del «paraíso andaluz» que, como mercancía turística, sigue vendiéndose hasta el día de hoy. En el siglo XIX, no obstante, muchos viajeros creyeron encontrar en Córdoba este paraíso en estado casi puro.

Desde una óptica geográfica, finalmente, creo que la gran aportación de estos relatos estriba en que supieron caracterizar y describir el urbanismo de impronta islámica de la ciudad, entonces apenas modificado, bellamente y con precisión.

Evolución y apreciaciones las anteriores que, por supuesto, se han de aplicar a Granada, pues, de otra forma, no se entendería el contenido y problemática de la célebre *Granada la bella* de Ángel Ganivet, escrita en 1896 a propósito de la apertura de la Gran Vía y el embovedamiento del Darro. Como prueba A. Isac en la introducción a esta obra, Ganivet es tributario del concepto romántico de ciudad, defensor de la ciudad heredada y opuesto a las reformas que la desvirtuarán, valorando

aquella en grado sumo. Frente a él todos los partidarios de la modernización y el higienismo impusieron las reformas aludidas. Y con ello, como prueba Serrera Contreras (1990), para el embovedamiento del Darro, la Granada romántica recibió un duro golpe. Cuando todo ello estaba en marcha, el naturalista Willkomm, en 1872, vuelve a la ciudad tras su primera estancia de 1844, y la encuentra tan cambiada que a los cuatro días la abandona (WILLKOMM, 1993, 80). Pero la valoración extrema del urbanismo y el monumentalismo árabes era ya un hecho, en cuyo fundamento se encuentra el actual aprecio que se tiene por lo que queda de nuestros cascos históricos.

F. El carácter andaluz y la pobreza gozosa

Se asume en este tema cuanto se dijo para el siglo XVIII, en especial respecto a su fundamentación científica y significación geográfica y al carácter de los andaluces como inserto en el general de los españoles. Pero ahora vamos a resaltar las variaciones que consideramos novedosas en el tratamiento romántico.

Desde un punto de vista étnico (más que en sentido racial biológico, en el de comunidad con ciertos hábitos culturales) varios viajeros románticos insisten en la peculiaridad de los andaluces, en buena parte a causa de su carácter semiárabe o semimoro. Pero a su vez, Andalucía se considera por otros como un «crisol de pueblos», pues se denotan peculiaridades para los montañeses de la Serranía de Ronda, algún sector de Sierra Morena y, según Willkomm, los habitantes de la provincia de Granada y en especial de su parte más oriental y provincia de Almería son, como sabemos, «más murcianos y levantiscos» que andaluces. Se quiere constatar también restos de moriscos en el Albaicín, Alpujarras, etc, aludiéndose, unido a ello, a la existencia de un cierto cripto-islamismo (KRAUEL, 1986, 315-17, WILLKOMM, 1997, 231 y sigs., PARADELA ALONSO, 1993, 133 y sigs. y ALARCÓN, 1989, 540 y sigs.).

El carácter de los andaluces en el siglo XIX se configura ya como absolutamente diferente del de los habitantes de otras regiones españolas y, con la excepción de algunos autores, se perfila con rasgos muy despectivos e hirientes. Baste para probarlo este texto de BROW:

«... los andaluces, en todas las cualidades del carácter, se hallan tan debajo de los otros españoles como el país que aquéllos habitan es superior en belleza y fertilidad a las demás provincias españolas».

Es ahora cuando se consolida definitivamente el estereotipo del andaluz fanfarrón, perezoso, mentiroso, bufón... e, incluso, el de la andaluza reiteradamente presentada como liviana (LÓPEZ ONTIVEROS, 1988, 49-50 y KRAUEL, 1986, 326 y sigs.). Aunque este pergeño del andaluz estaba ya iniciado en el siglo XVIII, sin embargo entonces eran muchas las excepciones en comunidades campesinas de comportamiento primitivo ejemplar. Ahora las excepciones son muchas menos y sólo remiten a reducidos espacios serranos muy aislados.

Muchos rasgos de los atribuidos a los andaluces, según los viajeros, se deben a un determinismo principalmente climático, del que entre otras muchas nos hablan alusiones de Borrow («resultado natural de los climas calurosos»), de Laborde (que dice que el solano «inflama la sangre, da vértigos y produce excesos de todos los géneros»), de Doré y Davillier (que atribuyen también al solano casi todas las disputas entre los malagueños).

Por otra parte, la pobreza gozosa, el ocio y el placer como norma tampoco son ajenos a este determinismo y al carácter paradisiaco de Andalucía como nítidamente aparecen, entre otros, en textos de Irving y Gautier. Dice el primero:

«hay dos clases de gente aquí para quienes la vida es una vacación continua: los muy pobres y los muy ricos; los unos, porque nada necesitan, los otros, porque no tienen nada que hacer; pero no hay nadie que entienda el arte de vivir sin hacer nada, y sepa vivir de nada, como las clases pobres de España. El clima hace la mitad y el temperamento el resto. Dad a un español una sombra en verano y sol en invierno, un pedazo de pan, ajo, aceite y un puñado de garbanzos, una capa parda y una guitarra y el mundo puede seguir girando a su antojo. ¿Hablarle de pobreza? Para él no es una desgracia. Le sienta tan bien como una capa ráfada».

A la vista de estos textos piensa uno que decididamente Ortega y Gasset en su *Teoría de Andalucía* no fue original al detectar esta pobreza gozosa en los andaluces.

Creo, por otra parte, que muchas de las críticas que se hacen a los andaluces proceden de la ambigüedad contradictoria de la visión *romántica* y *uropea* que tienen los viajeros, porque la primera demanda sobre todo pintoresquismo, exotismo y hasta salvajismo que, según ellos, es donde reside la originalidad, gracia, idiosincrasia, mayor encanto y alto interés de los andaluces. Pero ello conlleva en sus condiciones materiales, rudeza e incomodidad, y en sus habitantes hábitos y carácter primitivos, que son precisamente muchos de los defectos criticados. Y a esta crítica tampoco se escapaba si, en aspiración lógica, ciertas capas de la población intentaban alcanzar el progreso europeo. En cualquier caso, la An-

andalucéa romántica es estéticamente encomiada pero humanamente incomprensidos sus habitantes por las tradiciones de los visitantes.

Por ello, este tratamiento geográfico que hemos hecho del carácter de los andaluces hay que completarlo con la visión estética de los mejores románticos. Así Merimée, y con él tantos otros, se preocupará por caracterizar tipos andaluces —marginales en muchos casos— que le resultaban pintorescos. La triada del bandolero,

contrabandista y torero, junto con las comunidades gitanas, constituyen los principales, pero en este menester, el autor de *Carmen*, por ejemplo, trasciende el tratamiento sociológico y consigue que estos estereotipos entren a formar parte de la literatura universal y también del mito: con su fuerza literaria ha conseguido convertirlos en «arquetipo tal vez español, pero también profundamente humano» (HEMPEL-LIPSCHUTZ, 1987, 84 y sigs.).

B I B L I O G R A F Í A

ALARCÓN, P. A. de (1989): *Viaje por España*. Introducción de A. Navarro González. Granada, Editorial Comares.

ÁLVAREZ ARZA, M^a J. (1986): *La Economía andaluza vista por los viajeros del siglo XIX*. Madrid, U.N.E.D.

ALBERICH, J. (1976): *Del Támesis al Guadalquivir. Antología de viajeros ingleses en la Sevilla del siglo XIX*. Sevilla, Universidad de Sevilla.

ANÓNIMO (1765): *Estado político, histórico y moral del Reino de España*. En García Mercadal: o.c., págs. 517-519.

APORTES (1997): n^o 34. Número monográfico sobre viajeros en España en el siglo XIX.

BARÓN DE BOURGOING (1777-1795): *Un paseo por España*. En García Mercadal: o.c., págs. 933 y sigs.

BERNAL RODRÍGUEZ, M. (1981): «El descubrimiento europeo de Andalucía». En *Historia de Andalucía*. T. VII. Barcelona, Cupsa, Edit. y Planeta, S.A., págs. 153-216.

BLANCO WHITE, J. (1977): *Cartas de España*. Introducción de V. Llorens. Madrid, Alianza Editorial S.A.

BORROW, G. (1970): *La Biblia en España*. Introducción de M. Azaña. Madrid, Alianza Editorial, S.A.

BOSQUE MAUREL, J. (1993): «Un científico germano en Andalucía». En Willkomm, M.: o.c., págs. 13 y sigs.

BOISSIER, CH. E. (1995): *Viaje botánico al sur de España durante el año 1837*. Granada, Fundación Caja de Granada. Universidad de Málaga.

BOWLES, G. (1775): *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España*. Madrid, Imprenta de D. F. Manuel de Mena (reproducción facsímil 1982).

BUSBY, J. (1834): *Journal of a recent visit to the principal vineyards of Spain and France*. London, Smith Elder and Co. Reproducción en *Estudios Regionales*, n^o 49, 1997, págs. 268-298.

CAMPILLO, X. (1992): *Geografía i Literatura a l'Alt Pirineu Catalá*. Lleida, Quaderns del Departament de Geografia i Historia de l'Estudi General de Lleida.

CARANDELL PERICAY, J. (1934): «Ante dos centenarios que se acercan: el de Boissier y el de Willkomm». *Reseñas Científicas de la Sociedad Española de Historia Natural*, T. IX, págs. 43-49.

CARTER, F. (1985): *Viaje de Gibraltar a Málaga con: Un examen de esta guarnición y sus alrededores; un informe detallado de los pueblos de la Hoya de Málaga; la historia antigua y natural de estos pueblos, de sus costas y de las montañas de Ronda. Ilustrado con las medallas de cada municipio y una carta hidrográfica, vistas y dibujos hechos en el año 1772*. Málaga, Editorial Argual.

CLAVIJO PROVENCIO, R. (1997): *Viajeros apasionados. Testimonios extranjeros sobre la Provincia de Cádiz 1830-1930*. Cádiz, Diputación Provincial de Cádiz.

CUADERNOS DE GEOGRAFÍA (1997): n^o 62. Número monográfico dedicado a Cavanilles.

CHAPMAN, A. y BUCK, W. J. (1982): *La España Agreste. La Caza*. Prólogo de L. Mora-Figueroa. Madrid, Edic. Giner.

CHAPMAN, A. y BUCK, W. J. (1989): *La España Inexplorada*, Dirección, introducción y notas de A. López Ontiveros. Traducción de M^a J. Sánchez Raya y A. López Sánchez-Vizcaíno. Sevilla, Consejería de Obras Públicas y Transportes y Patronato del Parque Nacional de Doñana.

- CHATEAUBRIAND, F. R. (1982): *De París a Jerusalén*. Barcelona, Laertes S.A. Ediciones.
- DALRYMPLE, W. (1774): *Viaje a España y Portugal*. En García Mercadal: o.c., págs. 845-718.
- DE LAGARDE, M. L. D. (1867): «Notice sur les mines de la Province de Cordoue». *Annales des Mines*, 6ª Série, vol. XI, págs. 443-378.
- DÍAZ VILLAR, M. y otros (1997): «Sistemas e infraestructuras de transporte y servicios asociados entre 1750-1900. Las experiencias de los viajeros desde la perspectiva geográfica». *Aportes*, nº 34, págs. 3-37.
- DORÉ, G. y DAVILLIER, CH. (1984): *Viaje por España*. Madrid, Adalia, 2 vol.
- FARINELLI, A. (1942): *Viajes por España y Portugal. Desde la Edad Media hasta el siglo XX. Nuevas y antiguas divulgaciones bibliográficas*. Firenze, Academia D'Italia, 3 tomos.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. (1995): *Granada en la literatura romántica española*. Estudio preliminar y notas de C. Viñes Millet. Madrid, Editorial Rueda.
- FERNÁNDEZ MORATÍN, L. (1867): *Obras Póstumas*. Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Ribadeneyra.
- FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, J. (1985): *Viajeros rusos por la España del siglo XIX*. Madrid, Ediciones el Museo Universal.
- FORD, R. (1974): *Las cosas de España*. Madrid, Ediciones Turner, S.A.
- FORD, R. (1980 y 1982): *Manual para viajeros por España y lectores en casa. Observaciones Generales. Reino de Granada. Cádiz, Sevilla, Jerez, Córdoba, Carmona, Huelva, Sanlúcar, Bailén*. Madrid, Ediciones Turner.
- FOULCHE-DELBOSC, R. (1969): *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*. Amsterdam, Meridian Publishing Co.
- FREIXA LOBERA, C. (1991): *La imagen de España en los viajeros británicos del siglo XVIII*. Tesis doctoral inédita dirigida por el Dr. H. Capel. Departamento de Geografía, Universidad de Barcelona.
- FREIXA LOBERA, C. (1993): *Los ingleses y el arte de viajar. Una visión de las ciudades españolas durante el siglo XVIII*. Barcelona, Ediciones del Serbal.
- GÁMIR SANDOVAL, A. (1954): *Los viajeros ingleses y norteamericanos en la Granada del siglo XIX*. Granada.
- GÁMIR SANDOVAL, A. (1955): *Richard Ford: Granada. Escritos con dibujos inéditos del autor*. Traducción y notas de A. Gámir. Granada.
- GÁMIR SANDOVAL, A. (1955): *H. D. Inglis: Granada en 1830*. Traducción, prólogo y notas de... Granada.
- GÁMIR SANDOVAL, A. (1962): *Algunos viajeros del siglo XIX ante Málaga*. Granada.
- GANIVET, A. (1996): *Granada la Bella*. Edic. F. García Lara. Estudio preliminar y notas A. Isac. Granada, Diputación Provincial de Granada y Fundación Caja Granada.
- GARCÍA-DONCEL HERNÁNDEZ, Mª del R. (1984): *Una nueva visión de Cádiz a través de un viajero inglés: Richard Ford. Aproximación a su estudio*. Jerez de la Frontera, Diputación Provincial de Cádiz.
- GARCÍA MERCADAL, J. (1962): *Viajes de extranjeros por España y Portugal. T. III, Siglo XVIII*. Madrid, Aguilar.
- GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, C. (1995): *Bio-bibliografía de viajeros españoles (siglo XIX)*. Madrid, Ollero y Ramos, Editores.
- GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, C. (1997): *Bio-bibliografía de viajeros españoles (siglo XVIII)*. Madrid, Ollero y Ramos, Editores.
- GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, C. (1999): *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (siglo XIX)*. Madrid, Ollero y Ramos, Editores.
- GAUTIER, T. (1985): *Viaje por España*. Barcelona, Taifa.
- GIL SANJUÁN, J. y PÉREZ DE COLOSIA RODRÍGUEZ, M. I. (1997): *Imágenes del poder. Mapas y paisajes urbanos del Reino de Granada en el Trinity College de Dublin*. Málaga, Universidad de Málaga.
- GÓMEZ DE LA SERNA, G. (1974): *Los Viajeros de la Ilustración*. Madrid, Alianza Editorial.
- GONZÁLEZ TROYANO, A. y otros (1987): *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y homenaje a Gerald Brenan*. Málaga, Diputación Provincial de Málaga.
- GUERRERO, A. C. (1990): *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*. Madrid, Aguilar S.A. de Ediciones.
- HARASZTHY, A. (1862): *Grape culture. Wines and wine-making. With notes upon agriculture and horticulture*. New York, Harpers and Brothers. Traducción de la parte correspondiente a Andalucía en *Estudios Regionales*, nº 46, 1996, págs. 307-317.

HEMPEL-LIPSCHUTZ, I. (1987): «Andalucía, de lo vivido a lo escrito, por tres románticos franceses: François-René de Chateaubriand, Prosper Mérimée y Théophile Gautier». En González Troyano, A. y otros: o.c., págs. 67-100.

HERAN, F. (1979): «L'invention de l'Andalousie au XIX^eme s. dans la litterature de voyage. Origene et fonction sociales de quelques images touristiques». En Bernal, A. M. y otros: *Tourisme et développement regional en Andalousie*. Paris, Editions E. de Boccard, págs. 21-40.

HUMBOLDT, W. von (1998): *Diario de Viaje a España 1799-1800*. Madrid, Ediciones Cátedra S.A.

Imagen Romántica de España (1981): Madrid, Ministerio de Cultura, Dirección General de Archivos y Bibliotecas.

IRVING, W. (1981): *Cuentos de la Alhambra*. Barcelona, Editorial Bruquera, S.A.

JURADO SÁNCHEZ, J. (1988): *Los caminos de Andalucía en la segunda mitad del siglo XVIII (1750-1808)*. Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba.

KRAUEL HEREDIA, B. (1986): *Viajeros británicos en Andalucía de Christopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*. Málaga, Universidad de Málaga.

KRAUEL HEREDIA, B. (1988): *Viajeros británicos en Málaga (1760-1855)*. Málaga, Diputación Provincial de Málaga.

LABAT, J. B. (1705-1706): *Viajes del Padre Labat en España*. En García Mercadal: o.c., págs. 105-167.

La imagen de Andalucía en los viajeros románticos (1984): Ronda, Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

La imagen romántica del legado andalusí (1995): Barcelona, Sierra Nevada 95 S.A. El Legado Andalusí.

LAN, M. (1857): «Notes de voyage sur la Sierra-Morena et sur le nord de l'Andalousie». *Annales des Mines*, 5^a Serie, vol. 12, págs. 561 y sigs.

LE PLAY, F. (1834): «Observations sur l'Extremadure et le nord d'Andalousie, et essai d'une carte géologique de cette contrée». *Annales des Mines*, 3^a Serie, págs. 297 y sigs. y 447 y sigs.

LE PLAY, F. (1990): *Campeños y pescadores en el norte de España*. Edición, introducción y notas de J. Sierra Álvarez. Postfacio de R. Domínguez Martín. Madrid, M.A.P.A.

LÓPEZ-BURGOS, M. A. (1996): *Siete viajeras inglesas en Granada (1802-1872)*. Granada, Editorial Axares.

LÓPEZ-BURGOS, M. A. (1997): *La Vega de Granada. Relatos de viajeros ingleses durante el siglo XIX*. Santa Fe, Excmo. Ayuntamiento de Santa Fe, «Ávila Rojas y Medio Ambiente, S.A.».

LÓPEZ-BURGOS, M. A. (1997): *Por tierras de Alhama-Temple. Relatos de viajeros ingleses (1809-1952)*. Granada, Ayuntamiento de Alhama.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1986): «Estudio Introductorio» a *Corografía Histórico-Estadística de la Provincia y Obispado de Córdoba* de D. Luis M^a Ramírez y de las Casas-Deza. Estudio introductorio y edición por... Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1988): «El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos: creación y pervivencia del mito andaluz desde una perspectiva geográfica». En Gómez Mendoza, J., Ortega Cantero, N. y otros: *Viajeros y Paisajes*. Madrid, Alianza Editorial, S.A., págs. 31-65.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1989): «Caminos e itinerarios andaluces en 1755 según *Luz y guía de caminantes jesuitas*». *Estudios Regionales*, n^o 25, págs. 203-216.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1989): «Introducción. La obra de A. Chapman y W. J. Buck». En Chapman, A. y Buck, W. J.: *La España Inexplorada*, o.c., págs. XIX-LXIX.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1990): «La Sierra Morena cordobesa en el viaje romántico». *Estratos*, n^o 44, págs. 52-55.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1991): *La imagen geográfica de Córdoba y su Provincia en la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX*. Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1994): «La agrocuidad andaluza: Caracterización, estructura y problemática». *Estudios Regionales*, n^o 39, págs. 59-91.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1995): «Naturalismo y naturalistas en Andalucía: Juan Carandell Pericay (1893-1937)». En Gómez Mendoza, J. y otros: *Geógrafos y naturalistas en la España Contemporánea. Estudios de historia de la ciencia natural y geográfica*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1996): *Sierra Morena y las Poblaciones Carolinas: su significado en la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX*. Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba. «Estudios de Geografía».

Luz y guía de caminantes jesuitas, por su provincia de Andalucía, de la Compañía de Jesús (1755): Sevilla, Imprenta del Doctor D. Gregorio de Castilla.

LLEO CAÑAL, V. (1984): «España y los viajeros románticos». *Estudios Turísticos*, nº 83, págs. 45-53.

M*** (1700): *Viajes hechos en diversos tiempos en España, en Portugal, en Alemania, en Francia y en otras partes*. En García Mercadal: o.c., págs. 47 y sigs.

MADRAZO, J. (1984): *El sistema de transportes en España, 1750-1850. Vol. I. La red viaria. Vol. II. El tráfico y los servicios*. Madrid, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Ediciones Turner.

MAJADA NEILA, J. (1986): *Viajeros románticos en Málaga*. Salamanca, Librería Cervantes.

MARCHENA GÓMEZ, M. (1987): «La imagen geográfica de Andalucía». En *Geografía de Andalucía*, T. I. Sevilla, Ediciones Tartessos, S.L., págs. 207-320.

MERIMÉE, P. (1981): *Carmen y otros cuentos*. Barcelona, Editorial Bruguera, S.A.

MOLERO MESA, J. (1997): «Willkomm, botánico alemán del siglo XIX». En Willkomm, M.: o.c., págs. 122-69.

MORALES MOYA, A. (1988): «Conocimiento de la realidad y pretensión reformista en el viaje ilustrado». En Gómez Mendoza, J., Ortega Cantero, N. y otros: *Viajeros y Paisajes*. Madrid, Alianza Editorial, S.A., págs. 11-29.

MORILLA CRITZ, J. (1997): «La viticultura de Andalucía en 1831 vista por James Busby, padre de la viticultura australiana». *Estudios Regionales*, nº 49, págs. 261-198.

MORILLA CRITZ, J.: «La viticultura andaluza de mediados del siglo XIX vista por un californiano. El viaje de Agoston Haraszthy por España en 1861». *Estudios Regionales*, nº 46, págs. 301-317.

MUÑOZ ROJAS, J. A. (1981): «La imagen romántica de España. Los precursores». En *Imagen romántica de España*, o.c., págs. 13-17.

NÚÑEZ, E. (1985): *España vista por viajeros hispanoamericanos*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Hispanoamericana.

OLMEDO GRANADOS, F. (1985): «La imagen del Río: vista por los textos de viajeros». En *El Río. El Bajo Guadalquivir*. Sevilla, Junta de Andalucía, págs. 81-87.

ORTAS DURAND, E. (1999): *Viajeros ante el paisaje aragonés (1759-1850)*. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», Excma. Diputación de Zaragoza.

ORTEGA CANTERO, N. (1987): *Geografía y Cultura*. Madrid, Alianza Editorial, S.A.

ORTEGA CANTERO, N. (1990): «El paisaje de España en los viajeros románticos». *Ería*, págs. 121-137.

ORTEGA CANTERO, N. (1992): «Geografía y Literatura». En *La Geografía en España (1970-1990)*. Aportación Española al XVIII Congreso de la U.G.I. Washington. Madrid, Fundación B.B.V. y A.G.E., págs. 307-311.

PARADELA ALONSO, N. (1993): *El otro laberinto español. Viajeros árabes a España entre el siglo XVII y 1936*. Madrid, Ediciones de U.A.M.

PEYRON, J. F. (1772 y 1773): *Nuevo viaje en España, hecho en 1772 y 1773*. En García Mercadal: o.c., págs. 812 y sigs.

PONZ, A. (1778, 1780, 1791, 1792 y 1794): *Viaje de España en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella*. T. VIII, IX, XVI, XVII y XVIII. Madrid, Viuda de Joaquín Ibarra.

PONZ, A. (1798): «Relación del viaje que desde Granada hizo a Sierra Nevada D. Antonio Ponz a influxo del Excmo. Sr. Marqués de la Ensenada». En *Textos primitivos sobre Sierra Nevada (1754-1838)*, o.c., págs. 49-73.

PUENTE, J. de la (1968): *La visión de la realidad española en los viajes de Don Antonio Ponz*. Madrid, Editorial Moneda y Crédito.

QUIRÓS LINARES, F. (1971): «Fuentes para la geografía de la circulación en España: algunos libros sobre los caminos españoles de los siglos XVIII y XIX». *Estudios Geográficos*, nº 123, págs. 353-373.

REIN, J. (1994): *Aportación al estudio de Sierra Nevada*. Granada, Caja General de Ahorros de Granada, Junta de Andalucía, Consejería de Medio Ambiente.

ROBERTSON, I. (1988): *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*. Madrid, Serbal S.A. y C.S.I.C. 2ª Edic.

RUBOW, A. (1997): «La España del siglo XIX vista por viajeros alemanes». *Aportes*, nº 34, págs. 195-220.

SEGUI LLINAS, M. (1992): *El descubrimiento de las Islas Olvidadas. Las Baleares y Córcega vistas por los viajeros del siglo XIX*. Palma de Mallorca, Alpha-3, Serveis Editorials.

SERRANO, M. M. (1993): *Las guías urbanas y los libros de viaje en la España del siglo XIX*. *Repertorio bibliográfico y*

análisis de su estructura y contenido. Barcelona, Universitat de Barcelona.

SERRERA CONTRERAS, R. (1990): *El Darro y la Granada Romántica*. Granada, Caja General de Ahorros de Granada.

Sierra Nevada en los viajeros románticos (1992): Granada, Caja General de Ahorros de Granada.

Textos primitivos sobre Sierra Nevada (1754-1838) (1991): Granada, Caja General de Ahorros de Granada.

TITOS MARTÍNEZ, M. (1990): *La aventura de Sierra Nevada 1717-1915*. Granada, Universidad de Granada y Diputación Provincial de Granada.

TITOS MARTÍNEZ, M. (1995): «Alemanes en Sierra Nevada». En Hertting, M. y Voigt, C.: *Sierra Nevada. Impresiones de los viajeros alemanes*. Granada, Fundación Caja de Granada, págs. 9-92.

TOWNSEND, J. (1988): *Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787)*. Madrid, Ediciones Turner, S.A.

VIÑES, C. (1982): *Granada en los libros de viaje*. Granada, Miguel Sánchez, Editor.

WILLKOMM, M. (1993): *Las Sierras de Granada*. Granada, Caja General de Ahorros de Granada y Sierra Nevada 95 S.A.

WILLKOMM, M. (1997): *Granada y Sierra Nevada*. Granada, Fundación Caja de Granada.